

Título original: **Thís Inmortal**, publicado por Ace Books, Inc., New York, 1966
Traducción de L. López

Avda. José Antonio, 774, 7º.,,, Barcelona-13
ISBN - 84-270-0426-5
Depósito legal: B. 36.738-1977
Impreso en Romanyá/Val1s, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain
Escaneado por diaspar en 1998

Tu, El Inmortal

Roger Zelazny

-Eres un kallikanzaros -dijo ella, inesperadamente.

Me volví del lado izquierdo y sonreí en la oscuridad.

-He dejado las pezuñas y los cuernos en la Oficina.

-Ya conoces la leyenda...

-Se titula Nomikós.

La busqué a tientas, la encontré.

-¿Vas a destruir el mundo esta vez?

Me eché a reír y la atraje hacia mí.

-Lo pensaré. Si ése es el único medio de que desaparezca la Tierra...

-Ya sabes que los niños nacidos aquí por Navidad tienen sangre de kallikanzaroi -me interrumpió ella-, y una vez me dijiste que tu cumpleaños...

-¡Ya lo sé!

Me llamaba la atención que estuviera bromeando sólo a medias. Conociendo algunas de las cosas con las que de vez en cuando se topa uno en los Antiguos Lugares, los Lugares Calientes, casi no cuesta trabajo creer en mitos... Como la historia de esos duendecillos que se asemejan a Pan y se reúnen cada primavera para pasarse diez días aserrando el Árbol del Mundo, siendo dispersados en el último momento por el sonido de las campanas de Pascua. (Ding-dong, las campanas; ñam-ñam, los dientes; clic-clac, las pezuñas, etc.) Cassandra y yo no solíamos hablar de religión, política o folklore en la cama, pero..., habiendo yo nacido en estos lugares, los recuerdos están todavía frescos en cierto modo.

-Me hieres -dije, no muy en serio.

-Tú también me haces daño...

-Perdona.

La solté de nuevo y me tomé un pequeño respiro.

Al cabo de un rato continué:

-Hace mucho, cuando no era mas que un muchacho, los demás chicos solían meterse conmigo y me llamaban « Konstantin Kallikanzaros». Al hacerme mayor y más feo, dejaron de molestarme. Por lo menos no me lo decían a la cara…

-¿Konstantin? ¿Te llamabas así? Ya decía yo…

-Ahora mi nombre es Conrad, así que olvidalo.

-Pero…, es que me gusta. Prefiero llamarte Konstantin en vez de Conrad.

-Si eso te hace feliz…

La luna asomó su desolado rostro por el antepecho de mi ventana, burlándose de mí. Al no poder alcanzar la luna, ni s~ quiera la ventana, miré hacia otra parte. La noche era fría; húmeda, neblinosa como lo es siempre aquí.

-El Comisario de Artes, Monumentos y Archivos para el planeta Tierra no se ha propuesto, ni mucho menos, echar abajo el Arbol del Mundo -dije con cierta aspereza.

-Kallikanzaros, cariño -se apresuró ella a responder-, no he querido decir eso. Pero cada año hay menos campanas, y no es siempre el deseo lo que cuenta. De alguna manera, tengo el presentimiento de que tú has de cambiar las cosas. Quizá...

-Te equivocas, Cassandra...

Y tengo miedo, frío también..

Era maravillosa en la oscuridad, y la volví a tomar en mis brazos, como para protegerla de aquel rocío y aquella niebla tan densa...

Al tratar de reconstruir los acontecimientos de los últimos seis meses, me doy cuenta ahora de que, mientras nosotros levantábamos muros de pasión en torno a nuestro octubre y la isla de Os, la Tierra había caído ya en manos de aquellos poderes aniquiladores de todos los Octubres. Dirigidas desde dentro y fuera, las fuerzas de la destrucción definitiva avanzaban ya, a paso de ganso, entre las ruinas. ~. Implacables, sin rostro, con los brazos en alto. Cort Myshtigo aterrizó en Port-au-Prince tras un viaje en el «Autobús Solar Nueve», que le trajo desde Titán junto con todo un cargamento de camisas y zapatos, ropa interior, calcetines, vinos variados, medicinas y las últimas grabaciones de la civilización. Hombre rico e influyente, ese periodista galáctico. Hasta dónde llegaba su riqueza, tardaríamos muchas semanas en descubrirlo; hasta qué punto era influyente, me enteré sólo hace cinco días.

Paseando entre los abandonados, olivares, abriéndonos camino por entre las ruinas de un castillo franco, o mezclando nuestras huellas con el rastro jeroglífico de las gaviotas, allí, en la arena húmeda de las playas de Kos, matábamos el tiempo mientras esperábamos un rescate que no podía llegar, que nunca, en realidad, debiéramos haber esperado.

El cabello de Cassandra es brillante y posee el color de los olivos de Katamara. Sus manos son suaves, sus dedos cortos, delicadamente ensamblados. Tiene los ojos muy negros. Sólo es unos diez centímetros más pequeña que yo, lo que confiere una gracia especial a su figura, teniendo en cuenta que yo paso del metro ochenta y cinco. Claro está que cualquier mujer resulta agraciada, distinguida y hermosa caminando a mi lado, puesto que yo no soy nada de eso: mi mejilla izquierda era por entonces un mapa de Africa pintado a todo color, por culpa de aquellas fungosidades que atrapé al contacto con una lona mohosa cuando volvía de desenterrar a Guggenheim para el viaje a Nueva York. Mi pelo se detiene a un dedo de las cejas, y mis ojos son desiguales (cuando quiero intimidar a las personas, les clavo la mirada utilizando el ojo derecho, azul y frío, reservando el otro, de color castaño, para las miradas «francas y honradas»). Además llevo una bota reforzada, debido a mi pierna derecha, más corta que su compañera.

Verdad es que Cassandra no necesita de contrastes. Es hermosa.

La encontré por casualidad, la perseguí desesperadamente, me casé con ella a la fuerza (esto último fue idea suya). En realidad, no era ése mi propósito, ni siquiera aquel día cuando atraqué mi caique en el puerto y la vi allí, tendida al sol como una sirena junto al plátano de Hipócrates, y decidí que la deseaba. Los kallikanzaroi nunca fuimos el tipo ideal para fundar familias. Cometí un error, una vez mas.

Era aquélla una mañana clara. Iniciábamos nuestro tercer mes de vida en común. Era también mi último día en Kos... debido a una llamada recibida la tarde anterior. Todo rezumaba aún la humedad de la lluvia nocturna, y nos hallábamos sentados en el patio, bebiendo café turco y comiendo naranjas. El día comenzaba a infiltrarse por el mundo. Soplaba una brisa intermitente, húmeda, que nos ponía la carne de gallina bajo la negra armadura del suéter y disipaba el vapor de las tazas de café.

-Rodos dactylos Aurora... -dijo ella, señalando.

-Sí -asentí-, es cierto que sus dedos son de color de y bellos.

-Disfrutémoslo.

-Sí. Disculpa.

Terminamos el café y seguimos allí, fumando.

-Estoy fastidiado -dije.

-Lo sé-replicó ella-, no te lo tomes tan a pecho.

-No puedo evitarlo. Tengo que irme y dejarte, y eso es que me fastidia.

-Sólo serán unas pocas semanas. Tú mismo lo has dicho. Luego volverás.

-Eso espero. Pero si la cosa se alarga enviaré por ti. Lo es que no sé por dónde andaré.

-¿Quién es Cort Myshtigo? -

-Un actor vegano, periodista Hombre importante. Quiere escribir sobre lo que ha quedado de la Tierra, y yo sé lo que enseñar. ¡Yo, personalmente! ¡ Maldita sea!

-Alguien que se toma diez meses de vacaciones para darse la vela no puede quejarse de exceso de trabajo.

-Yo puedo... y lo hago. Mi cargo debería ser una sinecura

-¿Por qué?

-Principalmente porque yo lo dispuse así. Trabajé a conciencia durante veinte años para hacer de Artes, Monumentos y chivos lo que es ahora, hasta el punto de que mis subordinados se bastaban ya para llevar por su cuenta casi todos los asuntos A partir de entonces me dediqué a darme la buena vida, viendo sólo de vez en cuando para firmar algún papel y hacien lo que me daba la gana el resto del tiempo. Y ahora esto... ¡ Esta humillación! ¡ Obligar a todo un Comisario a que acompañe a un escritorzuelo de Vega en una gira para la que bastaría cualquier guía de segunda fila! ¡ Ni que los veganos fueran dioses!

-Un momento, por favor -interrumpió ella-. ¿ Has veinte años? ¿Diez años?

Tocado. Sentí que se hundía algo bajo mis pies.

-Ni siquiera llegas a los treinta. Me hundí más. Esperé. Empecé a recuperarme.

-Mmmm... Bueno... Hay algo que... Ya sabes cómo soy, muy comunicativo... Algo de lo que no te he hablado nunca, sé por qué... A propósito, ¿qué edad tienes tú, Cassandra?

-Veinte años.

-¡Oh! Bueno..., yo casi te los cuadruplico.

-No comprendo.

-Ni yo. Tampoco los médicos. Parece que me detuve, o algo así, entre los veinte y los treinta. ¡Y aquí estoy! Creo que... Bueno, debe de tener algo que ver con mi metabolismo particular. ¿Tiene alguna importancia para ti?

-No lo sé... Si, creo que sí.

-No te importa mi cojera, ni mi aspecto salvaje, ni siquiera mi cara. ¿Por qué habría de importarte mi edad? A efectos prácticos, soy joven.

-Sí, pero no es lo mismo -replicó ella en un tono que no admitía discusión-. ¿Qué pasaría si nunca te hicieras viejo?

Me mordí los labios.

-Tarde o temprano tendré que envejecer.

-¿Y si ocurre tarde? No quiero hacerme más vieja que tú.

-Vivirás hasta los ciento cincuenta años. Ya conoces los tratamientos S-S. Los tendrás.

-Pero no me mantendrán joven... como tú.

-En realidad no tengo nada de joven. Nací ya viejo.

Tampoco esto dio resultado. Se echó a llorar.

-Nos quedan aún muchos años por delante. ¿Quién sabe lo que puede pasar entre tanto?

Con esto sólo conseguí que arreciara su llanto.

Siempre fui un impulsivo. De ordinario, razonar no se me da del todo mal, pero suelo hacerlo después de hablar..., con lo que echo a perder toda posibilidad de conversación sobre bases sólidas.

Ésta es una de las razones por las que dispongo de un personal competente, una buena radio y libertad para hacer lo que quiero la mayor parte del tiempo.

Pero siempre hay cosas que no pueden delegarse. Así pues, continué:

-Mira, también hay algo de Sustancia Caliente dentro de ti. Yo tardé cuarenta años en darme cuenta de que no tenía realmente esa edad. Quizá tú estés en el mismo caso. Al fin y al cabo, somos prácticamente vecinos...

-¿Sabes de otros casos como el tuyo?

-Pues...

-No, no sabes.

-No. No se.

Recuerdo que en aquel momento tuve deseos de retroceder en el tiempo y estar aún a bordo de mi embarcación. No la grande, sino aquel viejo armatoste, el «Golden Vanitie», todavía anclado en el puerto. Recuerdo también que deseé estar entrando' de nuevo y verla allí, magnífica, como antes, por vez primera. Empezarlo todo otra vez, y decírselo todo desde el principio> o bien remontarme al punto de partida y callarme de una vez para siempre lo de mi edad.

Bonito sueño, pero... ¡ Qué diablos!, se acabó ya la luna de miel.

Esperé hasta que hubo cesado de llorar, y de nuevo pude sentir sus ojos fijos en mí. Esperé un poco más.

-¿Qué tal te sientes? --le pregunté por fin.

-Bastante bien; gracias.

Busqué su mano, que hallé pasiva, y la sostuve en la mía> acercándola a mis labios.

-Rodos dactylos -susurré. Y ella dijo:

-Puede que sea una buena idea... que te vayas. Al menos por algún tiempo...

Y la brisa disipadora del humo volvió a soplar, húmeda, poniéndonos otra vez la carne de gallina y haciendo temblar su mano. O la mía, no sé cuál de las dos. Las hojas temblaban también, y caían sobre nuestras cabezas.

-¿No habrás exagerado tu edad? -preguntó ella-. ¿ Quizás un poquito?

Su tono de voz sugería que lo más prudente era asentir.

-Si -repliqué, sinceramente.

Ella me devolvió entonces la sonrisa, tranquilizada en cierto modo por mi tono cordial.

¡Uf!

Allí estábamos pues, sentados, cogidos de las manos y contemplando la aurora. A poco, sentí que tarareaba algo en voz baja. Era una canción triste, de varios siglos. Una balada. Contaba la historia de un joven luchador llamado Temocles, a quien nadie había vencido jamás. Llegó a considerarse a sí mismo el mejor luchador del mundo. Por fin, un día, subió a la cumbre de una montaña y proclamó a grandes voces su desafío. ¡Demasiado cerca de los dioses! Éstos actuaron con rapidez: al día siguiente, un joven tullido irrumpió en el pueblo cabalgando sobre los lomos chapeados de un enorme perro salvaje. Ambos lucharon durante tres días y tres noches, Temocles y el muchacho. Al cuarto día el joven le rompió la espalda, dejando a Temocles tendido en el campo de batalla. Su sangre, esparcida en derredor, hizo brotar al instante esa misteriosa flor -la sirige-fleur como la llama Emmet-, esa flor vampiro, que crece sin raíces y se arrastra por las noches, ansiosa de recobrar en la sangre de sus víctimas el espíritu perdido de su campeón. Pero el alma de Temocles no está ya en la Tierra. Por eso ella debe seguir reptando, sin tregua, por siempre, en sempiterna búsqueda. Más sencillo que los dramas de Esquilo, si, pero también nosotros éramos entonces más sencillos que antaño. Además, tampoco las cosas sucedieron exactamente así.

~¿Por qué lloras? -me preguntó ella de repente.

-Estoy pensando en la imagen del escudo de Aquiles -respondí-, y en lo terrible que es ser un animal culto... ¡ Y no lloro! Son las gotas que caen de las hojas.

-Haré un poco más de café.

Me puse a lavar las tazas mientras tanto y le dije que cuidase del «Vanitie» durante mi ausencia, que lo mantuviera atracado en la caía y listo para zarpar si enviaba a buscarla. Contestó que así lo haría.

El sol se había elevado en el firmamento, y a poco llegaba hasta nosotros el sonido de un martilleo desde el taller del viejo Aldones, el fabricante de ataúdes. Los ciclaminos se despertaban y la brisa nos traía su fragancia a través de los campos. Muy alto, por encima de nuestras cabezas, cual tenebroso presagio, un murciélago-araña pasó volando hacia el continente. Sentí deseos irrefrenables de empuñar la culata de un treinta y seis, romper el silencio con el estruendo de mis disparos y verlo caer. Pero las únicas armas de fuego que tenía se hallaban a bordo del «Vanitie», me limité, pues, a observar cómo se perdía en el horizonte.

-Dicen que de hecho no proceden de la Tierra -comentó ella al verlo alejarse-, que los trajeron aquí desde Titán para zoos y cosas por el estilo.

-Así es.

-Que lograron escaparse durante los Tres Días, volviendo a la vida salvaje, y aquí se han hecho más grandes de lo que eran en su propio mundo.

-Sí. Una vez yo vi uno de casi diez metros de envergadura.

-En cierta ocasión, un viejo tío mío me contó una historia que había oído en Atenas -recordó ella-, a propósito de un hombre que mató a uno de ellos sin ningún arma. El animal se abalanzó de repente sobre él cuando se encontraba de pie en el muelle, en el Pireo, y se lo llevó por los aires. Pero el hombre le rompió el cuello con sus propias manos. Ambos cayeron en la bahía, a unos treinta metros de la costa. El hombre sobrevivió.

-Eso fue hace mucho tiempo -dije-, antes de que el Departamento iniciara su campaña de exterminio. Entonces eran más numerosos, y más atrevidos. Ahora huyen de las ciudades.

-El hombre se llamaba Konstantin, si mal no recuerdo. ¿Podrías haber sido tú?

-Su apellido era Karaghiosis.

-¿Eres tú Karaghiosis?

-Si te empeñas en que lo sea. ¿Por qué?

-Porque después ayudó a fundar la Radpol Retornista en Atenas; y tú tienes manos muy fuertes...

-¿Eres Retornista?

-Sí. ¿Y tú?

-Yo trabajo para el Departamento. No tengo opiniones Políticas.

-Karaghiosis bombardeó algunos lugares habitados.

-Ya lo sé.

-¿No lo lamentas?

-No.

-En realidad no sé mucho de ti, ¿no?

-Puedes saber cuanto quieras. Pregunta. Soy bien sencillo... ¡ Ahí viene mi aerotaxi!

-No oigo nada.

-Ya lo oirás.

Un momento después llegaba, deslizándose por el cielo hacia Kos y aterrizando en el espacio habilitado por mí en un extremo del patio. Me levanté y la ayudé también a ella a ponerse en pie, mientras el ronroneo del aparato se apagaba lentamente... Un aeromóvil Radson: seis metros de cascarón, todo él brillo y transparencia, con su base plana y morro achatado.

-¿Ray algo que quieras llevarte? -preguntó ella.

-Bien sabes qué, pero no puedo.

El vehículo quedó quieto y se abrió por uno de sus lados. El piloto asomó la cabeza, mirándonos con ojos bizcos.

-No sé por qué -dijo ella-, pero tengo la impresión de que vas a correr algún peligro.

-Lo dudo, Cassandra.

-Adiós, mi kallikanzaros.

-Adiós, Cassandra.

Entré en el artefacto y ascendí con él, susurrando una plegaria a Afrodita. Allá abajo, Cassandra me hacía serias con la mano. Detrás, el sol trataba de apresarnos en su red de luz. El aparato aceleró, dirigiéndose hacia el oeste. El lugar se presta a una transición suave, pero no hay que hacer ninguna. Cuatro horas de viaje de Kos a Port-au-Prince, agua gris, estrellas pálidas... y yo, furioso. ¡ Cuidado con los puntos luminosos!

El salón rebosaba de gente, una gran luna tropical brillaba como si estuviera a punto de reventar, y lo que me permitía observar ambas cosas era el haber logrado, por fin, sacar a Ellen Emmet al balcón, dejando las puertas entreabiertas.

-Ya has resucitado -me saludó, esbozando una sonrisa-. Hace casi un año que te fuiste, y ni siquiera he recibido una tarjeta de cumplido desde Ceilán.

-¿Has estado enferma?

-Podía haberlo estado.

Era pequeña de estatura, y como todos los que odian la luz del día, tenía una tez pálida, tirando a cremosa. Me recordaba una compleja muñeca automática con el mecanismo defectuoso: una gracia fría, y cierta tendencia a propinar al prójimo patadas en la espinilla al menor descuido. Poseía también grandes cantidades de pelo castaño rojizo, recogido en una especie de nudo gordiano que me causaba una verdadera frustración cuando intentaba deshacerlo mentalmente. Sus ojos mudaban de color, según el capricho del dios a quien se hubiera encomendado aquel día... Ya he olvidado el que tenían en aquella ocasión, pero sí recuerdo que en el fondo, muy en el fondo, eran siempre azules. No sé lo que llevaba puesto entonces, pero conservo la imagen de un color marrón verdoso y una abundancia de tela que la envolvía casi por dos veces, dando a su figura la apariencia de un hierbajo informe: piadoso engaño del modista, a menos que estuviera encinta de nuevo, cosa que dudo.

-Bueno, que te repongas -dije-, si es que lo necesitas. No fui a Ceilán. Estuve en el Mediterráneo casi todo el tiempo.

Dentro resonaron unos aplausos. Me alegré de no estar allí. Los actores acababan de representar La máscara de Demetrio, de Graber, que éste había escrito en pentámetros para honrar a nuestro huésped vegano. La obra había durado dos horas, y era mala. Phil tenía cultura y buenos modales, además de poco pelo, y se le daba bien su papel, pero el día que le descubrimos por vez primera su situación económica no era precisamente la que corresponde a un poeta laureado. De tanto en tanto le atacaba la fiebre de Rabindranath Tagore y Chris Isherwood, y se ponía a escribir largos y horribles poemas épico-metafísicos, hablando mucho de Iluminación; también practicaba diariamente sus ejercicios respiratorios en la playa. Aparte de eso, en un ser humano bastante decente.

Los aplausos cesaron, permitiéndome oír el tintineo de l~ música de thelinstra y el rumor de las conversaciones que se reanudaban.

Ellen se recostó en la barandilla.

-Ultimamente he oído rumores de que te has casado.

-Cierto -asentí-, y en cierto modo también me han cazado. ¿Por qué me han pedido que regrese?

-Pregúntaselo a tu jefe.

-Ya lo he hecho. Me dijo que voy a hacer de guía. Pero lo que quiero saber es exactamente por qué... La auténtica razón. Cuanto más pienso en ello más raro me parece.

-¿Por qué habría yo de saberlo?

-Tú lo sabes todo.

-Creo que me sobrestimas, querido... ¿Cómo es ella?

Me encogí de hombros.

-Una sirena... tal vez. ¿Por qué?

También ella se encogió de hombros.

-Simple curiosidad. ¿Qué dices a la gente cuando te preguntan cómo soy yo?

-No les digo nada.

-Me ofendes. Debo parecerme a algo, a menos que sea única.

-Eso es, eres única.

-Entonces, ¿por qué no me llevaste contigo el año pasado?

-Porque a ti te gusta la gente y necesitas estar en una ciudad. Sólo podrías ser feliz aquí, en Port.

-Pero es que aquí, en Port-au-Prince, no soy feliz.

-Al menos no eres tan desgraciada como lo serías en cualquier otra parte de este planeta.

-Podríamos haber probado -dijo, y se volvió de espaldas para contemplar las luces del puerto que brillaban abajo, lejanas.

-¿Sabes? -dijo al cabo de un rato. Eres tan endiabladamente feo que hasta resultas atractivo. En eso debe de estar tu secreto.

Me paré bruscamente, a sólo unos centímetros de su hombro.

-¿Sabes una cosa también? -prosiguió en el mismo tono frío y desprovisto de emoción-. Eres una pesadilla que anda como un hombre.

Dejé caer mi mano y me reí interiormente, ahogando la risa en mi pecho.

-Ya lo sé -dije-. ¡Qué sueños tan agradables!

Hice ademán de irme, pero me agarró de la manga.

-¡Espera!

Miré su mano, luego levanté la vista y la miré a los ojos, para de nuevo fijarla en su mano. Me soltó.

-Ya sabes que nunca digo la verdad -declaró, y se echó a reír con aquella risa agria, tan suya-. También he pensado en algo que debieras saber sobre este viaje. Donald Dos Santos está aquí, y creo que va con vosotros.

¿Dos Santos? Eso es ridículo.

-Ahora está en la biblioteca, con George y un árabe alto y grande.

Miré por detrás de ella hacia el puerto, contemplando cómo las sombras, al igual que mis pensamientos, se deslizaban lentas y lúgubres por las oscuras callejuelas.

-¿Un árabe alto y grande? -dije en seguida-. ¿Con cicatrices en las manos y ojos amarillos? ¿Llamado Hasán?

-Sí, eso es. ¿Le conoces?

-Hizo algún trabajo para mí hace tiempo Confesé.

Sonreí, aunque mi sangre estaba como un témpano, pues no me gusta que la gente sepa lo que estoy pensando.

-Sonríes -dijo. ¿En qué piensas?

Así es ella.

-Pienso en que te tomas las cosas más en serio de lo que yo creía.

-Tonterías. Ya te he dicho muchas veces que soy una terrible mentirosa. Precisamente no hace más que un segundo... Bueno, solo me refería a un incidente sin importancia dentro de toda una guerra. Y tienes razón al decir que soy menos desgraciada aquí que en cualquier otra parte de la Tierra. Quizá pudieras hablar a George, persuadirle a que acepte un trabajo en Taler o Bakab. ¿Qué te parece, eh?

-Sí -dije-, claro que sí. Seguro. Nada más fácil... después de haberlo intentado tú durante diez años. A propósito, ¿cómo ~ su colección de bichos, últimamente?

Esbozó lo que podría parecerse a una sonrisa.

-Aumentando -replicó-, a pasos de gigante. Zumbando, y hormigueando también... Algunas de esas criaturas son radiactivas. Yo suelo decirle: «George, ¿por qué no te dedicas a ir por ahí con mujeres en vez de pasar todo el tiempo con esas alimañas?» Pero se limita a mover la cabeza y realmente no parece interesarle ninguna otra cosa. Entonces le digo: «George, un buen día uno de esos bichos te picará y te dejará impotente, ¿qué harás entonces?» Él me explica que eso no puede suceder, y larga una conferencia sobre toxinas e insectos. Tal vez él sea más que un gran insecto, disfrazado. Y hasta creo que produce cierto placer sexual observar a sus congéneres revoloteando y zumbando alrededor de los recipientes. No sé otra cosa..

En aquel instante me volví y miré hacia el interior del porque su rostro había dejado de ser el que era de ordinario. Al escuchar su risa, un momento después, giré de nuevo y puse la mano en el hombro, que apreté con fuerza.

-De acuerdo, ahora sé más de lo que sabia antes. Gracias por ello; Nos volveremos a ver pronto.

-¿Debo esperarte?

-No. Buenas noches.

-Buenas noches, Conrad.

Me alejé.

Cruzar un salón puede ser a veces tarea lenta y difícil: si lleno de gente, si esa gente te conoce, si todos tienen un en la mano y si uno tiende a cojear, aunque sólo sea ligeramente.

Todos estos requisitos se daban allí, de modo que...

Sin pensar en nada especial, fui abriéndome paso a lo la de la pared, dando un rodeo de seis metros para evitar la humana y llegar hasta el grupo de damiselas que, como siempre mariposeaban en torno al viejo célibe. Carecía de barbilla, también de labios, y apenas le quedaba pelo; la expresión una vez dio vida a la piel de su rostro parecía haberse concentrado exclusivamente en sus ojos oscuros. En seguida se cruzaron nuestras miradas. Leí en la suya una sonrisa burlona, presagio de inminente afrenta.

-Phil -dije, acompañando mis palabras con un gesto de cabeza-, no todo el mundo es capaz de escribir una pantomima así. Había oído decir que es un arte en decadencia, pero ahora sé a qué atenerme.

-Todavía estás vivo -exclamó, con una voz setenta años más joven que el resto de su persona-, y otra vez te retrasas, como de costumbre.

-Me humillo en la más honda contrición -le respondí~, pero me retuvieron en casa de un viejo amigo para celebrar el aniversario de una damita de siete años.

Lo cual era verdad, pero, ciertamente, nada tiene que ver con esta historia.

-Todos tus amigos son viejos amigos, ¿no es cierto? -preguntó, asestándome un golpe bajo, y sólo porque una vez, hace ya mucho tiempo, conocí a sus padres y les acompañé al lado sur del Erecteón para enseñarles el Pórtico de las Cariátides y lo que lord Elgin había hecho con el resto, llevando todo ese tiempo sobre mis espaldas a su retoño de ojos claros y contándole historias que ya eran viejas cuando el templo se construyó.

-Necesito tu ayuda -añadí, ignorando la pulla y abriéndome suavemente camino entre el delicado y excitante frufrú de las sedas femeninas-. Me va a llevar toda la noche cruzar este salón para llegar hasta donde Sands anda cortejando al vegano..., ¡perdón, señorita!, y no dispongo de todo ese tiempo... ¡ Discúlpeme, señora! Te pido, pues, que intervengas por mí.

-¡Es usted Nomikós! -suspiró una deliciosa criatura, clavando sus ojazos en mi maltrecha mejilla-. Siempre quise...

Tomé su mano y la apreté contra mis labios, observando los destellos rosados de su sortija.

-Una jugarreta del destino, ¿eh? -dije, y le solté la mano-. Bueno, ¿qué dices? -pregunté, dirigiéndome a Graber-. Llévame allí en un tiempo mínimo con tus típicos modales cortesanos y esa conversación fluida que nadie osará interrumpir. ¿De acuerdo? Vamos.

Asintió enérgicamente con la cabeza.

-Perdónenme, señoras. En seguida vuelvo.

Iniciamos nuestro recorrido a través del salón, usando de toda nuestra diplomacia para abrirnos paso entre los invitados. Altas y majestuosas, por encima de nosotros, las arañas oscilaban y giraban centelleando como inmensos satélites de hielo. La tilelijistra, una ingeniosa arpa eólica, arrojaba al aire sus notas estridentes al igual que una lluvia de vidrios de colores. La gente hormigueaba y se movía como algunos de los insectos de George Emmet. Nuestro método para atravesar sus enjambres consistía en poner sucesivamente un pie frente al otro, sin pausa, y emitir nuestro propio sonido. Logramos así no aplastar a ningún insecto.

La noche era calurosa. Los hombres vestían en su mayoría ese uniforme negro y fofo que el protocolo impone tiránicamente al Cuerpo Oficial en este tipo de recepciones. Los que no lo llevaban no eran miembros del Cuerpo.

Incómodos pese a su ligereza, los uniformes se recogen y estrechan por los costados para dejar una pechera lisa en cuya parte superior, a la altura del pecho izquierdo y casi tocaba con el hombro, luce una insignia de la Tierra, de unos siete centímetros de diámetro, toda ella de colores: verde, azul, gris y blanco. Más abajo figura el escudo del departamento q corresponde al portador del traje, y el símbolo de su rango. La parte derecha se reserva para el más abigarrado montón chatarra que uno pueda imaginar con vistas a simular dignidad..., y en ello nadie le va a la zaga al ingeniosísimo Instituto de Distinciones, Insignias, Oropeles, Tratamientos y Abolengos, (IDIOTA, para abreviar...), de 105 que su Director se siente poco orgulloso. Al cabo de diez minutos, el cuello empieza parecer un torniquete; al menos el mío.

Las señoras llevaban, o no, lo que les apetecía. Generalmente algo alegre, o templado, con algún color suave (a menos que también pertenecieran a la Oficialidad, en cuyo caso iban primorosamente empaquetadas en los consabidos uniformes negros, aunque en su versión más tolerable de minifalda y mezcla menos adusta de colores), lo cual no dejar de tener sus ventajas, entre otras la de poder distinguir mejor quién es quién.

-Me han dicho que está aquí Dos Santos -comenté.

-Así es.

-¿Por qué motivo?

-En realidad no lo sé, ni me importa.

-¡ Vaya, vaya! ¿Qué se ha hecho de tu sentido político? El Departamento de Crítica Literaria solía alabarte por él.

-A mi edad el olor a muerto resulta cada vez más insoportable.

-¿Y Dos Santos huele?

-Hiede, diría yo.

-He oído que utiliza los servicios de un antiguo socio nuestro. -. (le cuando aquel asunto de Madagascar.

Phil ladeó la cabeza y me lanzó una mirada guasona.

-Te enteras muy de prisa de las cosas. ¡Claro, eres amigo de Ellen! Sí, Hasán está aquí. Ahora está arriba, con Don.

-¿Qué clase de peso metafísico se supone que viene a aligerar?

-Ya te he dicho antes que ni lo sé ni me importa nada.

-¿Tienes alguna idea?

-Ninguna en especial.

Llegamos a un claro del bosque e hice una pausa para servirme el brebaje de turno, contenido en una especie de perol colgante que nos había venido siguiendo por encima, hasta que no pude resistir ya más la tentación y me decidí a oprimir la perilla que pendía en el extremo de su rabo. Al hacerlo, el artilugio se inclinó y entreabrió sus fauces, revelando los helados tesoros de su interior.

¡Ah, qué bien! ¿Quieres tomar algo, Phil?

-Creí que tenias prisa.

-La tengo, pero antes quiero observar un poco el panorama.

Me volví hacia él, mirándole de soslayo, y le pasé lo que pedía. Luego, siguiendo la dirección de su mirada, me fijé en el grupo de sillones instalados en el rincón nordeste del salón, a ambos lados de la enorme thelinstra. Tocaba el instrumento una dama de cierta edad y ojos soñadores. Allí estaba también el director terrestre Lord Sands, fumando su pipa...

Digamos que la pipa es una de las facetas más interesantes de la personalidad de Lord. Se trata de una auténtica Meerschaum, y no quedan muchas en el mundo. En cuanto al resto de él, su función se parece a la de un anti-ordenador: se le proporcionan datos, cifras y estadísticas, todo ello cuidadosamente seleccionado, y él se encarga de traducirlo a basura. Ojos oscuros y sagaces, con los que hipnotiza a su interlocutor mientras retumba su voz lenta y grave; rara vez la acompaña de gestos, y cuando lo hace son bien deliberados, como cuando corta majestuosamente el aire con su mano derecha o propina golpecitos con su pipa a imaginarias señoras. Sienes plateadas y cabellos negros por arriba, pómulos salientes y una tez que hace juego con el olor de su traje (siempre que puede evita el clásico uniforme). Tiene también tendencia a echar hacia adelante la mandíbula, aún más de lo que ya sobresale, tic que repite constantemente, como si con ello se

sintiera más cómodo. Ostenta un cargo político, por obra y gracia del gobierno terrestre de Taler, y se toma su trabajo muy en serio, hasta el punto de sufrir periódicos ataques de úlcera que prueban su dedicación. No es el hombre más inteligente de la Tierra, pero es mi jefe. Y también uno de los mejores amigos que tengo.

Junto a él se sentaba Cort Myshtigo. Casi podía palparse el odio de Phil hacia este personaje... Un odio que lo abarcaba todo, desde las plantas azuladas de sus pies de seis dedos hasta el tope de sus cabellos, aristocráticamente teñidos de rosa y peinados en forma de franja que le recorría el cráneo de sien a sien. Y no es que Phil le odiara por ser quien era, sino más bien, estoy seguro, por tratarse del pariente disponible más cercano-el nieto-de Tatram Yshtigo, que cuarenta años atrás empezó a demostrar que el más insigne de los escritores vivientes en lengua inglesa era un vegano. El viejo aún persiste su empeño, y creo que Phil jamás se lo ha perdonado.

Por el rabillo del ojo (el azul) vi a Ellen remontar la imponente y lujosa escalinata situada en el lado opuesto del salón. Y por el rabillo del otro ojo vi también que Lorel miraba en mi dirección.

-Ya me han descubierto -dije-, y ahora he de ir a presentar mis respetos al William Seabrook de Taler. ¿Vienes conmigo?

-Bueno, muy bien -contestó Phil-. Sufrir es bueno par el alma.

Nos acercamos al rincón y nos plantamos allí, frente a la dos sillas, entre la música y el ruido, en la sede misma del poder. Lorel se incorporó lentamente y nos dio la mano. Myshtigo se puso también en pie, todavía más lentamente, y omitió e saludo. Nos miró fijamente con sus ojos de ámbar, y su rostro permaneció inexpresivo mientras duraron las presentaciones'. Su amplia camisa, de color naranja, se inflaba y desinflaba ~ compás de su respiración, sobre todo por el aire que continuamente parecían exhalar los dos orificios ubicados en la base d su ancha caja torácica. Movió pausadamente la cabeza y repitió mi nombre. Luego se volvió a Phil con algo remotamente parecido a una sonrisa.

-¿Me permitiría traducir su pantomima al inglés? -preguntó, en una voz que sonaba como un diapasón a punto de apagarse.

Phil giró sobre sus talones y se alejó sin decir palabra.

Entonces, por un instante, llegué a creer que al vegano le ocurría algo, hasta que recordé que la risa de los suyos suena algo así como el balido de un chivo. No me gusta encontrarme con veganos, por eso suelo evitar sus lugares favoritos.

-Siéntate -me invitó Lorel, y tuve la impresión de que se sentía incómodo detrás de su pipa.

Saqué una silla y la puse de cara a ellos.

-¿Y bien?

-Cort va a escribir un libro -dijo Lord.

-Ya estoy enterado.

-Sobre la Tierra.

Asentí con la cabeza.

-Ha expresado su deseo de que le sirvas de guía en un recorrido por algunos de los Antiguos Lugares...

-Es un honor para mí -dije con cierta frialdad-. También tengo curiosidad por saber qué le ha movido a seleccionarme como guía.

-Y aún más curiosidad por lo que pueda saber de usted, ¿no es así? -dijo el vegano.

-Sí, es verdad -admití-, en un doscientos por ciento.

Me eché para atrás y apuré la bebida.

-Empecé por consultar el Registro Terrestre, los Vite-Stats, al concebir por primera vez este proyecto... Sólo buscaba información humana en general, y luego, al toparme con una ficha interesante, acudí a los bancos de datos referentes al personal administrativo de la Tierra...

-Ya veo -murmuré.

-A decir verdad, me impresionó más lo que no decían de usted que lo que decían.

Me encogí de hombros.

-Hay muchos vacíos en su carrera. Incluso ahora, nadie sabe realmente lo que hace usted la mayor parte del tiempo... A propósito, ¿cuándo nació usted?

-No lo sé. Sucedió en una pequeña aldea griega, y aquel año no había calendarios. Aunque fue el día de Navidad, según me han dicho.

-Según los registros del personal terrestre, tiene usted setenta y siete años. Y según los Vite-Stats debe de tener ciento once o ciento treinta.

-Mentí un poco con la edad para conseguir empleo. Eran tiempos de crisis.

-Así pues, una vez obtenido el perfil de Nomikós, que de por sí es bastante característico, puse a trabajar los ordenadores en busca de análogos físicos hasta cero, coma, cero, cero, uno, utilizando todos sus bancos de datos. Incluso los ya fuera de uso.

-Hay quien se dedica a coleccionar monedas antiguas o a hacer maquetas de cohetes.

-Averigüé que usted podía haber sido tres o cuatro y hasta cinco personas distintas, todas ellas de origen griego, y una verdaderamente singular. Pero, desde

luego, Konstantin Korones, uno de los de más edad, nació hace treinta y cuatro arios. En Navidad. Un ojo azul y otro castaño. Cojea de la pierna derecha. Conserva el mismo cabello que tenía a los veintitrés arios. También coinciden la altura y los datos de la escala de Bertillon.

-¿Y las huellas dactilares? ¿Y las estructuras de retina?

-Eso no se incluía en la mayoría de los registros antiguos, Se ve que eran más negligentes en aquellos días. No lo sé. Quizás eran menos estrictos en vigilar el acceso a los registros públicos..

-Se dará usted cuenta de que ahora mismo hay más de cuatro millones de personas en este planeta. Si nos remontamos en el pasado, tres o cuatro siglos, me atrevería a decir que no es difícil encontrar dobles y aun triples de mucha gente actual. ¿Qué dice usted a esto?

-Que sólo le hace más misterioso, eso es todo. Casi le convierte a usted en un espíritu del lugar donde habita..., y, curiosamente, parece usted tan desolado como lo está el propio lugar. Cierto que nunca llegaré a su edad, sea cual fuere, pero me interesaba saber qué tipo de sensibilidades podía cultivar un ser humano en su caso, es decir, con una longevidad como la suya. En especial teniendo en cuenta que es usted maestro en la historia y arte de su mundo. Por eso solicité sus servicios -concluyó.

-Y ahora que me ha visto... desolado, como dice, ¿puedo volverme a casa?

-¡Conrad! -me recriminó el hombre de la pipa.

-No, señor Nomikós. Hay también otras consideraciones prácticas. Este es un mundo duro y difícil, y usted posee un elevado potencial de supervivencia. Lo quiero conmigo porque deseo sobrevivir.

Una vez más me encogí de hombros.

-Bueno, eso queda claro. ¿Hay algo más?

Se rió entre dientes.

-Me doy cuenta de que le resulto desagradable.

-¿Qué diablos ha podido inspirarle esa idea? Sólo por haber insultado a mi amigo, hacerme preguntas impertinentes, requerir caprichosamente mis servicios...

explotar a sus compatriotas, convertir su mundo en un burdel y demostrar el provincianismo de los humanos en comparación con una cultura galáctica infinitamente más antigua...

-No hablo de cuestiones de raza a raza, sino de cosas personales. Y repito lo dicho: ha insultado usted a mi amigo, me ha hecho preguntas impertinentes y me ha obligado a que le sirven sus caprichos.

-(¡Gangueo de chivo!) Respondo a las tres acusaciones! Es una afrenta a los espíritus de Homero y Dante permitir que ese hombre cante para la raza humana.

-De momento no hay nadie que lo haga mejor.

-Entonces más valdría pasarse sin nadie.

-Ello no es motivo para tratarle de esa manera.

-Yo creo que sí lo es. De otro modo me habría callado... Segundo, tengo derecho a hacer las preguntas que juzgue oportunas, y es privilegio suyo responder o no a ellas según su criterio, tal como lo ha hecho. Finalmente, nadie le ha impuesto a usted nada. Es usted un funcionario. Le han asignado una misión. Discútalo con su Departamento, no conmigo. Por añadidura, creo que carece usted de datos suficientes para usar la palabra «capricho» tan libremente como lo hace -terminó.

Por la expresión de Lorel deduje que su úlcera comentaba silenciosamente nuestra conversación, mientras yo añadía:

-Entonces llame usted a su grosería, si quiere, buena fe..., o producto de otra cultura. Justifique su influencia con todas las argucias que se le ocurran, y diga todo lo que le pase por la mente. Y tampoco se prive, por favor, de lanzarme a la cara sus calumniosos juicios, para que pueda a mi vez juzgarle. Se porta usted como un Gobernador General de las Colonias de Su Majestad -pronuncié bien las mayúsculas-, y no me gusta. He leído todos sus libros. También los de su abuelo, por ejemplo su Lamento de una Tierra prostituta, y nunca será usted lo que es él. En él hay algo llamado compasión. En usted no. Todo cuanto siente acerca del viejo Phil lo es usted por partida doble... en mi libro.

Con lo del abuelo debí poner el dedo en la haga, porque se acobardó cuando le miré fijamente con mi ojo azul.

-¡Así que estamos en paz! -añadí, eso o algo parecido, en vegano.

Sands no habla el suficiente vegano como para entender lo que dije, pero inmediatamente se puso a hacer ruiditos conciliadores, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no nos oían.

-Conrad, por favor, recobra tu actitud profesional y compórtate como debes. Srm Shtigo, ¿por qué no seguimos hablando de nuestro plan?

Myshtigo sonrió, con su sonrisa verdiazul.

-¿Y minimizamos nuestras divergencias? De acuerdo.

-Entonces vayamos a la biblioteca... Es un sitio más tranquilo, y podemos utilizar el mapa luminoso.

-Muy bien.

Me sentí un poco más animado al ponerme en pie con ellos, porque Don Dos Santos estaba allí arriba y odia a los veganos y porque dondequiera que esté Dos Santos siempre lo acompaña Diane, esa chica de la peluca roja que odia a todo el mundo George Emmet se encontraba también arriba, con Ellen. . George no se inmuta por nada, parece tener sangre de horchata delante de extraños (o de amigos, por lo que hace al caso). Quizá se le ocurriera también a Phil darse una vuelta por allí algo más tarde, y abrir el fuego contra Fort Sumter. Finalmente estaba Hasán~. No habla mucho, se limita a sentarse y fuma su hierba con mirada perdida, de ojos opacos... Y si a uno le da por sentarse a su lado y aspirar un par de bocanadas de s ponzoña, le importa ya un bledo lo que haya dicho a los vegano o a quien sea.

Esperaba encontrar a Hasán con la memoria embotada vagando por algún lugar más o menos remoto de las nubes.

Mis esperanzas se disiparon en cuanto entramos en la biblioteca. Allí estaba sentado, con la espalda bien erguida y bebiendo a sorbitos una limonada.

A sus ochenta o noventa años, o más, aparentaba unos cuarenta, y hasta podría fingir que no pasaba de los treinta. Lo tratamientos Sprung-Samser habían respondido magníficamente en él. No ocurre siempre así. Casi nunca, de hecho. A alguno pacientes les someten a un proceso acelerado de descargas anifilácticas sin motivo que lo justifique, y ni siquiera un chorro intracardíaco de adrenalina es capaz de regenciarlos. Otros, ~ mayoría, se congelan en los cinco o seis decenios. Pero es cierto que unos pocos selectos llegan a rejuvenecer con el tratamiento. Más o menos uno entre cien mil.

Me pareció curioso que el destino hubiera elegido a Hasán para figurar en su galería de grandes trofeos, ¡ y de esa manera!

Habían pasado más de cincuenta años desde el affaire de Madagascar, cuando Hasán fue empleado por la Radpol para su vendetta contra los taleritas. Le pagó el gran K., ¡ descanse en paz!, en Atenas, después de enviarle a dar buena cuenta de la Compañía Inmobiliaria Terrestre establecida por ellos allí Y lo hizo, ¡ vaya silo hizo! Con un aparatito nuclear. ¡Plaf! Re novación urbana instantánea. Por algo sólo unos pocos se permiten llamarle Hasán el Asesino; es el último mercenario que queda en la Tierra.

Además, dejando aparte a Phil (que no siempre ha sido el único en blandir espadas sin filo ni pomo), Hasán se contaba entre los poquísimos que podían aún recordar al viejo Karaghiós. Así que, barbilla al frente y hongos cutáneos a babor, traté de enturbiar su mente de una primera mirada. Tal vez actuaban remotos y misteriosos poderes, aunque lo dudo, o estaba más achispado de lo que yo creía, lo cual era muy posible, o se había olvidado de mi cara -cosa también posible, aunque nada probable- o, finalmente, ejercía su ética profesional o una baja astucia animal. (Poesía ambas. cosas en grado diverso, pero predominaba la zorrería.) El caso es que no se alteró lo más mínimo cuando nos presentaron.

-Hasán, mi guardaespaldas -dijo Dos Santos, luciendo como un flash la mejor de sus sonrisas mientras yo estrechaba la mano que en su día, por así decirlo, tuvo al mundo en un puño.

Todavía conservaba su antigua fuerza.

-Conrad Nomikós -dijo Hasán, bizqueando como si estuviera leyendo mi nombre en un pergamino.

Puesto que ya conocía a todos los demás, me encaminé presuroso a la silla lo más lejana posible de Hasán, y casi todo el tiempo mantuve mi segunda bebida a la altura de la cara, para mayor seguridad.

Diane, la de la roja peluca, se hallaba cerca, de pie.

-Buenos días, señor Nomikós.

Bajé el vaso.

-Buenas noches, Diane.

Alta, esbelta, casi toda ella de blanco, parecía un cirio al lado de Dos Santos. Sé que lo que lleva es una peluca, porque alguna vez he visto cómo se corría hacia arriba, revelando parte de una interesante y fea cicatriz que de ordinario tapa con el flequillo. A menudo me he preguntado por el significado de esa cicatriz, cuando desde mi embarcación anclada contemplaba los fragmentos de constelaciones que asomaban entre las nubes, o mientras desenterraba maltrechas estatuas. Labios púrpura (tatuados, creo), que nunca he visto sonreír. Los músculos de su mandíbula parecen cuerdas en tensión, porque los dientes están siempre apretados; y a fuerza de fruncir el entrecejo, ha quedado entre sus ojos la marca de una pequeña «v» al revés. Su barbilla es menuda, y la mantiene siempre muy empinada, quizás en son de desafío. Apenas mueve la boca cuando habla en ese tono seco y cortante que le es tan característico. En cuanto a su edad, es imposible de adivinar. Pasa de los treinta, eso es todo.

Ella y Don forman una pareja interesante. Él es moreno locuaz, fumador empedernido e incapaz de sentarse y permanecer quieto durante más de dos minutos. Ella le lleva doce o trece centímetros de estatura, y es como una vela que arde sin parpadear. Aún no conozco del todo su historia. Creo que nunca llegaré a saberla.

Se acercó, quedándose de pie junto a mi silla mientras Lore presentaba Cort a Dos Santos.

-Tú... -dijo.

-Yo... -contesté.

- as a dirigir la expedición.

-Todo el mundo está al corriente de los detalles menos yo -dije-. Supongo que no será pedirte demasiado que me pases, unas migajas de tu conocimiento del asunto.

-¿Qué conocimiento y qué asunto? -fue su respuesta.

-Hablas como Phil -dije.

-No era mi intención.

-Pero lo has hecho. ¿Por qué?

-¿Por qué, qué?

-¿Por qué tú? ¿Y Don? ¿Por qué estáis aquí, precisamente esta noche?

Pasó la lengua por el labio superior, apretándola después con fuerza, como para exprimir el zumo de unas uvas o evitar que se le escaparan las palabras. Luego dirigió la vista hacia Don, pero éste se hallaba demasiado lejos para podernos oír; en todo caso, miraba en otra dirección. Parecía estar muy ocupado sirviéndole a Myshtigo una auténtica Coca del recipiente «aéreo». La fórmula de esta bebida había sido el hallazgo arqueológico del siglo, según los veganos. Se perdió durante los Tres Días, y hacía sólo una década, o algo así, que se había recuperado. Claro que ya se conocían muchos brebajes similares, pero ninguno de ellos se acomodaba al metabolismo de los veganos como el producto genuino. «La segunda aportación terrestre a la cultura galáctica», la llegó a definir uno de los historiadores contemporáneos. La primera, por supuesto, era un nuevo tipo de problema social cuya aparición los aburridos filósofos veganos habían estado acechando durante generaciones.

Diane volvió a mirarme.

-No lo sé todavía -dijo-. Pregúntaselo a Don.

-Lo haré.

Y lo hice. Aunque más tarde. No me llevé ninguna desilusión, puesto que no esperaba nada.

Sin embargo, mientras estaba allí sentado tratando por todos los medios posibles de oír lo que decían, tuve de repente una interferencia paravisual, de ésas que alguien me dio una vez a conocer corno realización pseudotelepática de deseos, o cosa parecida. Funciona así:

Supongamos que quiero saber lo que se está tramando en alguna parte. Casi tengo la suficiente información para adivinar de qué se trata. Y lo adivino. Sólo que me viene como si lo estuviera viendo y oyendo por los ojos y oídos de uno de los del grupo. Propiamente no es telepatía, no creo que lo sea, porque a Veces resulta falso. De todos modos, el fenómeno siempre parece real.

El hecho es que en tales casos todo aparece muy claro menos la causa.

Lo cual explica por qué de repente. me encontraba de pie en medio del salón, miraba a Myshtigo, era Dos Santos, y estaba diciendo:

-Le acompañaré para velar por su seguridad. No como secretario de la Radpol, sino como simple ciudadano.

-No he solicitado su protección -decía el vegano-, pero gracias de todas formas. Aceptaré su ofrecimiento para evitar morir a manos de sus compatriotas -sonreía al decir esto último-, suponiendo que quisieran matarme durante mis viajes. Dudo que tengan esas intenciones, pero sería necio por mi parte rechazar la protección de Dos Santos.

-Obra usted concienzudamente -dijimos, inclinando ligeramente la cabeza.

-Estoy seguro de ello -respondió Cort-. Dígame, por favor -y señaló con la vista hacia Ellen, que en aquel momento terminaba alguna discusión con George y hacía ademán de marcharse-, ¿quién es ella?

-Ellen Emmet, la esposa de George Emmet, director del Departamento de Conservación de la Naturaleza.

-¿Cuál es su precio?

-No tengo idea de que haya mencionado alguno recientemente.

-Bueno... ¿Cuál era antes?

-Nunca lo ha tenido.

-Todo tiene un precio en la Tierra.

-Entonces supongo que deberá usted averiguarlo por su cuenta.

-Lo haré -dijo.

Nuestras mujeres siempre han atraído de manera curiosa los veranos. Uno de éstos me dijo en cierta ocasión que hacían sentirse «zoófilo». Lo cual es interesante, pues una chica de vida alegre de las que salen con turistas en la Cóte d'Or me dijo también una vez, con soma, que ante los veganos se sentía como une zoophiliste. No sé qué tienen esos aires par excitar así a su respectiva fauna, deben de hacer cosquillas algo por el estilo.

-A propósito -continuamos-, ¿sigue usted golpeando a su mujer últimamente?

-¿A cuál de ellas? -preguntó Myshtigo.

Borrón, y de vuelta a mi asiento.

-Y tú -decía en aquel momento George Emmet, dirigiéndose a mí-, ¿qué opinas?

Le miré a la cara. Apenas llevaba allí un instante. Rabí surgido de repente y se había encaramado en el ancho brazo de mi butaca.

-; Qué decías? Estaba cabeceando.

-Te decía que hemos vencido al murciélago-araña. Y te preguntaba qué te parece.

-Muy bien -respondí-. Ahora cuéntame cómo hemos vencido al murciélago-araña.

Pero él reía. Es de esos tipos en los que la risa brota siempre como algo imprevisible. Uno lo ve por ahí días y días con cara larga, y luego por cualquier cosilla se le dispara el resorte Cuando ríe emite sonidos entrecortados, como un bebé, impresión que aún contribuye a reforzar su aspecto un tanto fláccido y la escasez de su pelo. Esperé. Ellen descargaba ahora sus iras. contra Lorel, y Diane, de espaldas, leía los títulos de los libros, en los estantes.

Por fin habló George.

-He logrado sintetizar una nueva raza de sushí -me susurró confidencialmente.

-Ah, ¿sí? ¡ Magnífico! -Luego, con más suavidad, me atreví a preguntarle-: Y, ¿qué es eso de sushí?

-El slish es un parásito que procede de Bakab -explicó-, como una garrapata grande. Los míos tienen casi un centímetro de largo -añadió con orgullo-. Penetran muy hondo en la carne y segregan una sustancia extremadamente venenosa.

-¿Son mortales?

>3

28

-Los míos sí.

-¿Me podrías prestar uno? -le pregunté.

--¿Para qué?

-Para ponérselo a cierto individuo en la espalda. Pensándolo bien, préstame un par de docenas. Tengo muchos amigos.

-Mis ejemplares no sirven para personas, sólo para murciélagos~araña. Son discriminativos. Las personas envenenarían a mis sushii. -Pronunció «mis sushí» en tono de absoluta posesión-. Su huésped ha de tener un metabolismo basado en el cobre, más que en el hierro, y ése es el caso de los murciélagos~araña. Por eso quiero ir contigo en este viaje.

-Lo que quieres es que te encuentre un murciélago-araña y lo sujete bien mientras le endilgas tus slishi. ¿No es eso?

-Bueno, a decir verdad sí que me gustaría tener un par de esos animales en reserva... El mes pasado se me agotaron los disponibles, pero ahora estoy ya seguro de que los slishi surtirán efecto. Quiero proseguir hasta provocar la epidemia.

-¿Qué epidemia?

-Entre ellos, los murciélagos... Los slishi se multiplican con gran rapidez en el medio terrestre cuando se les proporciona el huésped adecuado, y se vuelven muy contagiosos si se escoge bien el momento más apropiado del año para su inoculación. Yo había pensado en la época de celo de los murciélagos-araña que aún pululan por el suroeste. Comenzará dentro de unas seis ti ocho semanas en la zona de California, en un antiguo lugar llamado Capistrano... En realidad no es ya un sitio tan caliente como antes. Tengo oído que vuestro viaje os llevará por aquellas tierras aproximadamente en esa época. Cuando los murciélagos regresen a Capistrano, quiero estar allí esperándolos con los sushí. Además, tampoco me vendrán del todo mal unas vacaciones.

-Ya... ¿Has hablado de todo esto con Lorel?

-Sí, v cree que es una buena idea. De hecho, desea encontrarse con nosotros allí y tomar fotos. Quizá sea ésta una de las pocas oportunidades que nos queden para verlos de cerca, oscureciendo el cielo con su vuelo, anidando entre las ruinas del modo en que lo hacen, devorando jabalíes, depositando sus excrementos verdes en las calles... ¿No es maravilloso?

-¡ Uf! Una especie de Halloween, ¿eh? ¿Y qué pasará con todos esos jabalíes si acabamos con los murciélagos-araña?

--¡Oh! Habrá más. Pero me figuro que los pumas les impedirán multiplicarse corno conejos australianos En todo caso, más vale tener jabalíes que murcíélagos-araña, ¿no crees?

-Ni los unos ni los otros me entusiasman, pero ahora que lo dices, prefiero los jabalíes, desde luego. Sí, hombre, puede venirse con nosotros.

-Gracias -dijo-, ya sabía que podía contar con tu ayuda,

-No hay de qué.

En aquel momento Lord reclamaba nuestra atención con sonidos guturales que podían tomarse por disculpas. Se hallaba de pie junto a la gran mesa central, ante la que descendía lentamente una pantalla de amplias dimensiones. Funcionaba PO transparencias superpuestas, por lo que nadie tuvo que cambiarse de sitio para no estorbar la proyección. Lord apretó un botón y las luces de la sala se atenuaron.

-Voy a proyectarles una serie de mapas -dijo~, si logro que este sincronizador... ¡ Ah! ¡ Ya está!

En la pantalla aparecieron, en color, el norte de África y l~ mayoría de los piases mediterráneos.

-¿Es éste el mapa que quería ver en primer lugar? -le preguntó a Myshtigo.

-Sí, éste era... en definitiva -respondió el corpulento vegano, interrumpiendo su discreta conversación con Ellen, a l~ que había acorralado en el rincón de Historia Francesa bajo un busto de Voltaire.

Las luces disminuyeron aún más y Myshtigo se aproximó ¡la mesa. Miró al mapa, y luego a nadie en particular.

-Deseo visitar ciertos lugares clave que, por una u otra razón, son importantes en la historia de su mundo -dijo-. Me gustaría empezar por Egipto, Grecia y Roma. Después quisiera proseguir mi itinerario pasando rápidamente por Madrid, París y Londres. -Los mapas iban sucediéndose mientras hablaba, aunque a ritmo más lento que su palabra-. A continuación desearía ir a Berlín, tocar Bruselas y, tras haber visitado San Petersburgo y Moscú, cruzar de nuevo el Atlántico y parar en Boston, Nueva York, D.C., Chicago -Lorel sudaba-, siguiendo luego hacia el sur, hasta Yucatán, y de allí finalmente volver atrás al territorio de California.

-¿En ese orden? -pregunté.

-Sí, en ese orden -respondió él.

-¿Qué pasa con la India y el Oriente Medio... o el Extremo Oriente, si vamos al caso? -inquirió una voz que inmediata mente reconocí como la de Phil: había entrado en la biblioteca con las luces ya casi apagadas.

-Nada -dijo Myshtigo-, simplemente que hay mucho lodo y arena, y hace demasiado calor. Además, tampoco tienen nada que ver con lo que busco.

-¿Y qué busca?

-Un tema.

¿Qué clase de tema?

-Ya le enviaré una copia firmada.

-Gracias.

-A su disposición.

-¿Cuándo quiere partir? -le pregunté yo.

Pasado mañana -contestó.

-De acuerdo.

-He mandado confeccionar para usted mapas detallados de las zonas específicas. Lord me dice que ya han sido entregados en su despacho esta tarde.

-De acuerdo otra vez. Pero hay algo que quizás haya podido escapársele. Se trata de que todos los lugares citados por usted hasta ahora son continentales.

Nuestra cultura actual es mayormente insular, y por muy buenas razones. Durante los Tres Días los continentes sufrieron una buena rociada, y muchos de los sitios que usted ha nombrado tienden todavía a estar algo calientes. Aunque ésta no sea la única razón por la que se consideran poco seguros...

-Su historia no me es del todo desconocida, y tampoco ignoro el peligro de las radiaciones -me interrumpió-. Asimismo, estoy al corriente de la variedad de nuevas formas de vida que pueblan los Antiguos Lugares. Todo eso me preocupa moderadamente, pero no me inquieta.

Me encogí de hombros en la penumbra.

-Por mí...

-Bien -tomó otro sorbo de Coca-. Por favor, Lord, ya puede encender la luz.

-Muy bien, Srm.

La habitación se iluminó de nuevo.

Mientras la pantalla ascendía hasta desaparecer en el techo, Myshtigo me preguntó:

-¿Es cierto que conoce usted a varios mambos y houngans aquí, en Port-au-Prince?

-Sí, desde luego -dije-. ¿Por qué?

Se acercó a mi.

-Tengo entendido - prosiguió en tono de conversación-que el vudú, o voudoin, ha sobrevivido y se ha conservado prácticamente intacto durante siglos.

-Es posible -respondí-. Yo no estaba aquí cuando empezó, así que no puedo decírselo con certeza.

-También sé que a sus adeptos no les agrada demasiado presencia de extraños...

-Eso es cierto. Pero organizarán para usted una buena exhibición si encuentra el hounfor adecuado y les deja caer algunos regalillos.

-No, eso no me interesa. Lo que quiero es ver una auténtica ceremonia. Si pudiera asistir con alguien que no fuera extraño a los participantes, quizá lograra presenciar los ritos genuinos

-¿Con qué propósito? ¿Curiosidad morbosa por conocer costumbres bárbaras?

-No. Me atrae el estudio de las religiones comparadas.

Examiné su rostro con atención, pero no pude sacar nada en limpio.

Había pasado ya algún tiempo desde que visité por última vez a Mamá Julie, Papá Joe o los demás, y el hounfour tampoco se encontraba muy lejos, pero ignoraba cómo lo tomarían si me presentaba allí con un vegano. Aunque antes, por supuesto nunca me habían dicho nada por ir con alguien.

-Bueno... -comencé.

-Sólo deseo observar -dijo Myshtigo-. Seré muy discreto. Apenas notarán que estoy allí.

Murmuré algo entre dientes y por fin accedí. Conocía muy bien a Mamá Julie, y no vi que hubiera mucho mal en ir con é.

-De acuerdo -dije-. Le llevaré a ver a uno de ellos. Est<' noche, si le parece.

Asintió, dándome las gracias, y se fue a buscar otra bebida George, que no se había movido del brazo de mi sillón, se inclinó hacia mí y observó que sería interesante disecar a un vegano. Le di la razón.

Volvió Myshtigo, acompañado de Dos Santos

-¿Qué es eso de que vas a llevar al señor Myshtigo a una ceremonia pagana? -preguntó, delatando su excitación con gestos y temblores de nariz.

-Así es -dije-. Tal es mi intención.

-No será sin guardaespaldas. No lo consentiré.

Levanté las dos manos.

-¿Crees que no soy capaz de arreglármelas yo solo con lo que pueda surgir?

-Hasán y yo os acompañaremos.

Iba a protestar cuando Ellen se insinuó entre ellos.

-Yo también quiero ir -dijo-. Nunca he estado en un sitio así.

Me encogí de hombros. Si Dos Santos iba, también iría Diane, con lo que éramos ya un buen grupo.

Así que uno más o menos, ¡qué importaba! Todo se había ido a pique, aun antes de empezar.

-¿Por qué no? -contesté.

El haunfor se hallaba en la zona del puerto, quizá por estar dedicado a Agué Woyo, dios del mar. O con más probabilidad porque las gentes de Mamá Julie no conocían otro tipo de ambiente. Agué Woyo no es un dios celoso, por ello en las paredes, pintadas de vivos colores, se veneraban también otras muchas deidades.

Allá en el interior de la isla existían otros hounfors más refinados, pero algo contagiados de comercialismo.

La nave de Agué resplandecía de azul, naranja, verde, amarillo y azabache, y no parecía estar en muy buenas condiciones para echarse a la mar. Damballa Wedo, carmesí, retorcía y enroscaba su fea figura casi a todo lo largo de la pared opuesta. Fuera, Papá Joe acariciaba rítmicamente unos grandes tambores, los típicos rada, sentado a la derecha de la puerta por la que entramos... la única puerta. Varios santos cristianos escudriñaban con expresión impenetrable el revoltijo de luminosos corazones, gallos, cruces mortuorias, banderolas, machetes y caminos enmarañados, que se aferraban a casi cada centímetro de los muros -congelados tras la hecatombe en el surrealismo de las anfotéricas pinturas de Titán-, y no era posible decir si los santos aprobaban o no todo aquello: desde sus marcos destartalados contemplaban el espectáculo como desde ventanas abiertas a un mundo totalmente extraño

Sobre el pequeño altar se veían numerosas botellas de bebidas alcohólicas, pequeñas calabazas, vasos sagrados para los espíritus de los loa, amuletos, pipas, banderas, fotos en relieve de personas desconocidas y, entre otras cosas, un paquete de cigarrillos para Papá Legba.

Precisamente una ceremonia estaba en curso cuando nos invitó a pasar al interior un joven hounsi llamado Luis. La habitación tenía unos ocho metros de largo por cinco de ancho, su techo era alto y el suelo estaba sucio. Los danzantes se movían en torno a un poste central, contoneándose al ritmo de sus pasos lentos. Su piel era negra como el carbón y brillaba a la débil luz de las viejas lámparas de petróleo. Al entrar nosotros, el poco espacio libre quedó reducido al mínimo.

Mamá Julie me cogió de la mano y sonrió. Me condujo a lugar detrás del altar y dijo:

-Erzulie ha sido amable.

Asentí.

-Ella te aprecia, Nomikós. Vives muchos años, viajas mucho y regresas.

-Siempre -dije.

-¿Esa gente...?

Señaló hacia mis compañeros con un rápido movimiento sus ojos negros.

-Son amigos. No molestarán...

Se echó a reír cuando lo dije. Yo hice lo mismo.

-Los mantendré apartados si nos permites quedarnos. E taremos en la oscuridad, a los lados de la habitación. Si a dices que me los lleve, lo haré. Veo que habéis bailado ya mucho, y vaciado muchas botellas...

-Quedaos -dijo-. Ven por aquí alguna vez a charlar conmigo, de día.

-Lo haré.

Se alejó de mí, y los danzantes le hicieron sitio en su círculo. Era muy corpulenta, en contraste con su vocecita insignificante. Se movía como una enorme muñeca de caucho, no si garbo, marcando sus pasos al compás de la monótona percusión de los tambores de Papá Joe. A poco este sonido lo llenó todo - mi cabeza, la tierra, el aire-, como tal vez los latidos de corazón de la ballena que antaño devoró a Jonás. Observé a los danzantes, y también a quienes observaban a los danzantes.

Bebí medio litro de ron intentando ponerme a tono con e ambiente, pero no lo logré. Myshtigo seguía ingiriendo Coca de una botella que había traído consigo. Nadie notó su aire deprimido, pero habíamos llegado allí bastante tarde y las cosas iban ya avanzadas, adondequiera que fuesen.

Peluca Roja permanecía quieta en un rincón, contemplando el cuadro con una mezcla de miedo y desdén. Tenía a su lado una botella, pero la ignoraba. Myshtigo tenía a su lado a Ellen e igualmente la ignoraba. Dos Santos se mantenía junto a la puerta y vigilaba a todo el mundo..., incluso a mí. Hasán, acurrucado contra la pared, fumaba una larguisima pipa terminada en una minúscula cazoleta. Parecía estar en paz.

Mamá Julie, creo que era ella, empezó a cantar. Pronto le hicieron eco otras voces:

¡Papa Legba, ouvri bayé!

Papa Legba, Attibon Legba, ouvri bayé pou pou passé!

Papa Legba...

Y así una vez y otra, y otra, y otra. Empezó a entrarme el sueño. Eché otro trago de ron, pero me dio más sed y seguí bebiendo.

Había perdido ya la noción del tiempo que llevábamos allí, cuando de pronto sucedió. Durante todo aquel rato los danzantes habían estado besando el poste, cantando, golpeando las calabazas y rociándose de líquidos diversos. Un par de haunsí, en trance, gesticulaban y pronunciaban palabras incoherentes sobre un suelo de harina pisoteada; el humo del tabaco impregnaba la atmósfera hasta hacerla casi irrespirable. Yo me había recostado contra la pared, y creo que mis ojos habían llegado a cerrarse durante uno o dos minutos.

El sonido partió de donde menos se esperaba.

Hasán gritó.

Fue como un largo gemido, que primero me sacudió hacia delante, para hacerme luego perder el equilibrio y lanzarme de nuevo contra la pared con brusquedad.

Los tam-tams prosiguieron impasibles su monótono redoble. Cuando algunos de los danzantes se detuvieron para mirar hacia lugar de la inesperada interrupción.

Hasán se había puesto en pie. Sus blancos dientes resaltaban en la oscuridad y sus ojos eran puntos de fuego; brillante de sudor, su rostro mostraba las señales inequívocas de una extrema excitación.

Su barba era una punta de lanza presta a dispararse.

Su capa, enganchada en algún adorno, en lo alto de la pared, se abría en dos negras alas.

Sus manos, con gesto lento e hipnótico, intentaban estrangular a alguien que no existía.

De su garganta salían sonidos roncos, como los de un animal salvaje.

Continuó apretando en el vacío.

Por fin, con una risa ahogada, soltó a su invisible presa y abrió las manos.

Casi inmediatamente surgió Dos Santos a su lado y se puso a hablarle, pero estaban en dos mundos diferentes.

Uno de los danzantes murmuró algo en son de queja. Otro se le unió..., y luego otros.

Mamá Julie abandonó el círculo y vino hacia mí, justo el instante en que Hasán volvía a reanudarlo todo, esta v con gestos aún más espectaculares.

El tam-tam continuó su lento y pesado retumbar.

Papá Joe ni siquiera levantó la vista.

-Mal presagio -dijo Mamá Julie-. ¿Qué sabes de es hombre?

-Muchas cosas -repuse, poniendo toda la fuerza de r voluntad en mantener clara la cabeza.

-Angelsou -dijo ella.

-¿Qué?

-Angelsou -repitió-. Es un dios tenebroso..., y temible. Tu amigo está poseído por Angelsou.

-Explícate, por favor.

-Raramente viene a nuestro hozinlar. No lo queremos aquí. Sus posesos se convierten en asesinos.

-Lo que yo creo es que Hasán estaba probando alguna nueva mezcla para su pipa, a base de ambrosía o algo semejante.

-Angelsou -dijo ella otra vez-. Tu amigo matará a alguien porque Angelsou es un dios de muerte y sólo visita a los suyos

-Mamá Julie -le respondí-. ¡Claro que Hasán mata! si te metieras en la boca una pastilla de chicle por cada hombre a quien ha matado y trataras de mascarlo todo, parecerías una ardilla. Esa es su profesión, matar... Aunque dentro de los limites de la ley, generalmente. Puesto que el Código Ducho tiene vigencia en el Continente, es allí, sobre todo, donde hace SL trabajo. Alguna vez se ha rumoreado que no todos sus «trabajos» fueron legales, pero esto nunca ha podido probarse... Dime -concluí-. ¿Es Angelsou el dios de los que matan, o el dio5 de los asesinos? Debe haber una diferencia entre ambas cosas ¿no?

-No para Angelsou -respondió ella.

En aquel momento Dos Santos, tratando de acabar con l~ escena, cogió a Hasán fuertemente por las muñecas. Intentaba separarle las manos, pero... Bueno, que alguien intente alguna vez doblar los barrotes de hierro de una celda o de una jaula de fieras, y se hará una idea de la situación.

Crucé el recinto, como lo hicieron varios otros. Fue una buena decisión, porque Hasán finalmente se dio cuenta de que había alguien delante de él y liberó sus manos. A continuación, con gesto rápido, sacó de entre los pliegues de su capa un cuchillo largo y afilado.

Si tenía o no la intención de plantárselo a Don o cualquier otro de nosotros quedará para siempre en duda, pues en aquel mismo instante Myshtigo taponó su botella de Coca con el pulgar y asestó con ella a Hasán un fuerte golpe detrás del oído. El árabe se desplomó hacia delante y Don lo sujetó, mientras yo le arrancaba el estilete de entre los dedos y Myshtigo terminaba de beberse la Coca.

-Una ceremonia interesante -observó el vegano-. Nunca hubiera sospechado que este gigantón abrigaba sentimientos religiosos tan intensos.

-Ello sólo confirma que uno nunca puede estar seguro de nada, ¿no cree?

-Así es. -Luego, señalando con un gesto a los presentes, añadió-: Todos ellos son panteístas, ¿no?

Lo negué con la cabeza.

-Animistas primitivos -respondí.

-¿Qué diferencia hay?

-Pues, por ponerle un ejemplo, esa botella que acaba usted de vaciar será colocada sobre el altar, o pero, como lo llaman ellos, para servir de vaso sagrado a

Angelsou, dada la íntima relación que hace un instante ha tenido con el dios. Así es como un animista ve más o menos las cosas. Ahora bien, un panteísta se sentiría, como es natural, un tanto molesto por la presencia en sus ceremonias de gente extraña y no invitada previamente, que viene a perturbarías y crear problemas como lo hemos hecho nosotros. Su impulso normal sería sacrificar los intrusos a Agué Woyo, dios del mar, golpeándoles a todos en la cabeza en una ceremonia semejante, y arrojarlos luego al agua desde el extremo del muelle. Por eso, confío en que no tendré que explicar a Mamá Julie que todos esos que ahora nos están mirando son verdaderos animistas. Discúlpeme un momento.

En realidad la cosa no era para tanto, pero quise asustarle un poco. Creo que lo conseguí.

Después de presentar mis excusas y desear a todo el mundo buenas noches, cargué con Hasán. Estaba inconsciente y yo era el único del grupo lo bastante grande y fuerte para aguantar su peso sobre mis espaldas.

Excepto por nosotros, la calle estaba enteramente desierta, Y en algún lugar, justo bajo el borde oriental del mundo, la gran nave de fuego de Agué ~Voyo hendía las olas del salpicando el cielo de sus colores favoritos.

Dos Santos, que caminaba a mi lado, dijo:

-Quizá tenias razón y hubiese sido mejor dejaros solos.

No me tomé la molestia de contestarle, pero Ellen, que por delante con Myshtigo, se detuvo y volvióse hacia nosotros.

-Tonterías -dijo-. Si no hubiéramos venido, nos habíamos perdido el maravilloso y dramático monologo del cante de tiendas.

Para entonces me había acercado a ella lo suficiente, y décimas de segundo sus dos manos rodearon mi cuello, apretó, pero se puso a hacer muecas horribles con la diciendo..

-Uuuh... Grrr... Aaah. Estoy poseída de Angelsou, ¡prepárate a morir!

Y soltó una carcajada.

-Suéltame la garganta o te tiro encima este árabe dije, comparando el naranja oscuro de sus cabellos con el rosa del firmamento tras ella, y sonreí-. Te aseguro que pesa suyo.

Un instante antes de soltarme presionó sobre mí ~ quizá un poco más de la cuenta para ser una broma. Liberándome definitivamente, volvió con Mystitjgo y seguí caminando como antes. En general las mujeres no suelen abofetearme, porque siempre les presento primero la otra mejilla del eccema, y se asustan: un pequeño apretón de cuello era pues, la única alternativa, supongo.

-¡ Interesantísimo! -dijo Peluca Roja-. Me sentía rara como si algo dentro de mí bailara con ellos. ¡Qué impresión tan extraña! Sobre todo no gustándome el baile; ni así, ni de ninguna otra manera.

-¿Qué clase de acento tienes? -la interrumpí~. He do de localizarlo, pero no lo consigo.

-No sé... -repuso-. Soy algo así como entre francesa irlandesa. He vivido en las Hébridas, y también en Australia y

Japón, hasta los diecinueve años...

En aquel momento Hasán emitió un gruñido y dobló músculos. Sentí un dolor agudo en la espalda.

Lo deposité en el suelo, junto a una puerta, y le di unas cuantas sacudidas. Encontré dos cuchillos arrojadizos, otro estilete, un bonito puñal clásico, un Bowie de hoja dentada, alambres para estrangular y una cajita de metal con polvos diversos y ampollas de líquidos que no me molesté en examinar muy de cerca. El puñal me gustaba y me lo quedé. Era un Coricama, trabajado con gran esmero.

Al día siguiente por la tarde, o digamos por la noche, embauqué al viejo Phil con el propósito de hacerlo servir de billete de acceso a la suite que Dos Santos ocupaba en el Royal. La Radpol todavía venera a Phil como a una especie de Tom Paine del Retornismo, y eso que el propio Phil se viene declarando inocente de tal cosa desde hace prácticamente medio siglo, justo desde que empezó a adquirir su actual aureola de misticismo y respetabilidad. Si La llamada de la Tierra es, con toda probabilidad, la mejor obra que haya escrito jamás, también hay que decir que fue él quien redactó los famosos Artículos del Retorno, gracias a los cuales se armó todo aquel jaleo que tanto había yo deseado. Por más que ahora proteste y se lave las manos, la verdad es que entonces se señaló como un buen elemento perturbador, y estoy seguro de que aún registra celosamente cuantas miradas aduladoras y palabras lisonjeras le vienen por ello, las saca de vez en cuando del fichero, las desempolva y las contempla con algo que se parece mucho al puro deleite.

Además de Phil, tenía otro buen pretexto: interesarme por el estado de Hasán tras el lamentable golpe recibido en el hounfour. Lo que en realidad buscaba era una oportunidad de hablar con el árabe a solas y averiguar lo que estaba dispuesto a contarme, si es que me quería contar algo, sobre su reciente empleo.

Así pues, Phil y yo fuimos caminando hasta el hotel. No estaba muy lejos del Departamento. A unos siete minutos, andando despacio.

-¿lías terminado ya de escribir mi oda? -le pregunté.

-Aun estoy trabajando en ella.

-Hace veinte años que vienes diciendo eso. Me gustaría que te dieras prisa, para que pueda llegar a leerla.

-Te podría enseñar algunas muy interesantes... La de Lord, la de George, incluso una que le dediqué a Dos Santos. Y tengo en mis ficheros, todavía en

blanco, las de otros muchos personajes de menor cuantía. La tuya, con todo, plantea un problema.

-¿Cómo cuál?

-Tengo que estar actualizándola continuamente. Tú sigues y sigues, con el mayor descaro..., viviendo, haciendo cosa:

-¿Te parece mal?

-La mayoría de las personas tienen la decencia de lo que sea durante medio siglo y luego se quitan de la circulación. Sus odas no presentan ningún problema. He armarios con ellas. Pero me temo que la tuya va a ser de último minuto con algún final discordante. No me gusta trabajar así. Prefiero disponer de un lapso de varios años deliberar, evaluar la vida de una persona cuidadosamente prisas. Los que vivís vidas como romances me ponéis en aprietos. Más que una oda creo que me queréis forzar a escribir epopeya, y estoy ya demasiado viejo para eso. A veces quedo dormido en cualquier sitio.

-Me parece que no eres justo -le dije-. Otros llegan bien a leer sus odas, y yo incluso me conformaría con un de buenas quintillas.

-Bueno, en todo caso tengo el presentimiento de que voy a tardar mucho en acabar la tuya -observó-. Trataré enviarte una copia a tiempo.

-¡ Oh! ¿De dónde brota ese impulso generoso?

-¿Quién puede identificar la fuente de una inspiración?

-Dímelo tú.

-Me vino de repente mientras meditaba. Trataba de componer un poema sobre el vegano, puro entrenamiento, por supuesto..., y me sorprendí a mí mismo pensando: «Pronto terminare el del griego».

Tras un breve instante de silencio, prosiguió:

-Intenta representarte eso: tú mismo como dos hombres, cada uno más alto que el otro.

-Podría hacerlo delante de un espejo, cargando mi peso alternativamente sobre una pierna y otra. Puesto que tengo ésta más corta... Bien, ya me lo estoy representando. ¿Y

-Nada. No abordas estas cosas como se debe.

-Es una tradición cultural contra la que nadie ha podido nunca inmunizarme. Como los nudos, los caballos... Gordión, Troya. Ya sabes. Somos taimados.

Caminamos diez pasos más en silencio.

-¿Plumas o plomo? -le pregunté de repente.

-¿Cómo?

-Es el acertijo de los kallikanzaroi. Elige una de las cosas.

-¿Plumas?

-Te has equivocado.

¿Y si hubiera dicho «plomo»...?

Ajá... No vale. Sólo tienes una oportunidad. La respuesta correcta es la que el kallikanzaros quiere que sea. Has perdido.

-Eso suena un poco a arbitrario, ¿no?

-Así somos los kallikanzaroi. Es un tipo griego, más que oriental, de sutileza. Y no tan insondable. Porque a menudo tu vida depende de la respuesta, y en general el kallikanzaros quiere que pierdas.

-¿Y eso por qué?

-Pregúntaselo al próximo kallikanzaros que encuentres, si tienes ocasión. Son gente ruin.

Llegamos a la avenida que servía de acceso al hotel.

-¿A qué se debe tu repentino interés por la Radpol otra vez? -me preguntó-. Hace ya mucho tiempo que te fuiste.

-Me marché cuando debía, y todo lo que me interesa es saber si ahora está resucitando... como en los viejos tiempos. Hasán viene primero en la lista porque siempre se le escapa algo, y quiero averiguar lo que hay detrás de todo esto.

-¿Te preocupa que sepan tantas cosas de ti?

-No. Podrá ser algo incómodo, pero dudo que me inhabilite por completo.

El Royal se erguía majestuoso ante nosotros cuando entramos. Nos dirigimos directamente a la suite. Mientras atravesábamos el alfombrado vestíbulo, Phil, en un arranque de perspicacia observó:

-Otra vez te estoy sirviendo de tapadera.

--Más o menos.

-Bien. Te apuesto diez contra uno a que no sacas nada en limpio.

-No me atrevería a aceptar. Probablemente tienes razón. Llamé a la puerta de madera negra.

-¡ Hola! -dije cuando la abrieron.

-Adelante, adelante.

Y así fue todo de fácil.

Tardé diez minutos en desviar la conversación hacia ~ tema del Beduino y su desgraciado incidente, porque Peluca Roja estaba allí distrayéndome. Me distraía por el mero hecho de estar allí y ser distraída.

-Buenos días -dijo.

-Buenos días contesté.

-¿Algo nuevo en Artes?

-No.

-¿Monumentos?

-No.

-¿Archivos?

-No.

-¡Qué trabajo tan interesante el vuestro!

-¡Oh! Unos cuantos románticos del Departamento de información le han dado excesiva publicidad, idealizándolo hasta sacarlo de quicio. En realidad todo lo que hacemos es localiza: restaurar y preservar los documentos y cacharros que la humanidad ha ido desparramando por la Tierra.

-¿De modo que sois una especie de basureros culturales

-Pues..,, sí. Creo que ésa es la expresión justa.

-Bueno, y ¿por qué?

-¿Por qué, qué?

-¿Por qué lo hacéis?

-Alguien ha de hacerlo. Puesto que es basura cultural, vale la pena recogerla. Yo conozco mi basura mejor que ningún otro en el mundo.

-Me agrada tu dedicación, y también tu modestia. Sor buenas cualidades.

-Además, tampoco había mucha gente entre la que escoger cuando solicité el empleo... Y yo sabía dónde encontrar mucha de esa basura.

Me pasó tina bebida, tomó un sorbo y algo más de la suya. y me preguntó:

-¿De veras andan todavía por ahí?

-¿Quienes?

Religiones v Divinidades, S. A. Los viejos dioses. Como Angelson Creí que todos los dioses se habían ido de la Tierra.

No no se han ido. El que muchos de ellos se nos parezcan no significa que actúen como nosotros. Cuando el hombre se marcho, no les pidió que le acompañaran, y los dioses tienen también su pizca de orgullo. Por otro lado, quizá no tuvieron más remedio que quedarse... Ya sabes.. Eso que llaman arianke, la fatalidad, el destino ineluctable. Nadie puede nada contra él.

-¿Es como el progreso?

-Sí. Y hablando de progreso, ¿cómo va progresando Hasán? La última vez que le vi estaba bien estancado.

-Ya se ha levantado y anda por ahí. Con un buen chichón. Nada grave. Tiene la cabeza dura.

¿Dónde está ahora?

En el Salón de Juegos. Cruzando el vestíbulo a mano izquierda.

Creo que debo ir un momento a darle la enhorabuena. ¿Me disculpas?

~Disculpado -dijo, asintiendo con la cabeza, y se fue a escuchar a Dos Santos que conversaba con Phil. Phil, naturalmente, se alegró de la distracción.

Nadie se fijó en mí al salir.

El Salón de Juegos estaba al otro extremo del vestíbulo. Al acercarme oí como un ruido seco: ¡ zas!, seguido de un silencio, y luego otra vez lo mismo: ¡ zas!

Abrí la puerta y eché una ojeada al interior.

Estaba solo. En aquel momento me daba la espalda, pero oyó el ruido de la puerta y se volvió rápidamente. Vestía un largo albornoz de color púrpura y blandía un cuchillo en la mano derecha. Un enorme vendaje envolvía la parte posterior de su cabeza.

- Buenas tardes, Hasán.

Tenía a su lado una bandeja llena de cuchillos, y un blanco aparecía colgado en la pared de enfrente con dos cuchillos clavados uno en el mismo centro y otro a unos veinte centímetros de distancia.

Buenas tardes -respondió con lentitud Luego, después de pensárselo un momento, añadió-: ¿Cómo estás?

Oh bien. Precisamente venia a preguntarte lo mismo. ¿Que tal va tu cabeza?

-Me duele mucho, pero ya pasara.

Cerré la puerta detrás de mí.

-Debiste tener un mal sueño anoche, cuando estábamos allí.

-Sí. El señor Dos Santos dice que me peleé con fantasmas. No recuerdo nada.

-¿No estarías fumando eso que el doctor Emmet, el gordinflón, llama Cannabis saliva?

-No, Karagee. Fumaba una strige-fleur que había bebido sangre humana. La encontré junto al Antiguo Lugar de Constantinopla y sequé sus pétalos con cuidado. Una vieja me dijo que me ayudarían a tener visión del futuro. Mintió.

-¿Y la sangre del vampiro incita a la violencia? Bien, eso es algo nuevo que merece la pena archivar. A propósito, me acabas de llamar Karagee. Preferiría que no lo hicieras. Mi nombre es Nomikós, Conrad Nomikós.

-Sí, Karagee. Me sorprendí al verte. Creí que habías muerto hace tiempo, cuando tu barco se estrelló en la bahía.

-Karagee murió entonces. Espero que no hayas mencionado a nadie mi parecido con él. ¿Lo has hecho?

-No. Ya sabes que no me gustan los chismes.

-Es una buena costumbre.

Crucé la habitación, cogí un cuchillo, lo sopesé y lo al blanco, clavándolo a unos veinticinco centímetros a la chapa del centro.

-¿Llevas mucho tiempo trabajando para el señor Dos Santos? -le pregunté.

-Un mes, más o menos -replicó.

A su vez arrojó un cuchillo. Quedó a unos dieciocho metros por debajo del blanco.

-Eres su guardaespaldas, ¿no?

-Sí. Y también me ocupo del hombre azul.

-Don dice que teme un atentado contra la vida de Myshtigo. ¿Existe una amenaza real, o es simple exceso de precaución

-Quizá las dos cosas, Karagee. No lo sé. A mí sólo me por proteger.

-Si yo te pagara más, ¿me dirías a quién te han encargado matar?

-Sólo me han alquilado como guardaespaldas, pero ya que tampoco te lo diría si hubiera algo más.

-Ya lo suponía. Vamos a recoger los cuchillos.

Nos dirigimos a la diana y los desclavamos.

-Oye una cosa. Si por casualidad fuera yo... lo cual es posible -le sugerí-, ¿por qué no lo arreglamos aquí mis entre nosotros? Tenemos cada uno dos cuchillos. El que de esta habitación dirá que el otro le atacó y que tuvo defenderse. No hay testigos. A los dos nos vieron bebidos de mal talante la noche pasada.

-No, Karagee.

-¿No qué? ¿Quieres decir que no soy yo, o que no lo haría en ningún caso?

-Podría decirte que no eres tú, pero no sabrías si estoy mintiendo o no.

-Es cierto.

-También podría decir que no quiero resolverlo así.

-¿Es verdad eso?

-No afirmo ni niego nada. Pero, para darte la satisfacción de una respuesta, te diré esto: si quisiera matarte no lo intentaría con un cuchillo en la mano, ni tampoco lucharía cuerpo a cuerpo contigo.

¿Por qué?

Porque hace muchos años, cuando era niño, trabajé en el centro veraniego de Kerch, sirviendo a las mesas de los veganos ricos que iban allí de turistas. Entonces no me conocías. Acababa de llegar de Pamir. Tú y tu amigo el poeta vinisteis también a Kereh.

-Sí, ahora me acuerdo... Los padres de Phil murieron aquel año. Eran buenos amigos míos... y yo iba a llevar a Phil a la universidad. Pero había un vegano que le había quitado su primera mujer y estaba con ella en Kerch. Sí, aquel actor o... No recuerdo su nombre.

Thrilpai Ligo, el boxeador shajadpa, que parecía una montaña en un desierto... Un tipo alto, imponente. Boxeaba ~ estilo vegano, con los cestí..., esas tiras de cuero con las diez puntas de metal, que se enrollan en la mano. Y luchaba a palmas abiertas.

-Ah, sí, ya me acuerdo.

-Tú nunca habías luchado así antes, pero peleaste con él por la chica. Vino mucha gente, veganos con sus compañeras terrestres, y yo también me quedé allí de pie, junto a una mesa, para veros. Al cabo de un minuto tu cabeza era ya un mar de sangre. El intentaba hacerla correr por tus ojos, pero tú lograbas sacudírtela. Yo tenía quince años y hasta entonces sólo había matado a tres hombres. Pensé que morirías porque ni siquiera le habías tocado. Y de repente tu mano derecha cayó sobre él como un martillo. ¡Tan rápida! Le golpeaste en pleno centro de ese hueso doble que los azules tienen en el pecho, donde son más duros que nosotros, y lo aplastaste como un huevo. Yo nunca podría haber hecho tal cosa, estoy seguro; por eso me dan miedo tus manos y tus brazos Más tarde oí que habías partido en dos un murciélago-araña. No, Karagee, si quisiera matarte lo haría de lejos.

-Hace tanto tiempo de todo eso... No creí que nadie lo recordara.

-Ganaste la chica.

-Sí. Me he olvidado de su nombre.

-Pero no se la devolviste al poeta. Te la quedaste para ti. Probablemente él te odia ahora por eso.

~Phil? ¿La chica? Incluso he olvidado cómo era.

-El no lo ha olvidado. Por eso creo que te odia. Muelo odio y lo olfateo hasta sus fuentes. Le quitaste su primera mujer. Yo estaba allí.

-Fue idea de ella.

-Además, él se hace viejo y tú sigues joven. Es triste, Karate, cuando un amigo tiene razones para odiar a un amigo.

--Si.

-Ya sé que no respondo a tus preguntas.

-Es posible que te hayan alquilado para matar al vegano.

-Tal vez.

-¿Por qué?

-Sólo be dicho que es posible, no que sea un hecho.

-Entonces voy a hacerte una pregunta más, la última. ¿Que, provecho se obtendría con la muerte del vegano? Su libro puede ser algo bueno y contribuir a fomentar las relaciones amistosas entre Vega y la Tierra.

-No sé qué ventaja ni qué desventaja nos traería su muerte Karagee. Vamos a lanzar mas cuchillos.

Así lo hicimos. Elegí la distancia y el ángulo apropiado de tiro, y mis dos cuchillos fueron a parar al centro mismo del blanco. A su vez Hasán clavó los dos suyos justo al lado de los míos. El último rozo uno de ellos y ambas hojas llenaron are con el quejido metálico de sus vibraciones

-Te diré una cosa -dije, mientras los recuperábamos para lanzarlos de nuevo-, soy el jefe de la expedición y responsable por tanto cíe la seguridad de sus miembros. Yo también velar por que no le pase nada al vegano.

-Eso estará muy bien, Karagee. Necesita protección.

Deposité los cuchillos en la bandeja y me dirigí a la puerta

-Ya lo sabes, salimos mañana por la mañana a las nueve Tendré dispuesto un convoy de acromóviles en la primera pista junto a los hangares del Departamento.

-Dc acuerdo. Buenas noches, Karagee.

-Llámame Conrad.

Hasán tenía ya otro cuchillo en la mano y se disponía lanzarlo al blanco. Salí al pasillo, cerrando la puerta a mis espaldas. Mientras dirigía mis pasos hacia el salón, oí otro ¡zas! y me sonó mucho más cercano que los anteriores. Sus ecos m< persiguieron hasta el mismo vestíbulo.

Mientras los seis grandes «Skimmers» cruzaban los océanos en dirección a Egipto, mis pensamientos volaron primero hacia Kos y Cassandra; luego, con alguna dificultad, logré arrancarlos de allí para enviarlos a nuestro punto de destino: esa tierra de arena, del Nilo, de cocodrilos transmutados y faraones muertos cuya paz venia a alterar mi actual misión. («La muerte desciende con raudas alas sobre quien osa profanar-..», cte.) Me representé después a la humanidad, incómodamente instalada en la estación de Titán, trabajando en las oficinas de la Tierra, soportando humillaciones en Taler y Bakab, arreglándoselas como puede en Marte o haciendo más o menos lo propio en Itylpab, Divbah, Litán y un par de docenas más de otros mundos de la Confederación Vegana. Pensé entonces en los veganos.

Esas gentes de color azul, con sus curiosos nombres y sus hoyuelos como rastro de viruelas, nos recogieron en los días fríos y nos alimentaron cuando estábamos hambrientos. Sí. Apreciaron el hecho de que nuestras colonias en Marte y Titán se vieran de repente obligadas a bastarse a sí mismas -tras el suceso de los Tres Días- y permanecieran así heroicamente durante casi un siglo, hasta que por fin lograron poner a punto un vehículo interestelar aceptable. Como gorgojos algodoneros (la imagen es de Emmet) buscábamos ansiosos un hogar, porque habíamos acabado con el nuestro. ¿Recurrieron los veganos al insecticida? No. Como raza más antigua y sabia que son, nos permitieron instalarnos en sus mundos, vivir y trabajar en sus ciudades del continente y el mar. Porque hasta a una cultura tan avanzada como la vegana le viene bien cierta mano de obra dócil, Las máquinas no sustituyen a los buenos sirvientes, ni tampoco a sus propios mantenedores: a jardineros competentes, pescadores de alta mar, obreros subterráneos o subacuáticos que trabajen en condiciones peligrosas, actores y folkloristas exóticos, etc. Cierto que la proximidad de las viviendas humanas hace bajar el precio de las fincas de los veganos, pero ello se compensa con la aportación directa de los propios humanos al bienestar de la comunidad.

Este último pensamiento me trajo nuevamente a la Tierra. Nunca antes pudieron los veganos contemplar una civilización totalmente devastada; por eso les fascinó nuestro planeta. Les fascinó tanto como para tolerar en Taler la sede de nuestro gobierno in obsentio. Útil, por lo demás, para expedir billetes de turismo con destino a la Tierra y organizar visitas a sus ruinas. Y aun facilitar la compra de propiedades y la posibilidad de disfrutar de sus centros de vacaciones. No puede negarse la fascinación de un planeta prácticamente convertido en museo. (¿No es esto mismo lo que James Joyce decía de Roma?). En todo caso, la difunta madre Tierra todavía proporciona vástagos una pequeña pero apreciable renta cada año verano. Así se explica lo nuestro, es decir, el Departamento.

Lord, George, Phil... y todo lo demás.

Hasta puede que ello explique también por qué estoy yo

Allá abajo, el océano se extendía como una alfombra que iba desplegándose a nuestro paso. Lo remplazó pronto el continente, de tonos más opacos. Seguimos veloces nuestro rumbo hacia Nuevo Cairo.

Tomamos tierra en las afueras de la ciudad. No existe de aterrizaje propiamente dicha, así que nos limitamos a los seis acromóviles en un campo abierto y dejamos allí guardia a George.

El Viejo Cairo está todavía caliente, pero Ja gente con que aún se puede tratar vive casi toda ella en Nuevo Cairo cual favorecía los fines de nuestra expedición. Myshtigo interés en ver la mezquita de Kait Bey, en la Ciudad de Muertos, que sobrevivió a los Tres Días. Me pidió, pues, que condujera allí en mi «Skimmer», y la sobrevolamos a baja altura describiendo lentos círculos mientras él la contempla su gusto y tomaba fotografías. En la misma línea de monumentos, quiso ver también las pirámides, Luxor y Karnak, el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas.

Hicimos bien en contemplar la mezquita desde el aire. Negras sombras se arremolinaban por debajo de nosotros, deteniéndose sólo al tropezar con las rocas cuyos fragmentos salían disparados en dirección a nuestra nave.

-¿Qué es eso? -preguntó Myshtigo.

-Materia caliente -respondí-. Tienen algo de humano. Varían en tamaño, forma y grado de maldad.

Unas cuantas vueltas más le dejaron satisfecho, y regresamos a la base.

De nuevo tomamos tierra bajo un sol deslumbrante, fijamos el aparato detrás de los otros y desembarcamos. Todo el grupo se puso en marcha, avanzando entre iguales proporciones arena y pavimento roto: dos ayudantes provisionales, y~, Myshtigo, Dos Santos con Peluca Roja, Ellen y Hasán. A última hora Ellen había decidido acompañar a su marido en el viaje. C pos de caña de azúcar, de altos y rutilantes tallos, bordeaban camino. Pronto quedaron atrás y aparecieron en su lugar primeras edificaciones urbanas, todavía de poca altura. El camino era allí más ancho. De vez en cuando alguna que otra palmera arrojaba un poco de sombra. Dos niños levantaron por un momento sus ojazos oscuros para vernos pasar. Montaban guardia junto a una vaca de seis patas que, con aire cansino, hacía girar una noria sakíeh, un poco como otras vacas lo hicieron siempre con otras norias sakíCJ2 por estas tierras, sólo que ésta dejaba más huellas de cascos.

Mi sobrestante local, Ramsés Smith, nos aguardaba en la hospedería: era corpulento, y su cara bronceada parecía presa en una fina red de arrugas; tenía también los típicos ojos tristes, pero la risa fácil de su dueño los desmentía constantemente.

Nos sentamos a tomar una cerveza en el recibidor principal mientras esperábamos la llegada de George. Guardas locales habían sido enviados a relevarle.

-El trabajo va adelante -me dijo Ramsés.

-Bien -dije, un tanto satisfecho de que a nadie se le ocurriera preguntarme qué «trabajo» era ése. Quería darles una sorpresa.

-¿Qué tal tu mujer y los chicos?

-Están bien -declaró.

-¿Y el nuevo?

-Sobrevivio... y sin ningún defecto -dijo con orgullo-. Envié a mi mujer a Córcega para que diera a luz allí. Ésta es su foto.

Fingí que la examinaba detenidamente, poniendo de manifiesto mi admiración con las consabidas exclamaciones.

-A propósito de fotos -dije luego, ¿necesitas equipo suplementario para filmar?

-No, tenemos suficiente material. Todo va bien. ¿Cuándo quieres ver el trabajo?

-En cuanto hayamos comido algo.

-¿Es usted musulmán? -interrumpió Myshtigo.

-Soy de religión copta -respondió Ramsés, sin sonreír.

-¡ Oh! ¿De veras? Es lo que antaño llamaron la herejía monofisita, ¿no es así?

-Nosotros no nos consideramos herejes -dijo Ramsés.

Me pregunté si los griegos habíamos hecho bien en echar a rodar la lógica por este desventurado mundo, al ver cómo Myshtigo se prodigaba en una divertida (para él) enumeración de herejías cristianas. En un acceso de rencor por tener que guiar la expedición, las anoté todas en el Diario. Más tarde, Lorel me diría que era un excelente y valioso documento. Buena prueba del despecho y mal humor que debí sentir al escribirlo. Incluso registré el detalle de la canonización accidental de Bud con el nombre de san Josafat, en el siglo XVI Por fin, viendo a Myshtigo allí sentado burlándose de nosotros, decidí que n me quedaba más alternativa que apuñarlarle o cambiar de tema. Al no ser yo cristiano, su comedia teológica de errores no tocaba ninguna fibra religiosa en mí. Pero me molestaba que un miembro de otra raza se hubiera tomado el trabajo de investigar tanto, con el solo fin de hacernos pasar por un hatajo de idiotas.

Al reconsiderar ahora todo esto, sé que me equivocaba. E éxito de la película que rodé entonces (el famoso «trabajo» mencionado por Ramsés) corrobora mi hipótesis más reciente sobre los veganos: les aburría tan soberanamente todo lo suyo, y por otra parte les resultábamos tan nuevos, que se lanzaron a estudiar con avidez los aspectos perennes de nuestra cultura tanto clásica como popular, entre otros los planteados por nuestra existencia en las circunstancias actuales. Se entregaron pues, a toda clase de especulaciones sobre los asuntos más di versos, como quién escribió realmente los dramas de Shakespeare, si Napoleón murió o no

en Santa Helena, quiénes fueron los primeros europeos en poner pie en Norteamérica, si los libros de Charles Fort eran prueba suficiente de que la Tierra había sido visitada por seres inteligentes distintos de ellos mismos.. Y así sucesivamente. La alta sociedad vegana devora también, por así decirlo, nuestros debates teológicos medievales. No deja de ser divertido.

-A propósito de su libro, Srm Shtigo... -interrumpí.

Mi uso del tratamiento honorífico le sorprendió.

-¿Sí? -repuso.

-La impresión que tengo -dije- es que no desea usted hablar mucho de él, por el momento. Respeto su actitud, desde luego, pero me pone en una postura algo embarazosa como jefe de esta expedición.

Ambos sabíamos que esta materia debía discutirse en privado, pero me sentía de humor quisquilloso y quería que lo notara. Además, era también una manera de desviar la conversación hacia otro tema.

-Tengo curiosidad por saber -proseguí- si será sobre todo un reportaje acerca de los lugares que visitemos, limitándose a describirlos, o si desea usted especial información sobre circunstancias o condiciones locales de cualquier tipo. Políticas o culturales, por ejemplo.

Me interesan principalmente los aspectos descriptivos, ya que se trata en definitiva de un libro de viajes -respondió-, pero agradeceré sus comentarios durante el recorrido. Por otro lado, daba por supuesto que esto formaba parte de su misión. De todas maneras, poseo ya algunos conocimientos generales sobre las tradiciones terrestres y sus circunstancias actuales, aunque, como le digo, estas cosas no me preocupan demasiado ahora.

Dos Santos, que se paseaba y fumaba mientras nos preparaban la comida, se paró de repente para preguntar:

-Srm Shtigo, ¿qué opina usted del movimiento retornista? ¿Simpatiza usted con nuestros objetivos? ¿O cree que carecen de porvenir, que son un callejón sin salida?

-Si -replicó-, esto último. Pienso que cuando uno está muerto su única obligación es satisfacer al consumidor. Respeto sus objetivos pero no veo cómo pueden esperar realizarlos. ¿Por qué sus gentes habrían de renunciar a la seguridad de que ahora disfrutan, para volver a este lugar? La mayoría de los miembros de la generación presente no ha visto nunca la Tierra, salvo en película. ., y ha de reconocer que este tipo de documentación no es precisamente de lo más alentador.

-No estoy de acuerdo con usted -dijo Dos Santos-; y su actitud me parece terriblemente desdeñosa.

-Es lo que objetivamente debe ser -respondió Myshtigo.

-George y la comida llegaron más o menos a la vez. Los camareros empezaron a servir el primer plato.

-Preferiría comer en una pequeña mesa aparte, yo solo -indicó Dos Santos a un camarero.

-Estás aquí porque lo pediste tú mismo -le dije.

Se detuvo indeciso y lanzó una mirada furtiva a Peluca Roja, que casualmente se sentaba a mi derecha. Me pareció detectar en ella un movimiento casi imperceptible de cabeza, primero a un lado y luego a otro.

Dos Santos suavizó su expresión con una pequeña sonrisa y se inclinó ligeramente.

Disculpe mi temperamento latino -dijo-. Sé que sería inútil pretender convertir a nadie al Retornismo en cinco minutos... Y siempre me ha sido difícil ocultar mis sentimientos.

-Es bastante obvio.

-Tengo hambre -intervine.

Dos Santos tomó asiento al otro lado de la mesa, junto a George.

-Mirad la Esfinge -dijo Diane, señalando hacia un grabado que pendía en la pared lejana-, cuyas palabras alternan con largos períodos de silencio y algún que otro enigma. Vieja come el tiempo. Muy respetada. Y senil sin duda. Permanece callada y a la espera. ¿De qué? ¡Quién sabe! ¿Se remontan sus gustos artísticos al monolítico, Srm Shtigo?

-En ocasiones -respondió el interpelado desde mi izquierda. Dos Santos lanzó una rápida mirada por encima del hombro y volvió enseguida la vista hacia Diane. No dijo nada.

Pedí a Peluca Roja que me pasara la sal, y así lo hizo. A decir verdad, me entraron ganas de arrojársela toda y aprovechar su sorpresa para estudiarla a gusto, pero en lugar de eso la eché en las patatas.

Mirad la Esfinge... ¡Ni más, ni menos!

Sombras débiles y escasas bajo un recio 'sol, mucho calor... Un día como tantos otros allí. No quería coches ni «Skimmers» que estropearan el paisaje, por lo que obligué a todo el mundo a caminar. Como no íbamos muy lejos, decidí dar un pequeño rodeo para conseguir el efecto previsto.

Anduvimos cosa de kilómetro y medio por caminos retorcidos, cuesta arriba unas veces, cuesta abajo otras. Le confisqué a George el cazamariposas para evitar enojosas pausas mientras cruzábamos los campos de tréboles que se extendían a lo largo de nuestra ruta.

Todavía hoy lo recuerdo bien... Pájaros de colores chillones centelleando sobre nuestras cabezas, y una pareja de camellos perfilándose en el lejano horizonte cada vez que llegábamos a la cima de alguna pequeña pendiente. (Sombras de camellos en realidad, como trazadas al carbón, pero, ¡ qué más da! ¿A quién le importa la expresión de los camellos? Ni siquiera a los demás camellos... ¡ Qué asco de animales!) Una mujer baja y atezada, con un gran cántaro en la cabeza, se cruzó con nosotros. Myshtigo anotó lo del cántaro en su agenda de bolsillo. Yo dirigí a la mujer un gesto y una palabra de saludo. Ella me devolvió el saludo, pero, naturalmente, sin mover la cabeza. Ellen, empapada de sudor, se abanicaba Sin cesar con un gran triángulo de plumas verdes. Peluca Roja caminaba erguida, y se hubiera dicho que ni siquiera transpiraba, de no ser por las diminutas gotas que asomaban en su labio superior; sus ojos quedaban ocultos tras la sombra proyectada por el ala del sombrero, una sombra tan densa que parecía haber concentrado allí toda su negrura. Por fin, conseguimos superar el último montículo.

-¡Mirad! -dijo Ramsés.

-¡ Madre de Dios! -exclamó Dos Santos.

Hasán emitió un gruñido.

Peluca Roja se volvió hacia mí rápidamente, y en seguida miró en otra dirección. Me fue imposible leer su expresión debido a las sombras que ocultaban sus ojos. Ellen siguió abanicándose.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Myshtingo. Era la primera vez que le veía genuinamente sorprendido.

-¿No lo ve? Están desmantelando la Gran Pirámide de Keops -contesté.

Tras una pausa, Diane preguntó a su vez:

-Pero, ¿por qué?

-Bueno... -empecé diciendo-. Por aquí andan escasos de materiales de construcción, ya que en el Viejo Cairo todo es radiactivo... Así que los consiguen haciendo pedazos ese antiguo y sólido cuerpo geométrico.

-¡ Se atreven a profanar un monumento a las viejas glorias de la raza humana! -exclamó.

-Nada hay más barato que las viejas glorias -repuse-. Lo que nos interesa es el presente, y ahora necesitan materiales de construcción.

-¿Cuánto tiempo llevan haciendo esto? -inquirió Myshtigo, con palabras apresuradas que delataban su excitación.

-Hace tres días que empezamos la demolición -respondió Ramsés.

-¿Y con qué derecho hacen una cosa así?

-Lo autorizó el Departamento terrestre de Artes, Monumentos y Archivos, Srm Shtigo.

Myshtigo se volvió hacia mí, con un fulgor extraño en sus ojos de ámbar.

-¡Usted! -dijo.

-Sí -reconocí-. Soy el Comisario encargado de ello...

-¿Cómo explica que nadie más se haya enterado de esto?

-Porque muy poca gente viene ya por aquí -le contesté-. Lo cual es otro buen motivo para desmantelar el monumento. Hoy en día, como le digo, apenas viene nadie a contemplarlo, y, por otro lado, es a mí a quien incumbe autorizar este tipo de operación.

-¡Yo he venido desde otro mundo a contemplarlo! ¿Acaso no soy alguien?

- Échele entonces un rápido vistazo - le dije -, porque no tardará mucho en desaparecer.

Se volvió y me miró con fijeza a los ojos.

- Manifiestamente, no tiene usted idea de su valor. O si la tiene...

- Al contrario, me doy perfecta cuenta de lo que vale.

- Y esos desgraciados que trabajan ahí -el tono de su voz iba elevándose a medida que observaba la escena-, bajo los rayos abrasadores de su mortífero sol... ¡ Lo están haciendo en las condiciones más primitivas! ¿Nunca han oído ustedes hablar de maquinaria moderna?

- Claro que sí, pero es cara.

-¡ Y sus capataces llevan látigos! ¿Cómo pueden tratar a su propia gente de esta manera? ¡ Es una crueldad inaudita!

- Todos estos hombres se han ofrecido voluntarios para el trabajo, cobrando salarios simbólicos... Por otra parte, el Sindicato de Actores no nos permite utilizar los látigos, aunque los hombres estaban a favor de su uso. Todo cuanto podemos hacer es chasquearlos en el aire junto a los obreros.

-¿El Sindicato de Actores?

- Sí, su agrupación laboral! ¿Quiere ver las máquinas? - Le indiqué con un gesto la cumbre de una colina próxima -. Mire allá arriba.

Lo hizo.

-¿Qué ocurre allí?

- Estamos filmando la escena.

-¿Con qué objeto?

- Cuando las obras hayan concluido, haremos con todo ello una película de duración normal y la pasaremos al revés. Se llamará La construcción de la Gran Pirámide. Hará reír y pasar un buen rato. Y a nosotros nos dará dinero. Desde que oyeron hablar por primera vez de las pirámides, sus historiadores se han estado devanando los sesos para averiguar exactamente cómo nuestra raza logró construirlas. Esta película les hará algo más felices. Pensé que lo más indicado para ello sería una operación FBIM.

-¿FBIM?

-Fuerza Bruta e Ignorancia Masiva. Mire cómo actúan. ¿Los ve? Siguiendo los movimientos de la cámara, echándose al suelo y, levantándose rápidamente cuando les enfoca. En la película irán cayendo y muriendo uno tras otro. Es la primera que rodamos desde hace años, por eso ponen tanto interés.

Dos Santos fijó la vista en la blanca dentadura de Diane y en los pequeños músculos que se arracimaban en sus pómulos. luego miró de nuevo hacia la pirámide.

-¡Estás loco! - exclamó.

- No – repliqué -. La ausencia de un monumento puede ser también, en cierto sentido, un monumento.

-¡ Un monumento a Conrad Nomikós! - declaró.

- No - dijo entonces Peluca Roja -. Hay un arte destructivo lo mismo que uno creativo. Creo que va por ese camino. Actúa como una especie de Calígula, y quizá sepa yo el motivo.

- Gracias.

- No me las des. He dicho «quizá»... Un artista lo hace con amor.

- El amor es una forma negativa de odio.

-¡Me muero por ti, Egipto, me muero! - dijo Ellen.

Myshtigo se echó a reír.

- Es usted más duro de lo que yo creía, Nomikós - observo -. Pero no es indispensable.

- Trate de despedir a un funcionario... Yo, por ejemplo.

- Puede que sea más fácil de lo que piensa.

- Ya veremos.

- Sí, tal vez.

Volvimos de nuevo la vista a la pirámide de Keops/Khufu, o mejor dicho a su noventa por ciento. Myshtingo siguió tomando notas.

- De momento, preferiría que la vieran sólo desde aquí – dije -. Nuestra presencia allá abajo echaría a perder algunos preciosos metros de película. Somos anacronismos. Ya iremos después, durante el descanso.

- De acuerdo - dijo Myshtigo-. Me hago cargo de lo que supone un anacronismo en tales circunstancias, y lo distingo perfectamente. Por lo demás, creo que he visto ya desde aquí todo lo que me interesa. Volvamos al parador. Me gustaría hablar un poco con la población local. - Tras una pequeña pausa, añadió -: Además, así visitaré Sakkara antes de lo previsto. Supongo que aún no habrán empezado a demoler todos los monumentos de Luxor, Karnak y el Valle de los Reyes.

- No, aún no.

- Bien. Entonces los visitaremos con un poco de adelanto sobre el esquema establecido.

- En tal caso, vayámonos de aquí cuanto antes - dijo Ellen- Este calor es insoportable.

Emprendimos el regreso.

-Todo cuanto dices, ¿lo dices realmente en serio? -me pre guntó Diane mientras caminábamos.

-A mi manera.

-¿Y de qué manera piensas en cosas como éstas?

-En griego, naturalmente. Luego las traduzco al inglés. L< hago muy bien.

-¿Quién eres?

-Ozymandias. «Contemplad mis obras, ¡ oh vosotros los poderosos!, y desesperad... »

-Yo no soy poderosa.

-Tengo mis dudas... -dije, y me cambié de lado para ni seguir viendo la curiosa expresión que reflejaba aquella parte de su rostro.

Nuestro falucho se deslizaba lento por las aguas que no cegaban con sus destellos. Parecía como si un río de fuego intentara forzar su paso entre las imponentes columnas de Luxor a las que el tiempo había prestado una pátina gris. Mysbtigo mi daba la espalda. Observaba con interés las columnas, anotando de vez en cuando alguna impresión.

-¿Dónde vamos a atracar? - me preguntó.

- Un poco más adelante. Quizá debiera informarle sobre el boadilo.

- Ya sé lo que es. Le dije que había estudiado su mundo,

- Sí, claro, pero leer sobre ellos es una cosa...

- También los he visto. Hay cuatro en el zoológico terrestre de Taler y verlos en su elemento y desde este barquichuelo es otra.

- Entre usted y Hasán tenemos ya un verdadero arsenal flotante. He contado tres granadas en su cinturón y cuatro en el del árabe.

- Se puede usar una granada cuando el bicho está encima de uno... Hay que hacer algo en defensa propia, desde luego Pero a cierta distancia no es posible acertar, se mueven con demasiada rapidez.

Por fin giró sobre sus talones.

-Y, ¿qué es lo que emplean?

Metí la mano en el galabieh (iba vestido de nativo) y extraje el arma que llevo siempre conmigo cuando voy por aquellos sitios.

La examinó.

-¿Qué es esto?

- Una metralleta. Dispara balas de cianuro, con un impacto equivalente a una tonelada de fuerza cuando hacen blanco. No tiene mucha precisión, pero es un arma necesaria. Se basa en un modelo que usaban en el siglo veinte, una Schmeisser.

- Parece pesada y difícil de manejar. ¿Podrá detener a un boadilo?

- Con algo de suerte. Tengo un par de ellas en una de las cajas. ¿Quiere una?

- No, gracias. - Hizo una pausa -. Pero puede hablarme un poco más del boadilo. En realidad sólo los vi un instante aquel día, y estaban bien sumergidos.

- Pues... la cabeza es como la de un cocodrilo, sólo que más grande. Miden de cuatro a cinco metros. Se enroscan hasta que su cuerpo no parece sino un pelotón con dientes. Son muy rápidos dentro y fuera del agua, y tienen un montón de pequeñas patas a cada lado...

-¿Cuántas patas? –interrumpió.

- Pues... - me quedé algo parado. Para serle sincero, nunca las he contado. Un momento. ¡Eh, George! -exclamé, mirando hacia el lugar donde el eminente biólogo terrestre echaba su siestecita a la sombra de una vela-. ¿Cuántas patas tiene un boadilo?

-¿Qué? - su cabeza giró en nuestra dirección.

- Te he preguntado cuántas patas tiene un boadilo.

Se puso en pie y, desperezándose ligeramente, vino a nuestro lado.

- Los boadilos - dijo en tono reflexivo, hurgándose la oreja con un dedo como si consultara allí dentro sus fichas- pertenecen netamente a la clase de los reptiles, de eso estamos seguros. Lo que no está tan claro es si han de clasificarse en el orden de los cocodrilianos, del que constituirían un suborden propio, o en el de los escamados, suborden lacertillos, familia neópodos..., tal como afirma medio en serio un colega mío de Taler. A mí me recuerdan algo el pitosaurio mesozoico tal como lo vemos concebido por los artistas de antes de los Tres Días en las reproducciones fotográficas disponibles, con muchas patas y capacidad constrictora, naturalmente. Así que yo me inclino por el orden de los cocodrilianos.

Se apoyó en la borda y pareció absorberle la contemplación de las aguas que rielaban bajo los rayos del sol.

Me percaté entonces de que no añadiría nada más, por lo que le pregunté de nuevo:

- En resumen, ¿cuántas patas son?

-¿Eh? ¿Patas...? Nunca las he contado. Aunque con un poco de suerte quizá lo logremos. Hay muchísimos por aquí... El que yo tuve, prácticamente una cría, duró muy poco.

-¿Qué le pasó?

- Se lo comió el megadonaplatipo.

-¿ Megadonaplatipo?

- Una especie de ornitorrinco con pico de pato y dientes expliqué -, de unos tres metros de alto. Imagíneselo. Por lo que sabemos hasta ahora, sólo han sido vistos en tres o cuatro ocasiones. Proceden de Australia. Logramos atrapar el nuestro por pura casualidad. No creo que duren mucho como especie. Es decir, tal como duran los boadilos. Son mamíferos ovíparos y ponen huevos demasiado grandes para que este mundo hambriento permita que continúe la especie, si es que forman una. A lo mejor sólo son unos cuantos francotiradores aislados.

- Tal vez - dijo George con gesto pensativo -. O tal vez no.

Myshtigo se apartó de nosotros moviendo a un lado y a otro la cabeza.

Hasán había desembalado parcialmente su robot golem -Rolem- y jugueteaba con sus mandos. Ellen, por su parte, yacía despreocupada dejando que el sol la bronceara enteramente. Peluca Roja y Dos Santos conspiraban algo en el otro extremo de la embarcación. Ambos nunca se reunían al azar, siempre tenían algún plan. Nuestro falucho seguía deslizándose lentamente entre las columnatas de Luxor, y decidí que era ya el momento de poner proa hacia la orilla y ver qué había de nuevo entre las tumbas y viejos templos ruinosos.

Los seis días siguientes fueron ricos en acontecimientos y, en cierto modo, inolvidables; muy activos también, con una mezcla de belleza y fealdad... No sé cómo expresarlo, algo así como lo podría ser una flor con todos sus pétalos intactos pero con una mancha roja y siniestra en el centro. En cuanto a los hechos...

Myshtigo no debió dejar un solo espolón de piedra sin interrogar, a lo largo de nuestras cuatro millas de camino hacia

Karnak. Tanto a pleno sol como después del crepúsculo, a la luz de los focos, navegábamos por entre las ruinas asustando murciélagos, ratas, serpientes e insectos y oyendo la voz monótona del vegano que tomaba notas en su monótono lenguaje. Por la noche acampábamos en la arena, instalando a nuestro alrededor, en un perímetro de doscientos metros, un sistema eléctrico de protección y colocando también dos centinelas. El boadilo es mi animal de sangre fría, y por las noches allí la temperatura desciende considerablemente; el peligro de un ataque desde el exterior era, pues, mínimo.

Enormes fogatas nos daban luz durante la noche en los diferentes lugares que escogíamos para acampar, porque el vegano lo quería así, primitivo.. Por razones de ambientación, supongo. Los «Skimmers» nos aguardaban lejos de allí, más al sur. Por orden mía los habían trasladado a un sitio que yo conocía y dejado allí bajo custodia del Departamento mientras nosotros alquilábamos el falucho para la excursión, que repetía el recorrido efectuado antaño por el Dios-Rey desde Karnak a Luxor. Myshtigo lo había deseado así. Por las noches, Hasán se ejercitaba con las azagayas que un gigantesco nubio le había vendido hacía poco, o también, desnudo de medio cuerpo para arriba, luchaba durante horas enteras con su infatigable golem.

No hay duda de que el golem era un digno adversario. Hasán lo había programado al doble de la fuerza media de un hombre, aumentando también la rapidez de sus reflejos en un cincuenta por ciento. Su <(memoria» retenía centenares de llaves, y su regulador le impedía teóricamente matar o mutilar a su contrincante, todo ello merced a una serie de «nervios» químico-eléctricos que le permitían calcular al mínimo la presión necesaria para romper un hueso o desgarrar un tendón. Rolem medía 1,68 metros de altura y pesaba ciento y pico kilos. Fabricado en Bakab, había costado muy caro; tenía un color terroso y facciones caricaturescas, y su cerebro iba colocado en algún lugar por debajo de donde tendría que estar el ombligo - si los golems tuvieran ombligo--, a fin de proteger su dispositivo mental» contra los golpes de la lucha grecorromana. Aun así no se excluyen los accidentes. Algunas personas han muerto a manos de estos robots, ya por haber fallado algo en su cerebro o en los conductos nerviosos, ya porque esas mismas personas, al tropezar o intentar desasirse, oponían al artefacto una fuerza extra.

En otro tiempo tuve yo uno programado para boxear. Cada tarde solía practicar con él unos quince o veinte minutos. Casi llegué a considerarlo como una persona. Pero un buen día debió de estropeársele algo y violó las reglas. Me puse tan furioso que estuve una hora entera dándole golpes con todas mis fuerzas hasta que le arranqué la cabeza de cuajo. Pese a ello, él siguió boxeando como si tal cosa.

Desde entonces dejé de considerarlo como un simpático compañero de entrenamiento. Hay que reconocer que produce una sensación bastante extraña boxear con un golem sin cabeza... Es como despertarse de un sueño agradable para encontrarse con una auténtica pesadilla al pie de la cama. En realidad no «ve» a su adversario con esa especie de ojos que tiene: toda la superficie de su cuerpo es un verdadero radar piezoeléctrico, y eso es lo que le permite «vigilar» a su rival desde cualquier ángulo. Con todo, la muerte de una ilusión tiende a desanimarle a uno. De modo que desconecté el robot y nunca volvimos a pelear. Más tarde se lo vendí a un camellero que me pagó un buen precio por él. No sé si le puso otra vez la cabeza. Pero era un turco, así que... ¡ qué importa!

El hecho es que Hasán seguía luchando con Rolem. Los cuerpos de ambos resplandecían a la luz de la hoguera mientras los demás les observábamos sentados sobre unas mantas. De vez en cuando algún murciélago que volaba bajo pasaba veloz junto a nosotros, como una de tantas cenizas arrastradas por el viento; sólo que mucho más grande. Unas nubes tenues, como gasas, cubrían la luna a intervalos, para luego seguir tranquilamente su curso. Era ya la tercera de estas noches cuando sobrevinieron los sucesos que me hicieron perder los estribos.

Lo recuerdo ahora sólo como se recuerda un paisaje visto durante una tormenta de verano, como una serie de cuadros inmóviles y aislados que uno contempla a la luz de los relámpagos.

Tras haber hablado con Cassandra durante casi una hora, acabé la transmisión con la promesa de echar mano de uno de los aeromóviles al día siguiente y pasar con ella la noche en Kos. Aún tengo en la memoria nuestras últimas palabras.

- Ten cuidado, Konstantin. He tenido malos sueños.

- Tonterías, Cassandra. Buenas noches.

¿Quién sabe si sus sueños fueron sólo el resultado del paso de la onda sísmica que se propagaba en nuestra dirección con una fuerza de 9,6 en la escala de Richter?

Con cierto fulgor cruel en sus ojos, Dos Santos aplaudió cuando Hasán derribó estrepitosamente la mole de Rolem. Nada extraño que el suelo pareciera temblar. Pero el curioso temblor no cesaba, pese a que el golem estaba ya de nuevo en pie y había reanudado la lucha, moviendo los brazos a modo de tentáculos en dirección al árabe. La tierra temblaba y temblaba.

-¡Qué fuerza! ¡Todavía la estoy sintiendo! - gritó entusiasmado Dos Santos -. ¡ Olé!

- Es un movimiento sísmico - dijo George -. Aunque no soy un geólogo...

-¡Un terremoto! - aulló su mujer, dejando caer el dátil que en aquel momento estaba dando a probar a Myshtigo.

No había razón para correr, ni lugar más seguro adonde ir. Nada había tampoco por allí cerca que pudiera caemos encima. El suelo era plano y bastante árido. Así

que nos quedamos allí sentados, siendo sacudidos a un lado y a otro, tumbados del todo algunas veces por la fuerza del seísmo. El fuego también hacía cosas curiosas.

A Rolem se le acabó el tiempo en aquel mismo instante y se quedó quieto. Hasán vino a sentarse conmigo y con George. Los temblores se prolongaron durante casi una hora. Luego, tras un período de calma, se fueron reanudando, aunque más débilmente, varias veces durante la noche. Al finalizar la primera sacudida, establecimos contacto con Port-au-Prince. Allí los instrumentos localizaban el epicentro del terremoto al norte, a buena distancia del punto en que nos hallábamos.

O más bien a mala distancia.

... En el Mediterráneo.

El Egeo, para ser más preciso.

Sentí que me ponía enfermo, y de repente lo estuve de veras.

Traté de comunicarme con Kos.

Nada.

Cassandra mía, querida mía, princesa de mi corazón... ¿Dónde estaba ahora? Durante dos horas intenté desesperadamente averiguarlo. Por fin, me llamaron de Port-au-Prince.

Era la voz del propio Lorel, no la de cualquier patán de operador.

- Conrad, no sé cómo decírtelo exactamente... Lo que ha ocurrido...

- Dilo sin más – respondí -, y te paras cuando acabes.

- Un satélite de observación pasó por tu tierra hace unos veinte minutos -me espetó a través de las ondas-. Varias islas del Egeo no aparecen ya en las fotos que nos ha transmitido...

- No.

- Me temo que Kos es una de ellas.

-¡ No! - repetí.

- Lo siento - dijo él -, pero así parece. No sé qué otra cosa decirte...

- Ya es bastante ~ contesté -. Eso es todo. Sí, ya basta. Adiós. Ya hablaremos en otro momento. No es posible... ¡ No!

-¡Espera! ¡Conrad!

Enloquecí.

Los murciélagos, en su elemento al amparo de la noche, pasaban rápidos a mi alrededor. Golpeé furioso con mi mano derecha, matando uno que en aquel instante volaba hacia mí Esperé unos segundos y maté otro de la misma manera. A continuación cogí con ambas manos una enorme piedra y me disponía a hacer trizas la radio cuando George me puso una mano en el hombro. Dejé caer la roca al suelo, aparté con violencia su mano y le golpeé en la boca con el dorso de la mía. Ignoro cuál fue su reacción, pero al agacharme de nuevo para recuperar la roca oí ruido de pasos a mis espaldas. Me apoyé en una rodilla y giré sobre ella, cogiendo simultáneamente un puñado de arena y preparándome a lanzarla a los ojos del primero que se me acercara. Todos estaban allí: Myshtigo con Peluca Roja y Dos Santos, Ramsés, Ellen, tres funcionarios locales, Hasán.. y avanzaban en grupo. Alguien gritó «¡ dispersaos!» al ver m expresión, y así lo hicieron.

De repente se concentró en ellos, como en uno solo, todo mi odio... Podía sentirlo y hasta palparlo dentro de mí. V otras caras, oí otras voces. Todas las personas a quienes yo había conocido, odiado, deseado aplastar o destruido, parecían haber resucitado y se hallaban allí de pie, junto al fuego. Las blancas hileras de sus dientes eran lo único que se percibía entre las sombras que velaban sus rostros. Todos sonreían mientras avanzaban cautelosamente hacia mí, llevando en sus manos destinos diferentes y en sus labios palabras suaves, persuasivas... Arrojé, pues, mi arena al más próximo y arremetí vio lentamente contra él.

Mi directo lo derribó hacia atrás. Casi al mismo tiempo do egipcios cayeron sobre mí por ambos lados.

Me los quité de encima, y por el rabillo del ojo frío vi a un gigantesco árabe con algo parecido a un negro aguacate en si mano. Lo blandía amenazadoramente en mi dirección, por lo que me arrojé al suelo. Como se había acercado lo bastante, logré encajarle algo más que una caricia en el estómago, dejándole sentado por un buen rato. Los dos egipcios volvieron otra vez a la carga. En alguna parte, a cierta distancia, una mujer chillaba, pero en aquel momento no podía yo ver ninguna.

Conseguí liberar mi brazo derecho y golpear con él a alguien. Un hombre cayó por tierra y otro vino a ocupar su puesto. Desde delante, un hombre azul me arrojó una piedra que vino a lastimar mi hombro y sólo consiguió redoblar mi furia. Con todas mis fuerzas levanté en el aire un cuerpo que no cesaba de darme patadas y lo lancé contra otro, luego propiné un puñetazo a un tercero. Quedé libre por un instante. Mi galabieh estaba roto y sucio; me deshice de él para mayor comodidad.

Miré a mi alrededor. Habían dejado de atacarme, y me pareció que no jugaban limpio..., sobre todo en un momento en que me sentía dispuesto a romper lo que fuera. Levanté, pues, de nuevo al hombre que yacía a mis pies y lo volví a arrojar con fuerza al suelo. Lo alcé otra vez, pero alguien gritó:

-¡ Eh! ¡ Karaghiosis! -y empezó a insultarme en griego chapurrado. Solté la carga y me volví.

Allá, de cara al fuego, vi a dos de ellos: uno alto y con barba; el otro rechoncho y calvo, aunque macizo y de un color que parecía resultar de una mezcla de cemento y tierra.

-¡ Mi amigo dice que te piensa destripar, griego! - vociferó el alto, palmeando al otro en la espalda.

Avancé hacia ellos y el hombre de cemento y barro me embistió con fiereza.

Logró derribarme, pero pronto me repuse y, cogiéndole por ambos sobacos, lo arrojé a un lado como si fuera un saco. Pero él también se recuperó, tan prontamente como yo lo había hecho. Volvió a lanzarse sobre mí y me agarró por detrás del cuello con una mano. Yo hice lo mismo con él, sujetándole por el codo, y así permanecimos un momento enlazados. Era fuerte.

Por este motivo seguí moviéndome y cambiando de postura, asiéndole por varios sitios para probar su fuerza. También era rápido, y se acomodaba a cada movimiento de los míos casi antes de que yo lo iniciara.

Conseguí desligar mis brazos y pasarlos por entre los suyos, con gran dificultad, y di un paso atrás apoyándome en mi Pierna fuerte. Libres por un momento, reemprendimos el juego de observarnos y girar uno en torno al otro buscando nuevos Puntos de ataque.

Yo me mantenía inclinado y con los brazos bajos, debido su pequeña estatura. Aprovechando un instante en que mis brazos se hallaban demasiado pegados al cuerpo, se abalanzó Sobre mí con una rapidez que nunca había yo visto antes en nadie y me apresó en una llave que pareció exprimir de mis poros hasta la última gota de sudor, causándome agudísimos dolores en ambos costados.

Sus brazos se cerraban más y más, y tuve la certeza de que acabaría por romperme los huesos si no conseguía liberarme tiempo.

Cerré con fuerza los puños, los apliqué a su estómago y comencé a presionar. Sus poderosos brazos estrecharon aún más el cerco, como tenazas. Me eché un poco hacia atrás y levante los míos trabajosamente. Por fin, mi puño derecho encontró la palma de mi mano izquierda. Así unidos, continué empujando los dos brazos hacia arriba, centímetro a centímetro, mientras la cabeza me daba vueltas y mis riñones ardían. Poniendo de repente todos los músculos de la espalda y hombros en tensión, sentí fluir por mis brazos un raudal de vigor que vino < concentrarse en las manos. Las disparé hacia arriba con e. mayor ímpetu de que fui capaz. Tropezaron con su barbilla pero no se detuvieron allí. Siguieron su trayectoria hasta que dar sobre mi cabeza.

Mi enemigo cayó hacia atrás.

La terrible fuerza de mis manos en el momento en que golpearon su barbilla y le obligaron a mirarse los talones por detrás habría bastado para romper cualquier cuello por resistente que fuera.

Pero él se incorporó inmediatamente, y entonces supe que no se trataba de un luchador mortal, sino uno de esos entes no nacidos de mujer; más bien extraídos, como Anteo, de las entrañas de la propia Tierra.

Dejé caer mis manos a plomo sobre sus hombros y le forcé a doblar las rodillas. Lo agarré entonces por la garganta y, colocándome a su derecha, asenté mi rodilla

izquierda en la parte baja de su espalda. Presioné, haciendo palanca y cargando todo mi peso en sus muslos y hombros, con intención de descoyuntarlo.

No lo logré. Se fue doblando y doblando hacia atrás hasta tocar el suelo con la cabeza, y ya no pude empujar mas.

Ninguna espalda es capaz de arquearse hasta ese punto sin estallar, pero la suya lo fue.

No tuve más remedio que retirar la rodilla, y ya estaba otra vez sobre mí. ¡ Así de rápido!

Traté entonces de estrangularle. Mis brazos eran mucho más largos que los suyos. Apresé su garganta con ambas manos, y mis pulgares comenzaron a hundirse en el lugar donde todo ser humano debe tener la tráquea. Consiguió, no obstante, desasir sus brazos y sujetar los míos por la articulación, haciendo fuerza hacia abajo. Continué apretando, con la esperanza de ver de un momento a otro amoratarse su rostro y salírsele los ojos de sus órbitas. Pero nada de esto sucedía, y mis codos empezaban ya a ceder bajo su presión.

Súbitamente proyectó los brazos hacia adelante y sus manos atenazaron mi garganta.

Allí estábamos ambos, estrangulándonos mutuamente. Sólo que él seguía imperturbable.

Sus pulgares eran como dos púas que se clavaban en los músculos de mi cuello. Sentí que la sangre afluía a mi cabeza y que mis sienes comenzaban a vibrar.

Oí en aquel momento un grito, que me pareció lejano:

-¡ Páralo, Hasán! ¡Se supone que no debe hacer eso!

Sonaba como la voz de Peluca Roja. De todos modos, ése es el nombre que me vino al pensamiento: Peluca Roja. Lo que significaba que Donald Dos Santos no andaría muy lejos. Y la voz había dicho «Hasán», otro nombre registrado en alguna parte de mi memoria, donde toda una escena se iluminaba de repente.

Ello significaba también que yo era Conrad y que estaba en Egipto, y que el inexpresivo rostro que se bamboleaba ante mí no era otro que el del golem luchador, Rolem, un engendro que podía programarse a una fuerza cinco veces superior a la del hombre y que con toda probabilidad había sido programado así, un robot cuyos reflejos eran comparables a los de un gato con exceso de adrenalina y que, sin duda alguna, funcionaban ahora a pleno rendimiento.

Pero se daba por supuesto que un golem no mataba, salvo por accidente, y Rolem estaba intentando matarme.

Era evidente que algo fallaba en su regulador.

Solté su garganta, al ver que mis esfuerzos no servían de nada, y puse la palma de mi mano izquierda bajo su codo derecho. Luego, con la otra mano, le sujeté la muñeca, y agachándome cuanto puede empecé a empujarle el codo hacia arriba y tirar al mismo tiempo de su muñeca hacia abajo.

Perdió el equilibrio, inclinándose hacia el lado izquierdo, instante que aproveché para liberarme de su mortal presión. Continué sujetándole con fuerza la muñeca y retorciéndola hasta que el codo quedó bien expuesto, apuntando al cielo. Puse entonces tensa mi mano izquierda, la levanté hasta la altura de la oreja y la dejé caer fulminantemente sobre la articulación de monstruo.

Nada. Ni el más mínimo sonido de rotura o reventón. Sencillamente el brazo cedió, doblándose hacia atrás y formando un ángulo artificial.

Le solté la muñeca y vaciló, cayendo sobre una rodilla. Volvió a ponerse en pie, con la rapidez de siempre, y al hacerlo su brazo se enderezó primero y se dobló después en sentido contrario hasta recuperar su posición normal.

Dada la mentalidad de Hasán, que me era familiar, supuse que el robot habría sido regulado al máximo de su tiempo; dos horas. Demasiado, no cabe duda.

Pero para entonces ya sabía yo quién era y lo que estaba haciendo. Y también sabía qué elementos entraban en la estructura de un golem. Éste era un golem luchador. Por tanto, no boxeaba.

Por encima del hombro eché una rápida mirada hacia atrás es decir, al lugar mismo donde todo había empezado: la tienda' con las instalaciones de radio. Estaba a unos quince metros di distancia.

De súbito, mi adversario estuvo a punto de lograr sus propósitos. Durante la fracción de segundo en que me distraje volviendo la cabeza, me había atenazado el cuello con una de sus manos y la barbilla con la otra.

De haberse mantenido así un poco más, me habría partido el cuello en dos sin el menor problema, pero en aquel instante sobrevino un nuevo temblor de tierra, muy violento, que nos hizo perder a ambos el equilibrio... separándonos una vez más,

Me incorporé a los pocos segundos. La tierra seguía temblando. Rolem, también de pie, se aprestaba a reanudar la lucha.

Parecíamos dos marineros ebrios peleándose en la cubierta de un barco zarandeado por la tempestad...

Se abalanzó hacia mí y esquivé el golpe cediendo terreno.

A mi vez le disparé un puñetazo con la izquierda y, mientras él paraba el ataque sujetándome el brazo, le asesté con el otro un golpe en el estómago. Luego salté rápidamente hacia atrás para eludir su réplica.

Volvió a la carga, y yo continué dándole golpes en el estómago. Boxear era para él algo así como la cuarta dimensión para mí... Simplemente, no las veía venir. Él

siguió avanzando, tratando de esquivar mis directos, y yo seguí retrocediendo en dirección a la tienda. El terremoto no cesaba, y en alguna parte chillaba una mujer. Alguien dejó escapar un fuerte «¡olé!» en el momento en que logré colocar a mi enemigo un formidable derechazo bajo el cinturón, esperando desarreglar un poco su «cerebro».

Pero ya estábamos donde yo quería, y podía ver lo que me interesaba: la voluminosa roca con la que antes había intentado destrozar la radio. Fingí un ataque con la izquierda para distraer sus reflejos, lo que me permitió cogerle desprevenido y aferrarle el cuerpo con ambas manos, por el muslo y hombro respectivamente.

Levanté su mole hasta la altura de mi cabeza. Luego doblé mi propio cuerpo hacia atrás, puse todos mis músculos en tensión y lo arrojé sobre la roca con toda la fuerza de que fui capaz.

Cayó sobre el estómago.

Comenzó a incorporarse, pero ya con más lentitud que antes, y yo entonces le propiné tres fuertes patadas, siempre en el mismo lugar, con mi bota derecha, la bota reforzada. Contemplé cómo se desplomaba.

Las entrañas del robot empezaron a emitir un extraño zumbido metálico.

La Tierra tembló nuevamente. Rolem se contrajo, para estirarse después, y por fin se quedó rígido, salvo por un ligero indicio de movimiento que aún se percibía en los dedos de su mano izquierda. Éstos seguían abriéndose y cerrándose... Curiosamente, me recordaban las manos de Hasán en la famosa noche del hounfor.

Giré sobre mis talones y me encontré cara a cara con todos ellos: Myshtigo y Ellen, Dos Santos con una mejilla hinchada, Peluca Roja, George, Ramsés y Hasán, y los tres egipcios cubiertos de vendajes. Di un paso hacia ellos, y al punto hicieron ademán de dispersarse de nuevo, con el temor reflejado en sus rostros.

- No, ahora ya estoy bien – dije -, pero dejadme solo. Voy a darme un baño en el río.

Logré andar siete pasos, pero de improviso alguien debió tirar de la cadena, porque sentí que me subía algo a la garganta, empezó todo a darme vueltas y el mundo se diluyó en mi cerebro.

Los días que siguieron fueron ceniza, y las noches hierro. El espíritu arrancado de mi alma a tiras yacía sepultado aún más profundamente que cualquiera de las mohosas momias que dormían su sueño eterno bajo las arenas. Se dice que los muertos olvidan a los muertos en los dominios de Hades, Cassandra, pero yo esperaba que no fuera así. Como un autómata me dejé llevar por la inercia de las tareas propias del guía d~ una expedición. Lorel me sugirió que nombrase a alguien pan sustituirme, y que me tomara un descanso.

No pude hacerlo.

¿A qué otra cosa podría dedicarme? ¿A sentarme y rumiar mi congoja en algún Antiguo Lugar, mendigando un trago a los despreocupados turistas que acertaran a pasar por allí? No. Tener algo que hacer es siempre esencial en tales casos; sus formas eventualmente generan un simulacro de satisfacción que viene de algún modo a llenar los vacíos interiores. Por eso continué en mi puesto y traté de concentrar la atención en los pequeños misterios de cada día.

Me llevé a Rolem aparte y examiné su regulador. Estaba roto, por supuesto; lo que denotaba que o yo mismo lo había roto en los primeros momentos de la lucha, o Hasán, al disponerlo a combatir conmigo. Si Hasán era el responsable, ello quería decir que había deseado verme no sólo vencido, sino muerto. Y si así era, surgía la pregunta: ¿por qué? ¿Sabía el hombre que lo empleaba que yo era el Karaghiosis de antaño? ¿Qué motivos podía tener para desear la muerte del fundador y primer secretario de su propio Partido? El hombre que había jurado no ver jamás la Tierra vendida y transformada en feria para el disfrute de un hatajo de extranjeros azules sin que antes hubieran de pasar por encima de su cadáver, o al menos de luchar, y que había montado toda una intriga para despreciar sistemáticamente las propiedades terrestres de los veganos hasta reducir su valor a cero, llegando incluso a arrasar las oficinas de la Compañía Inmobiliaria Talerita de Madagascar; el hombre cuyos ideales él pretendía haber abrazado, aunque canalizados de ordinario en formas más legales y pacíficas de resistencia. ¿Por qué había de querer precisamente la muerte de ese hombre?

Concluí que o había traicionado al Partido, o ignoraba quién era yo, y en este caso debía perseguir otros fines cuando dio a Hasan instrucciones para que me matara.

O Hasán obedecía órdenes de algún otro.

Pero entonces, ¿quién podía ser ese otro? Y de nuevo la pregunta: ¿por qué?

No encontré respuesta. Decidí que tenía que haberla y me propuse dar con ella.

Las primeras palabras de pésame vinieron de George.

- Lo siento, Conrad - dijo, mirando a mi codo, luego a la arena, y finalmente cruzando su mirada con la mía por un breve instante.

Tener que decir algo humano le trastornaba, inspirándole deseos de acabar cuanto antes y marcharse. Dudo que mi ostentosa intimidad con Ellen el verano pasado le ocupara mucho la atención. Sus pasiones se extinguían allende el umbral de su laboratorio biológico. Aún recuerdo su modo de proceder cuando disecó el último perro que quedaba en la Tierra. Después de cuatro años de rascarle las orejas, espulgarle la cola y escuchar complacientemente sus ladridos, un buen día lo llamó como de costumbre. Rolf entró dando saltos y llevando entre sus dientes el trapo con que ambos solían jugar a ver quién se lo quitaba al otro. En cuanto George lo tuvo cerca, le plantó sin contemplaciones una aguja hipodérmica y al momento siguiente ya estaba abriéndolo en canal. Quería estudiarlo cuando el animal se hallaba en la plenitud de su vigor. Todavía conserva cl esqueleto montado

en su laboratorio. También intentó criar a sus hijos - Mark, Dorothy y Jim - en las Incubadoras, pero Ellen lo impidió cada vez, imponiéndose con energía (algo así como ¡bang! ¡bang! ¡bung!), en esos raptos de maternidad típicos en ella tras el embarazo y que solían durarle por lo menos un mes... Lo suficiente para desbaratar los planes de George relativos a la estabilización de estímulos primarios. Por todo ello me resultaba difícil imaginar a George poseído de pasión hasta el punto de tratar de tomarme las medidas para un saco de dormir..., de esos que se utilizan bajo tierra. Si me hubiera querido matar, probablemente habría buscado algo sutil, rápido y exótico... Como el veneno de un conejo de Divbán, por ejemplo. Pero no, mi muerte no podía importarle tanto, de eso estaba seguro.

La propia Ellen, aunque capaz de sentimientos intensos, es Como una muñeca de cuerda con el mecanismo roto. Siempre le falla algo antes de que sus emociones se traduzcan a la acción y al día siguiente vuelve a sentir con la misma fuerza cualquier otra cosa. Una vez, allá en Port-au-Prince, estuvo a punto de estrangularme porque la dejaba, y para ella nuestras relacione eran asunto de vida o muerte. Ahora, su pésame venía a sonar más o menos:

- Conrad, no puedes imaginarte cómo lo siento. ¡ Te lo digo de veras! Aunque nunca la llegué a conocer, me doy perfecta cuenta de lo que debes estar pasando...

Y así sucesivamente, con una voz patética que subía y bajaba recorriendo todas las notas de la escala. En aquel momento yo sabía que era sincera y que lo sentía de verdad, y le c igualmente las gracias.

Hasán, en cambio, se acercó a mi aprovechando un momento en que me vio allí solo, de pie, con la mirada fija y perdida en las aguas del Nilo, repentinamente embravecidas y turbia. Permanecimos un rato en silencio, y luego dijo

- Tu mujer se ha ido y te pesa el corazón. Las palabras no te aliviarán el peso, y lo que está escrito está escrito. Pero déjame decir también que comparto tu dolor.

Seguimos allí juntos algún tiempo más, sin añadir palabra y por fin se marchó.

Sus escuetas declaraciones no me causaron asombro. Hasán era la única persona que podía descartarse de mis sospechas incluso si el golem había sido manipulado por su propia mano. Jamás fue rencoroso ni tuvo nada contra nadie; y nunca mataba gratuitamente. Tampoco tenía ningún motivo personal para matarme. No me cabía la menor duda de que su pésame era genuino. El hecho de darme muerte nada habría tenido que ve con la sinceridad de sus sentimientos en un asunto como éste. Un auténtico profesional ha de respetar por fuerza alguna frontera entre su propio yo y sus tareas.

De Myshtigo no recibí pésame alguno. Hubiera sido ajeno' a su carácter. Para los veganos, la muerte es hora de regocijo. En el plano espiritual es lo que ellos llaman sagl - término, consumación -, es decir, fragmentación de la psique en diminuta sensaciones placenteras, como picaduras de alfiler que se desparraman para participar en el gran orgasmo universal; y en el plano material se sintetiza en la palabra ansakundabad't, solemne inventario de la mayoría de las propiedades personales, del finado, lectura de su testamento y división de su fortuna todo ello con gran acompañamiento de festejos, cánticos y libaciones.

Dos Santos me dijo:

- Es triste lo que te ha sucedido, amigo. Perder la propia mujer es quedarse sin sangre en las venas. Tu dolor es grande y nada podrá consolarte. Es como el fuego de unas brasas que no acaban nunca de apagarse. Triste, sí, y terrible

Con ojos humedecidos, concluyó:

- La muerte es cruel, y tenebrosa... Gitano, judío, moro o lo que quieras, una víctima es siempre una víctima para un español, y sólo puede apreciarse en uno de esos planos místicamente oscuros adonde yo soy incapaz de llegar.

También Peluca Roja vino a mi lado.

- Horrible... - dijo-. Lo siento. No sé qué más puedo decir, o hacer, pero lo siento.

- Gracias - respondí, aceptando sus palabras con una inclinación de cabeza.

- Conrad, tengo también algo que pedirte. Pero no ahora. Más tarde.

- Desde luego - dije, y volví a contemplar el río después que se alejaron. Me puse a pensar en ellos. Sus palabras de dolor me habían sonado tan auténticas como las de cualquier otro miembro del grupo, pero también parecía obvio que, de algún modo, debían estar mezclados en el asunto del golem. Por otra parte, tenía la certeza de que fue Diane quien gritó al ver que Rolem me estrangulaba, intimando a Hasán a que lo parase. Quedaba pues Don, pero para entonces abrigaba yo ya serias dudas de que fuera capaz de hacer algo sin consultárselo primero a ella.

Con lo que, en resumidas cuentas, todo el mundo resultaba libre de sospecha.

Y tampoco había motivo aparente...

Y todo podía haber sido accidental...

Pero...

Por más que mis reflexiones lo desmentían, seguía teniendo la sensación de que alguien quería matarme. Sabía que Hasán no tenía escrúpulos en aceptar al mismo tiempo dos trabajos, y obedecer a dos jefes diferentes, si no había conflicto de intereses.

Esta idea me alegró.

Y me dio un objetivo, algo que hacer.

A decir verdad, nada le proporciona a uno más ganas de seguir viviendo que el saber que alguien pretende quitarle de en medio. Yo encontraría a ese alguien, averiguaría sus motivos y pondría fin a sus amenazas.

La segunda embestida de la muerte fue rápida, y pese a lo mucho que me habría gustado culpar de ella a un agente humano, no pude hacerlo. Fue sólo una de esas necias jugarretas del destino, que surgen a veces inesperadamente como huéspedes inoportunos que vienen a cenar sin haber sido invitados. El final del suceso, no obstante, me dejó perplejo y dio nuevo pábulo a mis pensamientos, cada vez más enmarañados y confusos.

Ocurrió de este modo...

Allá abajo junto al río, ese genio de aguas indómitas que anegan el desierto trocándolo en vergel, ese destructor de confines y padre de la geometría plana, se hallaba sentado el vegano tomando notas y haciendo un croquis de la orilla opuesta. Supongo que, de haberse encontrado en esta última, estaría haciendo el croquis d~ la orilla que ahora ocupaba, pero esto es mera conjetura mordaz. Lo que me preocupaba era que hubiese venido solo a ese lugar abrigado y cenagoso sin haberle comunicado a nadie sus propósitos y sin otra arma que un lápiz del número dos.

Y sucedió.

Un tronco viejo y moteado, que llevaba algún tiempo flotando a la deriva junto al borde del río, dejó de repente de ser tal tronco. Una larga cola de serpiente chasqueó al encresparse uno de sus extremos, en el otro brotaron como por encanto unos dientes descomunales, e infinidad de minúsculas patas buscaron apoyo en tierra firme y comenzaron a moverse como ruedas.

Aullé, más que grité, llevando instintivamente la mano al cinturón.

Myshtigo dejó caer su libreta en un rápido intento de fuga.

Pero el animal estaba ya encima, y así yo no podía disparar.

Corrí entonces hacia ellos. En los breves segundos empleados en recorrer la distancia que nos separaba, el hombre tenía ya dos gruesos anillos en torno a su cuerpo y el azul de su piel era por lo menos dos tonos más oscuro. Los dientes de la fiera empezaban a cerrarse sobre él.

Sólo hay un modo de obligar a este tipo de animales a aflojar la presión, al menos por un instante. Le agarré con todas mis fuerzas la cabeza, que a la sazón se había inclinado un poco como para contemplar mejor su eventual desayuno, y logré introducir los dedos en ambas hendiduras laterales, medio ocultas tras un manto de espesas escamas.

Hundí mis pulgares en los ojos del monstruo y apreté cuanto pude.

Un látigo gigantesco y verdoso me golpeó con furia, a la vez que el cuerpo del reptil se agitaba espasmódicamente.

Al recobrar la lucidez, vi que me encontraba a tres metros de donde había estado antes. Myshtigo había ido a parar aún más lejos y apenas acababa de incorporarse cuando el saurio volvió al ataque.

Sólo que esta vez era yo el atacado, no él.

La enorme y fea cabeza del animal irguióse hasta dos metros y medio por encima del suelo para caer enseguida sobre mí con todo el peso de su mole. Me eché a un lado, logrando esquivarla por pocos centímetros, pero no conseguí evitar los efectos del impacto, que se tradujo en una recia lluvia de lodo y guijarros.

Rodé otra vez por tierra y ya estaba a punto de levantarme cuando la cola me derribó nuevamente de un golpe. Intenté retroceder a gatas, pero era ya demasiado tarde para escapar al anillo mortal que me cercaba. Sentí una insufrible opresión bajo las caderas, y mis fuerzas cedieron.

Un par de brazos azules rodearon el cuerpo del coloso más arriba del anillo y trataron de forcejear, pero sólo fue cuestión de segundos. A poco, ambos hombres nos debatíamos inútilmente entre sus fatídicos nudos.

Aún luché hasta donde mis escasas fuerzas lo permitían, pero, ¿cómo puede lucharse contra un grueso cable blindado y escurridizo con legiones de patas que no cesan de arañarle a uno la piel? Para entonces mi brazo derecho hacía ya un todo con mi costado, y el izquierdo empezaba también a perder su libertad de movimientos. Los anillos se estrechaban. La cabeza del monstruo se volvió lentamente hacia mí. Con la mano que aún me quedaba libre arañé y golpeé su cuerpo en un intento desesperado de resistir. No sé cómo, logré por fin sacar el brazo derecho dejando jirones de carne y piel entre las escamas.

Con el mismo brazo derecho intenté oponerme al descenso implacable de aquella cabeza. Mi mano tocó la parte inferior de su mandíbula, se aferró a ella y se mantuvo así por breves instantes, evitando momentáneamente el fatal desenlace. El anillo carnoso me apretaba la cintura cada vez con más fuerza, con más fuerza, con mucha más de la que antes había desarrollado el golem. Súbitamente el animal ladeó la cabeza con ímpetu, liberándose de mi mano, y sus fauces se abrieron de par en par.

Los forcejeos de Myshtigo debieron de haberle irritado, distrayendo un tanto su atención, lo que me dio tiempo para una última tentativa de defensa.

Introduje ambas manos en su boca y empujé con fuerza las mandíbulas, abriéndoselas mas.

Su paladar era viscoso, y pronto sentí que la palma de mi mano resbalaba lentamente por su superficie. Hice aún más fuerza en la mandíbula inferior toda lo que pude. Logré agrandar el espacio en quince centímetros, desencajando momentáneamente sus músculos.

La bestia intentó entonces zafarse echando la cabeza hacia atrás, pero sus anillos nos apretaban demasiado para permitirle tomar el necesario impulso.

Los aflojó, pues, un poco y sacudió la cabeza. Aproveché la oportunidad para conseguir una posición vertical sobre las rodillas. A medio metro de mí, vi a Myshtigo hecho un ovillo.

Mi mano derecha, dentro de las fauces del animal, resbaló aún más, hasta hacerme casi perder el equilibrio.

Oí entonces como un bramido salvaje, seguido de un violento estremecimiento.

Liberé mis brazos, con la sensación simultánea de que las fuerzas del monstruo se debilitaban. Sus dientes rechinaron espantosamente y el anillo volvió a cerrarse un instante. Los ojos se me nublaron.

Un momento después, seguía luchando por desenredarme y me pareció que el éxito coronaba mis esfuerzos. El pulido dardo de madera que espetaba el cuerpo del bordillo le estaba arrebatando la vida. Sus movimientos eran ya espasmódicos más que agresivos.

Todavía fui golpeado dos veces, pero pude liberar a Myshtigo y ponerme con él a salvo. A unos quince metros de distancia nos detuvimos a contemplar la muerte de nuestro enemigo. Sus convulsiones aún duraron un buen rato.

Hasán estaba allí, de pie, contemplando la escena con cara inexpresiva. Sus largas sesiones de práctica con las azagayas habían dado fruto. Cuando George disecó más tarde el reptil, nos enteramos de que el dardo había ido a clavarse a cinco centímetros de su corazón, seccionando la arteria principal. De paso, contamos las patas. Había dos docenas, repartidas por igual a cada lado, como era de esperar.

Junto a Hasán se hallaba Dos Santos, y junto a éste Diane. Todos los demás se encontraban allí también.

- Bonito espectáculo, ¿eh? – comenté -. Y buena puntería. Gracias

- No hay de qué replicó Hasán.

«No hay de qué», fueron sus palabras. Salvo que toda sospecha por mi parte de que él había manipulado antes el golem quedó barrida por completo. Si Hasán trató entonces de matarme, ¿por qué me libró luego del boadilo?

A menos que lo que me había dicho al principio en Port-auPrince fuera la más absoluta verdad y que, en efecto, sus servicios hubieran sido requeridos para proteger al vegano. Si era ésta su misión principal y mi muerte sólo algo secundario, podría suponerse que mi salvación había sido cosa indirecta, necesariamente vinculada a la intención primordial de salvar a Myshtigo.

Pero entonces...

¡Qué diablos! Era mejor dejarlo así.

Arrojé una piedra lo más lejos que pude, y luego otra. Los aeromóviles aterrizarían en nuestro campamento al día siguiente y de allí saldríamos hacia Atenas, haciendo sólo una breve escala para dejar a Ramsés y a los otros tres en

Nuevo Cairo. Me alegraba irme de Egipto, alejarme de su moho, sus muertos y sus deidades con cuerpo de animal. Estaba harto de aquel lugar.

Desde las instalaciones de radio, Ramsés me hizo señas para indicarme que me llamaban de Port-au-Prince. Era Phil.

-¿Sí? - dije, tomando el micrófono.

- Conrad, soy Phil. Acabo de escribir la oda de Cassandra y me gustaría leértela. Es verdad que no la conocí personalmente, pero me has hablado de ella muchas veces y es como si la hubiera visto con mis ojos, así que creo haber hecho un buen trabajo...

--Por favor, Phil. No es éste el momento ideal para consuelos poéticos. Quizás en otra ocasión...

- No se trata de una oda de las de relleno, te lo aseguro. Ya sé que ésas no te gustan y no te lo reprocho.

Me faltó poco para cortar bruscamente la comunicación. Mi mano casi tocó el interruptor, pero en el último instante se detuvo, desviándose para coger un cigarrillo del paquete de Ramsés.

- Bueno, adelante. Te escucho.

Y la leyó. Para ser franco, no estaba del todo mal. No recuerdo gran cosa de su contenido. Sólo guardo en la memoria el sonido de unas palabras tersas y vigorosas que recorrían medio mundo para llegar a mis oídos, y me recuerdo a mí mismo allí de pie, maltrecho por dentro y por fuera, escuchándolas con resignación. Cantaban las virtudes de la ninfa que despertó los deseos de Poseidón, pero que éste perdió al arrebatársela su hermano Hades. Los elementos eran instados a unirse en luctuosa sinfonía. Y mientras Phil hablaba, mi mente voló en el tiempo hacia aquellos meses dichosos en la desaparecida Kos, y se borró todo lo ocurrido desde entonces. De nuevo nos hallábamos a bordo del «Vanitie», rumbo a nuestro querido islote con su bosque semisagrado, y nos bañábamos juntos para tendernos luego al sol, cogidos de las manos, sin decirnos nada, sintiendo únicamente el crepúsculo que caía sobre nosotros como suave cascada de luz, seca y brillante, dejando que sus tonos rosáceos se extendieran como un manto sobre nuestros desnudos espíritus allí mismo, en aquella playa infinita que rodeaba una y otra vez nuestro pequeño paraíso, y una y otra vez volvía a su punto de partida, a nosotros.

Phil concluyó su lectura y se aclaró la garganta un par de veces; y mi isla se hundió en las profundidades del océano arrastrando consigo aquella íntima parte de mi ser, algo que jamás podría recuperar.

- Gracias, Phil – dije -. Es una composición muy bella.

- Me alegro de que te haya parecido apropiada - contestó, añadiendo después -: Salgo para Atenas esta tarde. Me agradaría unirme allí a tu expedición, si no tienes inconveniente.

- Por supuesto que no – repliqué -. Pero, ¿puedo preguntarte el motivo?

- Tengo deseos de visitar Grecia una vez más. Como tú vas a estar por allá, recordaré un poco mejor los viejos tiempos. Me gustaría echar una última ojeada a algunos de los Antiguos Lugares.

-¡ Hablas en tono definitivo!

- Bueno... Creo que los tratamientos han dado ya de sí todo lo que pueden. Tengo la impresión de que se me va acabando la cuerda. Tal vez queden un par de vueltas más, o tal vez no. En todo caso quiero ver Grecia de nuevo, y presiento que ésta será mi última oportunidad.

- Seguro que te equivocas, pero ven cuando quieras. Mañana por la noche, a eso de las ocho, estaremos todos cenando en el «Garden Altar».

- Bien. Allí os veré.

-¿Nada más? Corto.

- Adiós, Conrad.

- Adiós.

Terminé y fui a ducharme, me froté todo el cuerpo con linimento y me cambié de ropa. Aún sentía dolor en varios sitios, pero por lo menos era un alivio estar limpio. Luego fui a buscar al vegano, que acababa de hacer lo mismo que yo. Con mirada torva, le dije:

- Corríjame si me equivoco, pero una de las razones por las que quiso usted ponerme al frente de todo este tinglado es mi alto índice de supervivencia. ¿Cierto?

- Cierto.

- Hasta ahora he hecho lo posible para que ese índice no se quede en mera teoría, y he procurado emplear activamente mis facultades en servicio del bien común.

-¿Es eso lo que hacía cuando se enfrentó usted solo con todo el grupo?

Me dieron ganas de retorcerle el cuello allí mismo y casi se me fue la mano, pero me contuve a tiempo. Aunque no pudo menos de satisfacerme el miedo momentáneo que se reflejó en sus ojos y esbozó una mueca en las comisuras de sus labios. También dio un paso nervioso hacia atrás.

- Olvidaré lo que acaba de decir – continué -. Mi única misión aquí es llevarle a donde usted quiera ir y cuidar de que vuelva entero. Esta mañana me ha creado un pequeño problema ofreciéndose como cebo a un boadilo. Le advierto que no hace falta irse al infierno para encender un cigarrillo. La próxima vez que quiera hacer sus pinitos compruebe primero si el lugar es seguro. - Su mirada vaciló un instante. La apartó de mí-. Si no lo es, vaya con una escolta armada... ya que usted mismo se niega a llevar armas. Eso es todo lo que tengo que decirle. Si no quiere cooperar, hágamelo saber ahora, y yo me iré y le buscaré otro guía. De todos modos, Lorel ya me lo ha sugerido.

-¿Realmente ha dicho eso Lorel?

- Sí.

- Es curioso... Sí, sí, desde luego. Estoy dispuesto a seguir sus instrucciones. Me doy cuenta de que es lo más prudente.

- Magnífico. Dijo usted que quería visitar de nuevo el Valle de las Reinas esta tarde. Ramsés le acompañará. No me siento con ánimos para hacerlo yo. Recuerde que salimos mañana por la mañana a las diez. Esté listo.

Me separé de él, esperando que dijera algo, aunque sólo fuera una palabra.

No dijo nada.

Afortunadamente, tanto para los supervivientes como para las futuras generaciones, Escocia no sufrió demasiado las consecuencias de los Tres Días. Saqué del bloque frigorífico un cubito de hielo y fui al almacén del campamento en busca de una botella de soda. Luego puse a funcionar junto a mi litera el acondicionador de temperatura, abrí un quinto de whisky (de mi fondo particular) y me pasé el resto de la tarde meditando sobre la futilidad de todo lo humano.

Ya de noche, repuesto hasta un punto aceptable de los efectos del alcohol y después de comer mi par de cosas que encontré por allí, me armé y salí a tomar un poco de aire fresco.

Al acercarme al extremo este del perímetro protector, oí voces. Me senté en la oscuridad, apoyando la espalda en una roca bastante grande, y traté de escuchar la conversación. Reconocí en seguida los vibrantes decrescendos típicos de Myshtigo, y quise saber lo que decía.

Pero no me fue posible.

El y su interlocutor estaban demasiado lejos, y las condiciones acústicas del desierto no son precisamente ideales. Me quedé allí, no obstante, con una parte de mí mismo en tensión para ver si captaba algo... Y sucedió lo que otras veces me a sucedido en casos similares.

Bruscamente me encontré sentado junto a Ellen sobre una manta que habíamos extendido en el suelo, y mi brazo rodeaba sus hombros. Un brazo azul...

Pero se borró con la misma rapidez con que había surgido, al predominar en mí un sentimiento de violenta repulsa hacia aquella identificación con un vegano, aun tratándose, como trataba, de una de esas realizaciones pseudotelepáticas de deseos a las que estoy acostumbrado. Me volví, pues, a encontrar solo junto a la roca.

Pero mi sensación de soledad se había agudizado tras breve contacto con Ellen, ciertamente más suave que la y por otro lado seguía acuciándome la curiosidad.

Todo ello hizo que retrocediera una vez más, observando.. -

-. . no puede verse desde aquí - me oía decir a mí mismo -. Vega es una estrella de primera magnitud, situada en lo que ustedes llaman Constelación de la Lira.

-¿Y cómo es Taler? - preguntó Ellen.

La respuesta llegó tras una larga pausa.

-A menudo lo más significativo es también lo más difícil de describir. Aunque no es menos cierto que a veces el problema consiste en comunicar algo sin punto alguno de referencia para la persona a quien se comunica, ningún elemento que corresponda con su mundo. Taler no es como este lugar. Allí no existen desiertos. Todo es feraz y habitable. Pero, permítame tornar esta flor que lleva usted en el pelo. Aquí está. Mírela. ¿Qué ve?

- Una flor blanca, muy bonita. Por eso la corté y me la puse ahí.

- Sin embargo, para mí al menos, no es blanca. Y tampoco es bella. Sus ojos perciben la luz en longitudes de onda que oscilan entre unos 4.000 y 7.200 angstroms. Los ojos de un vegano, para empezar, van más allá en el espectro y son sensibles también al ultravioleta, percibiendo ondas luminosas aproximadamente a partir de 3.000 angstroms. Nosotros somos ciegos a lo que ustedes llaman «rojo», pero en esta flor «blanca» yo veo dos colores que no pueden traducirse a su lenguaje. Mi cuerpo posee multitud de características totalmente invisibles para un terráqueo, pero lo bastante semejantes a los de otros miembros de mi familia para que cualquier vegano que me vea por primera vez y reconozca esos Shtigogenes sepa inmediatamente mi procedencia etnológica y geográfica. Algunas de nuestras pinturas resultan excesivamente chillonas en su planeta, o incluso las juzgan ustedes monótonas, con exagera4o predominio de un color, de ordinario el azul, pero ello es debido a su propia incapacidad de calar en nuestros matices. En gran parte de nuestra música encontrarían ustedes largos espacios de silencio, espacios que en realidad contienen una melodía. Nuestras ciudades son limpias y su estructura es lógica. Captan la luz del día y la retienen hasta muy avanzada la noche. En ellas impera la calma, se oyen sonidos placenteros. Todo esto significa mucho para mí, pero no sé cómo describírselo a un... humano.

- Pero también hay gente, es decir terráqueos, que viven en esos mundos...

- Es cierto, pero no los ven, ni los oyen, ni los sienten como nosotros. Entre esa gente y la nuestra hay un abismo del que somos bien conscientes, pero que nos es imposible franquear Por eso no puedo realmente explicarle cómo es Taler. Par usted sería un mundo diferente de lo que es para mí.

-A pesar de todo, me gustaría verlo. Muchísimo. Hasta pienso que podría quedarme a vivir allí.

- No creo que allí fuera usted feliz.

-¿Por qué no?

- Porque los inmigrantes no veganos son inmigrantes no veganos. Aquí no pertenece usted a una casta inferior. Ya s~ que no les gusta usar este término, pero expresa bien la realidad Los miembros del Cuerpo Oficial y sus familias constituyen la casta más alta en este planeta; a continuación vienen las personas acomodadas que no forman parte de la Oficialidad; luego los que trabajan para estas personas, seguidos de los labrado res; y finalmente, en el nivel ínfimo, esos desgraciados que vi ven en los Antiguos Lugares. Aquí ocupa usted el puesto más elevado de la escala social. En Taler estaría en el más bajo.

-¿Por qué ha de ser así? - preguntó ella.

- Porque para usted esto es una flor blanca - dije, devolviéndosela

Siguió un largo silencio, y una brisa fresca acarició nuestros rostros.

- En todo caso, estoy contenta de que haya venido aquí.

- Es un lugar interesante, se lo aseguro.

- Me alegro de que le guste.

- Ese hombre llamado Conrad, ¿fue de veras su amante?

Me estremecí instintivamente ante lo súbito de la pregunta

- No es asunto que a usted le concierna - replicó ella - pero la respuesta es sí.

- Ya me imagino por qué - prosiguió él.

Y me sentí incómodo, algo así como un voyeur o, más sutil todavía, como un voyeur que observa a otro voyeur.

-¿Por qué? - preguntó ella.

- Porque usted ama lo extraño, lo fuerte, lo exótico; porque nunca se ha sentido dichosa estando donde está y siendo lo que es.

- No es cierto... Bueno, quizá .... una vez él me dijo algo parecido. Puede que sea verdad.

En aquel momento me inspiró lástima. E inmediatamente, sin percatarme siquiera de ello y deseando consolarla de algún modo, extendí la mano para tomar la suya. Pero la mano que se movió era de Myshtigo, y éste no había querido moverla. Yo lo quise.

De pronto tuve miedo. Y también él. Yo mismo podía percibirlo.

Hubo como un desdoblamiento de personalidad, como la visión ambigua de un borracho a quien todo parece darle vueltas, al sentir yo que él se sentía ocupado, con la vaga impresión de una presencia extraña en su mente.

Quise entonces huir, y al instante me hallé de nuevo junto a la roca, pero no sin antes ver caerse la flor de las manos de Ellen y oírla exclamar:

-¡ No me dejes!

«¡Al diablo con las pseudotelepatías! – pensé -. Algún día dejaré de creer que no son más que eso.»

Fui yo quien vio dos colores en aquella flor, colores para los que no tengo palabras...

Regresé al campamento. Lo atravesé y seguí andando. Llegué hasta el otro extremo de la cerca protectora Me senté otra vez en el suelo y encendí un cigarrillo. La noche era fría, oscura.

Al cabo de dos cigarrillos oí una voz a mis espaldas, pero no me moví.

-«En la Gran Morada y en la Morada del Fuego, en aquel Gran Día en que todos los días y años serán contados, que mi nombre me sea devuelto» -dijo.

-¡Bravo! - respondí con suavidad -. Una cita muy apropiada. Reconozco el Libro de los Muertos cuando lo oigo citar en vano.

- No lo he citado en vano, sino apropiadamente, como tú mismo has dicho.

-¡ Bravo otra vez!

- Si «en aquel Gran Día en que todos los días y años serán contados» llegaran a devolverte tu nombre, ¿qué nombre sería?

- No lo harán. Pienso llegar tarde. Y a fin de cuentas, ¿qué importa un nombre?

- Depende de qué nombre sea. Prueba «Karaghiosis».

-¿Por qué no te sientas donde te pueda ver? No me gusta tener gente de pie detrás de mí.

- De acuerdo -.. Ya está ¿Qué contestas?

-¿A qué?

-A lo de probar con «Karaghiosis».

-¿Por qué he de hacerlo?

- Porque tiene un significado. Al menos lo tuvo una vez.

- Karaghiosis es un personaje del antiguo teatro griego de sombras, algo así como nuestras marionetas. Una especie de bufón, vulgar y grosero.

- Era griego, y también sutil.

-¡ Ya lo creo! Y además cobarde y mugriento.

- Tenía mucho de héroe. Astuto. Algo tosco, pero con sentido del humor. No hubiera vacilado en demoler una pirámide. También era fuerte, cuando se lo proponía.

-¿Dónde está ahora?

- Me gustaría saberlo.

-¿Y por qué me lo preguntas a mí?

- Porque ése es el nombre que te dio Hasán la noche que luchaste contra el golem.

- Ah... Ya veo. Bueno, sólo era una interjección, un término genérico, una manera de llamarme tonto, una especie de mote.., Como si yo te llamara a ti «Pelirroja»... Y ahora que pienso en ello, me pregunto cómo te verá Myshtigo. Los veganos son ciegos para el color de tu pelo, ¿no lo sabías?

- No me importa cómo me vean los veganos. Aunque me interesaría saber cómo te ven a ti. Tengo entendido que Myshtigo posee un buen expediente tuyo, muy abultado según parece. Y que en él se te atribuye una edad de varios siglos.

- Una exageración, no hay duda. Pero tú eres la que pareces saber muchas cosas. ¿Es muy grueso tu expediente sobre Myshtigo?

- No demasiado... todavía.

- Tengo la impresión de que le odias como jamás has odiado a nadie. ¿Es cierto?

- Sí.

-¿Por qué?

- Es un vegano.

-¿Y bien?

- Odio a los veganos, eso es todo.

- No, hay algo más.

- Tienes razón. Eres muy fuerte, ¿lo sabes?

- Lo sé.

- De hecho, eres el ser humano más fuerte que conozco. Lo bastante fuerte como para romperle el cuello a un murciélago-araña y luego caer en la bahía del Pireo, nadar hasta la orilla y desayunar tranquilamente.

- Es curioso el ejemplo que has escogido.

- No tan curioso. ¿Lo hiciste?

-¿Por qué lo preguntas?

- Quiero saberlo, necesito saberlo.

- Lo siento.

-«Lo siento» no es respuesta suficiente. Di algo más.

- Ya lo he dicho todo.

- No, no lo has dicho. Necesitamos a Karaghiosis.

-¿Necesitamos? ¿Quiénes?

- La Radpol. Yo.

- Pero, ¿por qué?

- Hasán es casi tan viejo como el Tiempo. Karaghiosis aún lo es más. Hasán le conoció, le recordaba, te llamó «Karaghiosis». Tú eres Karaghiosis, el que antaño mató, el defensor de la Tierra... Y te necesitamos ahora. Mucho. Armagedón ha llegado... no con estrépito ni con trompetas, sino con un libro de notas. El vegano debe morir. No hay alternativa. Ayúdanos a acabar con él.

-¿Qué pretendéis de mí?

- Deja que Hasán lo destruya.

- No.

-¿Por qué no? ¿Qué representa para ti?

- Nada, de veras. En realidad, me resulta bastante antipático. Pero, ¿que representa él para ti?

- Nuestro destructor.

- Explícame por qué y cómo, y quizá mi respuesta sea más clara.

- No puedo.

-¿Por qué no puedes?

- Porque no lo sé.

- Entonces, buenas noches. Hemos terminado.

-¡ Espera! De veras que no lo sé... Pero la consigna nos ha venido de Taler, del enlace que la Radpol tiene allí. Debe morir. Su libro no es tal libro, ni él es quien dice ser, sino muchas otras cosas. No sé lo que esto significa, pero nuestros agentes nunca han mentido. Tú has vivido en Taler, Bakab y una docena de otros mundos. Eres Karaghiosis. Sabes bien que nuestros agentes no mienten, porque eres Karaghiosis y tú mismo creaste nuestra red de espías. Y ahora oyes sus

palabras y no haces caso de ellas. Te digo lo que dicen: que debe morir. Él representa el fin de todo aquello por lo que hemos luchado. Dicen que viene a inspeccionar el terreno, y no hemos de permitirlo. Ya conoces su código. ~ Dinero contra la Tierra. Nos quieren explotar más todavía. Hasta aquí han especificado nuestros informadores.

- Lo lamento. Me he comprometido a defenderle. Dame un<razón mejor y quizá te responda mejor. Además, Hasán trató de matarme.

- Sólo le dijeron que te impidiera actuar, que te incapacitara para que nosotros pudiéramos destruir al vegano.

- No me basta esa razón; no, no me basta. No admito nada Haced lo que os parezca. Olvidaré lo que me has dicho.

- No. Tienes que ayudarnos. ¿Qué es la vida de un vegano para Karaghiosis?

- No estoy dispuesto a hacerme cómplice de su destrucción sin una causa justa y especifica. Hasta ahora no me has dado ningún motivo válido.

- Eso es todo cuanto puedo decir.

- Entonces, buenas noches.

- No. Tú tienes dos perfiles. Visto del lado derecho, eres un semidiós; del izquierdo, un demonio. Uno de los dos nos ayudará, debe ayudarnos. No me importa cuál de los dos.

- No intentéis hacer daño al vegano. Ambos le protegeremos,

Continuamos allí sentados. Ella tomó uno de mis cigarrillo, y estuvimos así un rato, fumando.

- Odiarte... - dijo por fin -. Debería ser fácil, pero no lo consigo.

No contesté.

-T e he visto tantas veces, altivo y engreído dentro de tu uniforme, bebiendo el ron como el agua, seguro de ti mismo por algo que no compartes con nadie, arrogante en el despliegue de tu fuerza... Lucharías sin cuartel contra cualquier cosa que se moviera, ¿no es cierto?

- No contra hormigas rojas o abejorros.

-¿Acaso abrigas algún plan maestro que nosotros ignoramos? Dínoslo y te ayudaremos a llevarlo a cabo.

- La idea de que soy Karaghiosis es cosa tuya. Ya te he explicado por qué Hasán me dio ese nombre. Phil conoció a Karaghiosis y tú conoces a Phil. ¿Le has oído alguna vez hablar de esto?

- Bien sabes que no. Es tu amigo y no te traicionaría.

-¿Existe algún otro indicio de identidad, aparte de lo que me llamo Hasán?

- No hay ninguna descripción de Karaghiosis que permita identificarlo con exactitud. En eso hiciste un buen trabajo.

- Muy bien. Entonces vete y no me molestes más.

- No me rechaces. ¡ Por favor!

- Hasán intentó matarme.

- Sí. Debió de parecerle más fácil matarte que impedir simplemente que no estorbaras. Después de todo, él te conoce mejor que nosotros.

- En ese caso, ¿por qué me ha salvado hoy del boadilo, junto con Myshtigo?

- No lo sé.

- Entonces, ya me has oído. Déjame en paz.

- No. Te lo diré... Las azagayas eran lo único que tenía a mano. Aún no es lo bastante diestro con ellas. Su objetivo no era el boadilo.

-¡Oh!

- Pero tampoco te apuntaba a ti. El animal se movía y retorcía demasiado. Lo que pretendía era matar al vegano. Luego habría dicho que quería salvaros a ambos, que sólo disponía en aquel momento de los dardos y... que todo había sido un terrible accidente. Por desgracia, no hubo tal accidente. Falló.

-¿Por qué no dejó que el propio boadilo hiciera el trabajo?

- Porque tú ya le habías puesto las manos encima. Y temía que aún lograras tu propósito de salvar a Myshtigo. Tus manos le dan miedo.

- Bueno es saberlo. ¿Seguirá intentando lo mismo aunque yo me niegue a cooperar?

- Me temo que sí.

- Es muy lamentable, querida, porque no pienso permitirlo.

- No lograrás detenerle. Ni nosotros tampoco. Aunque seas Karaghiosis. y estés dolido, y aunque sienta por ti una compasión sin límites, ni tú ni yo podremos ya detener a Hasán. Es el Asesino. Jamás ha fracasado.

- Yo tampoco.

- Sí, tú has fallado. Has sido infiel a la Radpol y a la Tierra, a todo cuanto significa algo.

- Mujer, yo sé bien lo que me hago. Allá tú con tus intrigas. Haz lo que te parezca.

- No puedo.

-¿Y eso por qué?

- Si no lo sabes, entonces Karaghiosis es de veras un necio, un bufón, el personaje de un teatro de sombras.

- Un hombre llamado Thomas Carlyle escribió una vez algo sobre héroes y la admiración que despertaban. También él era un necio. Creía en la existencia de tales seres. El heroísmo es sólo cuestión de circunstancias y oportunidad.

-A veces entran en juego unos ideales.

-¿Qué es un ideal? El fantasma de un fantasma, nada más.

- No me digas estas cosas, te lo ruego.

- Debo decírtelas..., son la verdad.

- Mientes, Karaghiosis.

- No, no miento... En todo caso, si lo hago, es por una buena causa, jovencita.

- Tengo edad suficiente para ser abuela de cualquiera, menos de ti. ¡Así que no me llames «jovencita»! ¿Sabes que llevo una peluca?

- Sí.

-¿Sabes que una vez contraje una enfermedad vegana, y que por eso debo llevar peluca?

- No. Lo siento mucho. No lo sabía.

- De joven, hace ya mucho tiempo, trabajé en Vega en un lugar de recreo. Vendía mis encantos. Nunca olvidaré el resuello de aquellos horribles pulmones pegados a mi cuerpo, ni el contacto de su carne cadavérica. Los odio, Karaghiosis, de una manera que sólo alguien como tú puede comprender.. Alguien que ha odiado y sabe por sí mismo lo que es odiar de verdad.

- Lo lamento, Diane. Sinceramente, lamento que aún te duela ese recuerdo, pero todavía no estoy dispuesto a actuar. No me apremies.

- Eres Karaghiosis, ¿no es así?

- Sí.

- Entonces ya estoy satisfecha, en cierto modo.

- Pero no te engañes: el vegano vivirá.

- Ya veremos.

- Sí, ya veremos. Buenas noches.

- Buenas noches, Conrad.

Me levanté, dejándola allí, y regresé a mi tienda. Más tarde, avanzada la noche, vino a mí. Oí que algo crujía a la entrada de la tienda, luego sentí removerse las ropas de mi cama, y allí se tendió a mi lado. Y ahora, tras haberlo olvidado casi todo de ella -el rojo de su peluca y la pequeña «v» al revés entre sus ojos, la firmeza de sus mandíbulas, su hablar cortante, sus pequeños gestos característicos, su cuerpo ardiente como el corazón de una estrella, y su extraño concepto del hombre que una vez fui-, ahora sólo esto ha quedado impreso en mi memoria: que acudió a mí cuando la necesitaba, que su cuerpo era cálido, suave, y que vino a mí...

A la mañana siguiente, después de desayunar, quise buscar a Myshtigo, pero él me encontró primero. Yo había ido al río y hablaba con los hombres que debían encargarse del falucho.

- Conrad - me dijo con suavidad -, ¿puedo hablar con usted?

Asentí y señalé hacia una hondonada cercana.

- Marchemos en esa dirección. Ya he terminado aquí.

Caminamos juntos. Al cabo de un minuto, dijo:

- Como usted sin duda sabe, en mi mundo existen varios sistemas de disciplina mental, sistemas que en ocasiones favorecen el despertar de ciertas facultades extrasensoriales...

- Eso me habían dicho -respondí.

- La mayor parte de los veganos, antes o después, pasan por alguna experiencia de ese tipo. Algunos descubren en sí mismos una aptitud o sensibilidad especial. La mayoría no. Pero prácticamente todos nosotros llegamos a poseer un sentido de la presencia de tales fenómenos y sabemos reconocerlos cuando surgen.

-¿Sí?

- Personalmente, no me cuento entre los que poseen dones telepáticos especiales, pero sé que usted tiene esa clase de facultades, puesto que la noche pasada las utilizó conmigo. Lo sentí. Como se trata de algo sumamente raro entre los de su raza, no me lo esperaba y por ello no tomé ninguna precaución al respecto. Por otra parte, escogió usted el momento preciso, lo que le permitió leer en mi mente como en un libro abierto. ¿Qué aprendió de mí? Debo saberlo.

De modo que en todas esas visiones mías había algo extra-sensorial. Generalmente se reducían a una serie de percepciones inmediatas del sujeto, con algún que otro atisbo de los pensamientos o sensaciones que acompañaban a sus palabras... Y no siempre podía fiarme de su autenticidad. La pregunta de Myshtigo significaba que desconocía el alcance real de mis dones. Como por otro lado yo sabía que ciertos veganos eran capaces de penetrar hasta lo más hondo de la

mente ajena, y aun de leer en su subconsciente, decidí darme importancia para sonsacarle todo lo que pudiera.

-Estoy convencido de que lo que escribe no es un simple libro de viajes -le dije.

No me respondió.

- Desgraciadamente, no soy el único en saberlo – continué -, lo que quizá le haga correr algún peligro.

-¿Por qué? - preguntó con brusquedad.

- Podrían interpretarlo mal - sugerí.

-¿Quiénes? - dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

- Lo siento, no puedo decírselo.

- Necesito saberlo.

- Lo siento otra vez. Si desea dejar todo esto, le puedo facilitar el regreso a Port-au-Prince hoy mismo.

- No. Me es imposible. Tengo que seguir adelante. ¿Qué me aconseja usted que haga?

- Cuénteme algo más y quizá pueda sugerirle algo.

- No, sabe usted demasiado... Creo comprender ahora la verdadera razón de que esté aquí Donald Dos Santos –añadió rápidamente -. El es moderado. La rama activista de la Radpol debe haberse enterado de esto y, como usted dice, lo ha interpretado mal. Dos Santos sabe de qué peligro se trata. Quizá me convenga ir a verle...

- No - le interrumpí -, no creo que deba hacerlo. En realidad no cambiaría las cosas. ¿Qué podría usted decirle?

Tras una pausa, replicó:

-Si, ya veo por dónde va. También a mí se me ha ocurrido que tal vez no sea tan moderado como me imaginaba... Y en ese caso...

-¿Quiere volverse atrás? - dije.

- No puedo.

- Entonces, amigo azul, no tendrá más remedio que confiar en mi. Empiece por contarme algo más de este viaje de reconocimiento...

-¡Imposible! Ignoro cuánto sabe y cuánto no sabe, pero es obvio que está intentando sonsacarme más información, por eso creo que no debe de saber mucho. Lo que estoy haciendo es todavía confidencial.

- Sólo quiero protegerle – dije -, y por ello trato de averiguar todo lo que puedo.

- Entonces, proteja mi integridad física y déjeme con mis propios pensamientos y motivos. En el futuro mi mente estará herméticamente cerrada para usted, así que no pierda el tiempo en indagaciones.

Saqué una pistola automática y se la tendí.

- Le sugiero que lleve consigo esta arma durante el resto del viaje... para proteger sus motivos.

- Muy bien.

La tomó, y al instante la hizo desaparecer entre los ondulantes pliegues de su camisa.

¡Paf! ¡paf! ¡paf!, sonaba ésta al alejarse el vegano.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!, repetían al compás mis pensamientos.

- Estad preparados - dije a los hombres -, pronto nos iremos.

Mientras regresaba al campamento, por otro camino, me puse a analizar mis propios motivos. Un libro, sin más, no iba a ser capaz de hacer o deshacer la Tierra, la Radpol, el Retornismo. Ni siquiera lo había conseguido el de Phil, La llamada de la Tierra. Pero esto de Myshtigo parecía ser algo más que un simple libro. ¿Un estudio? ¿De qué clase? ¿Con qué fines? No le sabía, pero debía averiguarlo. Porque no podía permitirse que Myshtigo viviera si su trabajo tenía por meta nuestra destrucción... No obstante, tampoco podía yo permitir su muerte si los fines que perseguía eran lícitos o de alguna utilidad. Y podrían serlo.

Por tanto, alguien debía tomarse unas vacaciones hasta que estuviéramos seguros.

Pero me habían tirado de la correa, y no veía razón para resistir a ella. Seguí olfateando.

- Diane - la abordé junto a su vehículo, amparados ambos por la sombra de éste -, dices que representó algo para ti, como lo que soy de verdad, como Karaghiosis.

- Parece lógico, ¿no?

- Entonces escúchame. Creo que puedes equivocarte a propósito del vegano. Digo «puedes». No estoy seguro, pero si lo que afirmas sobre él no es cierto, sería un gran error matarle. Por esta razón, no puedo permitirlo. Demorad la ejecución de vuestros planes, sean los que fueren, hasta que lleguemos a Atenas. Una vez allí, pedid que os aclaren ese mensaje de la Radpol.

Me miró fijamente a los ojos, y por fin respondió:

- De acuerdo.

-¿Qué hay de Hasán?

- Sabe esperar.

- Siempre escoge por sí mismo el momento y el lugar, ¿no es así? Y sólo aguarda la oportunidad de asestar el golpe.

- Sí.

- Debéis decirle que se contenga hasta que sepamos con certeza a qué atenernos.

- Muy bien.

-¿Se lo diréis?

- Se lo diremos.

- Me basta con eso.

Giré sobre mis talones para irme.

- Y si el nuevo mensaje llega - añadió ella ~, y dice lo mismo que el anterior... ¿qué?

- Ya veremos contesté sin volverme.

La dejé allí junto a su «Skimmer», y yo regresé al mío. Más tarde, cuando el mensaje llegó diciendo lo que yo pensaba que diría, supe que tendría más problemas. Y ello porque había tomado ya mi decisión.

Mucho más lejos y al sureste de donde nos hallábamos, varias zonas de Madagascar aún ensordecían los contadores Geiger con sus quejidos radiactivos, tributo a la inteligencia de uno de los nuestros.

Hasán, de eso estaba seguro, era capaz de atravesar cualquier barrera sin que siquiera parpadeasen sus ojos amarillos, agostados por el sol y hechos a la muerte...

No sería fácil detenerlo.

Lo vi todo. Lejos, allá abajo.

Desolación y muerte, calor, aguas enlodadas, nuevas costas...

Volcanes en Chios, Samos, Ikaria, Naxos.

Halicarnaso devorada por las profundidades...

El extremo occidental de Kos visible otra vez, pero, ¿de qué me servía?

... Muerte, calor, aguas enlodadas.

Nuevas costas...

Para contemplar esta escena, había desviado la ruta de todo el convoy. Myshtigo tomó notas, y también fotos.

Lorel dijo:

- Sigue adelante con la expedición. Los daños materiales no han sido excesivos, pues el Mediterráneo aparece lleno sobre todo de chatarra y basuras. En cuanto a las lesiones humanas, o han sido mortales o ya están siendo atendidas. Así que no te detengas.

Volé a ras de tierra sobre lo que quedaba de Kos. . , la parte occidental de la isla. Un paisaje inhóspito y volcánico. Cráteres recientes, todavía humeantes, alternaban con las también recientes franjas de mar que invadían el territorio, cruzándolo en todas direcciones. Astypalaia, la antigua capital, estuvo una vez allí. Tucídides nos cuenta que fue destruida por un terremoto. Me gustaría que hubiera visto éste. Mi ciudad de Kos, al norte de la isla, fue un lugar habitado ya desde el año 366 a. de C. Todo había desaparecido, salvo la humedad y el calor. Ningún superviviente... Y el plátano de Hipócrates, la mezquita de la Logia, el castillo de los Caballeros de Rodas, las fuentes, mi casa.. mi mujer..., todo lo habían barrido las aguas o tragado las simas. No lo sé. No sé si esos lugares entrañables corrieron la misma suerte de Teócrito, que tantos años atrás hizo lo posible por inmortalizarlos. Ya no estaban. Se habían ido. Lejos. Inmortales y a la vez muertos para mí. Más al este, algunos picos de aquella cordillera que antes interrumpía la llanura septentrional se asomaban aún entre las aguas. Allí estaba el enorme picacho de Díkaios o Cristo el Justo, que hasta hacia poco dominaba majestuosamente las aldeas de la vertiente norte. Ahora sólo era un minúsculo islote. Nadie había podido salvarse alcanzando a tiempo su cima.

Debió de ser así, hace muchísimos años, cuando el mar de mi patria, reprimido en sus afanes de expansión por la península de Calcídica, se enfureció e invadió la tierra. Cuando las encrespadas aguas de nuestro mar interior se abrieron impetuosamente paso por las gargantas de Tempe, su frenesí dejó huellas eternas en las faldas mismas del Olimpo, pese a ser la morada de los dioses. Sólo quedaron con vida el señor y la señora Deucalión, flotando junto a los divinos parajes para poder perpetuar el mito entre sus descendientes.

--Ahí vivió usted - dijo Myshtigo.

Asentí con la cabeza.

- Sin embargo, tengo entendido que nació en la aldea de Makrynitsa, en las colinas de Tesalia. ¿No es así?

- Sí.

-¿Pero hizo de esta tierra su hogar?

--Por algún tiempo.

-«Hogar» es un concepto universal – añadió -. Aprecio su actitud.

- Gracias.

Seguí mirando hacia abajo, sintiéndome sucesivamente dolido, enfermo, furioso..., y después nada.

Tras una ausencia, Atenas vuelve a mí con súbita familiaridad, siempre fresca, a menudo renovadora, a veces incitante. En cierta ocasión Phil me leyó las líneas de uno de los último5 grandes poetas griegos, Georgios Seferis, asegurándome que éste aludía a mi amada Grecia al decir: «... Un país que no es ya nuestro país, ni tampoco el vuestro». Y ello por culpa de los veganos. Al hacerle ver que en vida de Seferis no había todavía veganos, Phil me replicó que la poesía es independiente del tiempo y el espacio, y que significa lo que el lector quiere que signifique. Aunque, desde luego, nunca he creído que una licencia literaria sirviera para viajar por el tiempo, tenía otras muchas razones para no estar de acuerdo con el poeta, o al menos con el carácter general de su afirmación.

Grecia es, en verdad, nuestro país. Godos, hunos, búlgaros, servios, francos, turcos, y ahora los veganos, jamás consiguieron arrendarla de nosotros. Su pueblo, como yo mismo, aún vive. Atenas y yo hemos cambiado un poco, es cierto. Pero el suelo griego sigue siendo el suelo griego, y para mí no cambia. Trata de arrebatármelo, quienquiera que seas, y mis cleftas batirán hasta la última de las colinas, como los viejos vengadores ctonios. Tú pasarás, pero las montañas de Grecia quedarán, firmes e inmutables, con su olor a cabra y huesos quemados, con su mezcla de sangre y vino, su dejo de almendras perfumadas, su viento frío por las noches, y cielos tan azules y claros de día como los ojos de un dios. Tócalas, si te atreves!

Por eso mi espíritu se renueva cada vez que vuelvo. Y ahora que soy un hombre con muchos años tras de mí, la Tierra entera me infunde el mismo sentimiento. Por eso también luché, maté, puse bombas y hasta empleé toda clase de subterfugios lega. les, sin más arma que los libros, para impedir que la Tierra fuese comprada por los veganos, parcela a parcela, al gobierno in absentia, allí en Taler. Éste es el motivo por el que cambio de nombre y me introduje en el seno del Cuerpo Oficial que rige los destinos de nuestro planeta,.., y en el Departamento de Artes, Monumentos y Archivos en particular. Desde aquí p<> día combatir por lo que aún quedaba, en espera de nuevos acontecimientos.

La «vendetta» de la Radpol asustó en su día a los expatriados tanto como a los veganos. No se daban cuenta de que los descendientes de aquellos que habían vivido los sucesos de los Tres Días nunca cederían de buen grado sus mejores zonas costeras para crear en ellas centros veganos de turismo, ni permitirían que sus hijos e hijas trabajasen en tales centros; tampoco estaban dispuestos a guiar a los veganos por entre las ruinas de sus ciudades, indicándoles lo más interesante

para que ellos se solazaran. Por esto precisamente, la mayoría de los miembros del Departamento consideraba su trabajo como un servicio extranjero.

Desde aquí lanzamos la llamada del retorno a los jóvenes terrestres de nuestras colonias en Marte y Titán, pero no hubo retorno. La molicie se había apoderado de ellos, carentes ya de voluntad y débiles a fuerza de absorber como sanguijuelas una cultura extraña, que empero tenía sus cimientos en la nuestra. Habían perdido su identidad. Nos abandonaron.

Con todo, ellos eran el Gobierno Terrestre de jure, es decir, legalmente elegido por la mayoría ausente; y quizá lo fueran también de lacto, si la situación llegara a normalizarse. Sí, probablemente... Por eso yo esperaba no vivir para verlo.

Durante más de medio siglo nuestras relaciones mutuas se mantuvieron en punto muerto: ni se crearon nuevos centros veganos, ni hubo violencia por parte de la Radpol. Tampoco se habló del Retorno. Pero pronto iban a surgir nuevas complicaciones. Flotaba en el ambiente... En especial si Myshtigo había venido realmente a espiarnos.

Regresé, pues, a Atenas en un día gris, mientras una llovizna fría y monótona caía sobre la ciudad: una Atenas zarandeada y apenas repuesta de los recientes trastornos. Llegué allí con un interrogante en el alma y numerosas cicatrices en el cuerpo, pero renovado por dentro. El Museo Nacional aún permanecía en pie, entre Tossitsa y Vasileos Irakliou; la Acrópolis, en cambio, estaba más derruida de lo que yo podía recordar; el Hotel «Garden Altar» -antiguo Palacio Real-, ubicado en el ángulo noroeste de los Jardines Nacionales, más allá de Síndagma, acusaba los efectos de las sacudidas, pero seguía en pie y abierto a la clientela.

Entramos en él y nos inscribieron en el registro.

Como Comisario de Artes, Monumentos y Archivos, fui objeto de un trato especial, y por ello tuve derecho a «La Suite»: el número 19.

Su aspecto no era exactamente el de la última vez que la ocupé. Estaba limpia y bonitamente decorada.

En la puerta, una pequeña placa de metal anunciaba: Esta suite fue cuartel general de Konstantin Karaghiosis durante la fundación de la Radpol y gran parte de la Rebelión Retornista.

Dentro, en otra placa colocada sobre la armadura de la cama, podía leerse: En esta cama durmió Konstantin Karaghiosis.

Y en Ja pared frontal de la larga y estrecha cámara delantera, descubrí otra: La mancha que puede verse en esta pared fue causada por una botella de bebida, al arrojarla Konstantin Karaghiosis a través de la habitación para celebrar el éxito de la operación de Madagascar.

Creedlo, si os parece.

Konstantin Karaghiosis se sentó en esta silla, rezaba otra inscripción.

A decir verdad, me dio miedo entrar en el cuarto de baño.

Más tarde, aquella misma noche, mientras me paseaba por las húmedas calles de la ciudad, medio desierta y salpicada de escombros, mis viejos recuerdos se mezclaron con los pensamientos presentes como dos ríos que confluyen. Dejé a los demás durmiendo en sus aposentos, descendí los peldaños de la amplia escalinata exterior, y me detuve a leer una de las inscripciones de la oración fúnebre de Pendes -«La Tierra entera es tumba de grandes hombres»- al lado del monumento al Soldado Desconocido; por un instante contemplé con interés los robustos miembros de aquel guerrero arcaico, tendido allí con todas sus armas sobre el túmulo, todo mármol y bajorrelieves, pero en cierto modo aún caliente, porque la noche sienta bien a Atenas.. Luego proseguí mi camino, subiendo por Leoforos Amalias.

La cena había sido excelente: ouzo, giuvetsi, Kokkineli, yaourti, Aletaxá, café negro en abundancia, y Phil discutiendo con George sobre la evolución.

-¿No ves la convergencia de vida y mito que se da aquí mismo, en los últimos días de este planeta?

-¿Qué quieres decir? -preguntó George, rebañando un plato de narantzi y ajustándose las gafas para ver mejor.

-Quiero decir que, cuando la humanidad emergió de las tinieblas, trajo consigo todo un arsenal de leyendas, mitos y recuerdos fabulosos. Ahora estamos hundiéndonos de nuevo en esas mismas tinieblas. La Fuerza Vital se hace cada vez más escasa e inestable, y poco a poco volvemos a aquellas formas primitivas que durante tanto tiempo sólo existieron como vagas reminiscencias raciales...

-Tonterías, Phil. ¿Fuerza Vital? ¿A qué siglo perteneces? Hablas como si toda vida no fuera más que una única entidad sensible.

-Lo es.

Demuéstralo, por favor.

-En tu museo figuran los esqueletos de tres sátiros, y fotografías de ejemplares vivos. Proceden de las montañas de este país. También se han visto aquí centauros... y se habla de flores-vampiros, y de caballos con alas rudimentarias. No hay mar que no esté poblado de serpientes monstruosas. Murciélagos-araña de importación surcan nuestros cielos. Incluso existen declaraciones juradas de personas que han visto a la Bestia Negra de Tesalia, ese monstruo devorador de hombres con huesos y todo... Y así toda clase de leyendas empiezan a tomar vida.

George suspiró impaciente.

- Lo que acabas de decir sólo prueba que en la infinidad del universo existe la posibilidad de que brote cualquier forma o tipo de vida, dados unos factores determinantes y cierta permanencia del entorno adecuado. En los casos que has puesto como ejemplo y que aluden a formas propias de la Tierra, se trata de

mutaciones, nuevos seres que han ido surgiendo por todo el mundo junto a los Lugares Calientes. Uno de estos lugares se encuentra precisamente en las montañas de Tesalia. Si de pronto la Bestia Negra echara abajo esa puerta de una embestida y apareciera aquí mismo con un sátiro a caballo sobre sus lomos, ello no alteraría mi opinión, ni probaría la tuya.

En aquel momento yo miraba hacia la entrada, no con la esperanza de ver aparecer la Bestia Negra, sino algún hombrecillo de aspecto anodino que pasara furtivamente por allí, tropezara y siguiera luego su camino, o un camarero que le trajese a Diane alguna bebida con una nota disimulada bajo la servilleta.

Pero nada de esto sucedió.

Cuando caminaba por Leoforos Amalias, pasando junto a la Puerta de Adriano y el Olimpieion, ignoraba cuál sería la consigna. Diane se había puesto en contacto con la Radpol, pero la respuesta tardaba en llegar. Dentro de otras treinta y seis horas volaríamos de Atenas a Lamia, y desde allí continuaríamos nuestra ruta a pie, atravesando bosques de nuevos y extraños árboles con hojas alargadas de color rojo pálido y nervios sanguinolentos, ramas colgantes como parras, branquias en la copa y raíces intrincadas a cuya sombra germina la strige fleur; luego seguiríamos por planicies borrachas de sol, senderos tortuosos sólo transitados por cabras, escarpados peñascales y barrancos profundos con restos de monasterios. Era una locura, pero nuevamente Myshtigo lo había querido así. Sólo porque yo nací en esta comarca, se sentía a salvo. Traté de advertirle del peligro, hablándole de los animales salvajes que infestaban el lugar, y de los curetes, tribus caníbales que también merodeaban por allí. En vano. Quería emular a Pausanias y recorrerlo todo a pie. ¡Muy bien!, decidí entonces, si la Radpol no lo despachaba, la fauna local se encargaría de hacerlo.

Con todo, para estar seguro, acudí previamente a la oficina de Correos más cercana, solicité y obtuve del Gobierno un permiso oficial de matar en duelo y pagué el correspondiente impuesto. Más vale tener las espaldas bien cubiertas en casos como éste, en especial si uno es un Comisario y todo lo demás...

Si tenía que matar a Hasán, lo mataría legalmente.

Hasta mis oídos llegó el sonido de un bouzouki, procedente de un cafetucho abierto al otro lado de la calle. En parte porque me apetecía, y en parte porque tenía la sensación de que alguien venía siguiéndome, crucé la avenida y entré en el local. Me dirigí hacia una pequeña mesa situada estratégicamente, allí podía sentarme con la espalda pegada a la pared y vigilar al mismo tiempo la puerta. Pedí un café turco y un paquete de cigarrillos, y me puse a escuchar aquellas canciones que hablaban de muertes, exilios, catástrofes y la eterna infidelidad de hombres y mujeres.

Visto por dentro, el local era aún más exiguo de lo que parecía desde la calle. Techo bajo, suelo sucio, ambiente opaco. La cantante era una mujer rechoncha, vestida de amarillo y exageradamente maquillada; sus melodías alternaban con el tintineo de los vasos. Una constante lluvia de polvo contaminaba el aire, ya de por sí

poco respirable, y el serrín esparcido por el piso estaba húmedo. Mi mesa se hallaba próxima a uno de los extremos del bar. Había como una docena más de personas desparramadas por el establecimiento: tres chicas de ojos soñolientos se tomaban una copa en la barra junto a un tipo tocado con un fez mugriento, mientras otro, un poco más lejos, roncaba con la cabeza apoyada en un brazo; sentados a una mesa opuesta diagonalmente a la mía, cuatro hombres reían con estrépito; y algunos más, solitarios, escuchaban y miraban distraídos a su alrededor, esperando quizás, o ni siquiera eso, que algo o alguien viniera a romper aquella monotonía.

Pero todo siguió igual. Apuré, pues, mi tercera taza de café, pagué la cuenta al grueso y bigotudo patrón, y salí.

Fuera, la temperatura parecía haber descendido unos cuantos grados. La calle estaba desierta y completamente oscura. Tomé a la derecha por Leoforos Dionisiou Areopagitou, y proseguí mi marcha hasta llegar a la destartalada cerca que corre a todo lo largo de la pendiente sur de la Acrópolis.

Oí pasos a cierta distancia detrás de mí, en la esquina. Me quedé quieto medio minuto, pero todo era silencio y sombras. Encogiéndome de hombros, crucé la entrada y caminé hacia el témenos de Dionisios Eleutherios. Del templo mismo, no quedan más que los cimientos. Pasé de largo y me dirigí al Teatro.

Phil, dialogando con George, había insinuado que la historia se mueve en grandes ciclos, como las agujas de un gigantesco reloj que discurren por los mismos números día tras día.

- La biología histórica demuestra que estás en un error - le dijo George.

- No hay que interpretar mi afirmación literalmente - replicó Phil.

- Entonces debemos ponernos de acuerdo en el lenguaje que hablamos, antes de seguir la conversación.

Mysthigo se río.

Ellen dio a Dos Santos un golpecito en el brazo y le preguntó algo acerca de los pobres caballos que montaban los picadores. ~l se encogió de hombros, sirvió a su compañera otro vaso de Kokkineli y acabó el suyo propio.

- Forma parte de la fiesta - respondió.

Y el mensaje no llegaba. Aquel mensaje...

Continué mi camino entre los destrozos que el tiempo hace de la grandeza. Un pájaro asustado chilló a mi derecha y remontó bruscamente el vuelo, para perderse en la noche. Seguí andando, internándome por las ruinas del viejo Teatro, descendiendo por sus graderíos en la oscuridad...

Las estúpidas placas que decoraban mi suite no divirtieron a Diane tanto como yo pensaba.

- Están bien donde están. ¡ Claro que había que ponerlas!

-¡ Ja!

- En otros tiempos habrían colocado cabezas de animales muertos por ti. O los escudos de tus enemigos derrotados. Ahora somos gente civilizada. Se hace de esta otra manera.

-¡Ja! - exclamé otra vez, y cambié la conversación ~. ¿Hay algo nuevo sobre el vegano?

- No.

- Quieres su cabeza, ¿no?

- Yo no estoy civilizada... Dime, ¿fue Phil siempre tan ridículo como ahora? ¿También en sus años jóvenes?

- No, no lo fue. Y tampoco lo es ahora. Su desgracia está en haber sido un talento a medio camino. Actual mente se le considera el último de los poetas románticos, y se ha agotado Lleva su misticismo hasta el absurdo porque, como WordswortI ha vivido más que su época. Ahora se obstina en tergiversa un glorioso pasado. Como Byron, él también cruzó una vez nado el Helesponto, pero ahora, y en esto se parece más Keats, sólo está realmente a gusto en compañía de esas damiselas a quienes puede dar la lata con su filosofía o, en ocasiones, deleitar con alguna antigua anécdota bien contada. Se ha hecho viejo. A veces sus escritos despiden todavía destellos de su fuerza poética de antaño, pero su estilo no se encerraba únicamente en los escritos.

-¿Qué quieres decir?

- Por ejemplo, recuerdo un día nublado en que, de pie en el Teatro de Dionisio, leía un himno compuesto por él y dedicado a Pan. Había un público de doscientas o trescientas personas, y sólo los dioses saben por qué se les había ocurrido ir allí. El caso es que Phil empezó a leer. Su griego no era todavía muy bueno, pero el tono de su voz impresionaba realmente y todos sus gestos parecían imbuidos de algún carisma misterioso. A poco comenzó a lloviznar, pero nadie se movió. Hacia el final se produjo una repentina tronada, que sonó espantosamente como una risa y la muchedumbre se estremeció. No me atrevo a decir que fuera así en los días de Tespis, pero muchas de aquellas personas aún miraban atrás, por encima de sus hombros, al abandonar el teatro. Yo también quedé muy impresionado. Luego, pasados ya varios días volví a leer el poema... ¡No valía nada! unos cuantos versos manidos y ramplones. Lo importan te era la forma en que los leyó. Con su juventud se le fue esa parte de su pujanza creadora y lo que aun quedaba en él de lo que podría llamarse arte no basto para hacerle grande, para mantener viva su leyenda personal. El se resiente de esto, y por ello se consuela con su abstrusa Filosofía. Pero, volviendo a tu pregunta, te diré que no siempre fue ¡lo que ahora ves.

- Puede que parte de su filosofía hasta sea verdad.

-¿A qué te refieres?

-A los Grandes Ciclos. La era de las bestias fabulosas está aquí de nuevo, entre nosotros. Y también la d~ los héroes y semidioses.

--Hasta ahora yo sólo me he topado con las bestias.

-«En esta cama durmió Karaghiosis», dice aquí. Parece confortable.

- Lo es. ¿Quieres probar?

- Sí. ¿Con la placa ahí?

- Si no te importa...

Llegué hasta el proscenio. Los bajorrelieves comenzaban en las guardas y evocaban escenas de la vida de Dionisio. Todo guía y miembro (le un grupo de turistas debe, según una ordenanza promulgada por mí, «llevar consigo no menos de tres bengalas de magnesio cuando viaja». Encendí, pues, una de las mías y la eché al suelo. Nadie vería el resplandor desde abajo, porque SC lo impedían tanto la inclinación de la colina como el parapeto que la rodeaba.

Mis ojos no se dejaron atraer por el punto brillante de luz, sino por las figuras plateadas que cobraban vida más arriba. Allí estaba Hermes, presentando el divino infante a Zeus, mientras los coribantes ejecutaban sus grotescas danzas pírricas a ambos lados del trono. También estaba Icaro, a quien Dionisio había enseñado a cultivar la vid, preparándose a sacrificar un macho cabrío mientras su hija ofrecía unos pastelillos al dios (que allí al lado conversaba acerca de ella con un sátiro); y el ebrio Sileno, tratando de sostener los cielos como Atlas, aunque con menos éxito; y todos los demás dioses de las ciudades, que se habían dado cita en este Teatro; e igualmente vi a Hestia, Teseo, Eirene con el cuerno de la abundancia...

- Estás quemando una ofrenda a los dioses - sonó una voz junto a mí.

No me volví. Venía de atrás, a mi derecha, pero no me volví porque reconocí la voz.

- Tal vez - repuse.

- Hace mucho tiempo que no has pisado esta tierra, tu Grecia.

- Así es.

- Quizá porque no ha habido una inmortal Penélope que confiara en el retorno de su kallikanzaros, y le esperara tejiendo, paciente como las montañas.

-¿Te has convertido últimamente en el agorero local?

Percibí a mis espaldas una risa ahogada.

- Guardo las ovejas multípodas en los altos parajes, donde los dedos de Aurora vienen, antes que en ninguna otra parte, a sembrar el cielo de rosas.

- Sí, no hay duda de que eres narrador de fábulas. ¿Por que no está', ahora en esas altas colinas, corrompiendo a la juventud con tus cantos?

- Por culpa de unos sueños.

-¿De veras?

Me volví y contemplé el viejo rostro a la agonizante luz de la bengala, aquellas arrugas tan negras, como redes de pescado, redes perdidas en el fondo del mar; su barba tan blanca como la nieve, que el viento empuja desde las cumbres de los montes; y sus ojos azules, haciendo juego con el color del pañuelo anudado a sus sienes. No se apoyaba en su báculo más de lo que un guerrero se apoya en su lanza. Yo sabía que su edad excedía el siglo, y que no conocía los tratamientos S-S.

- Hace poco soñé que me hallaba en medio de un negro y lóbrego templo - me dijo -, y el Gran Hades vino a mi lado, me tomó por la muñeca y me pidió que me fuera con él. Pero yo dije «¡no!», y me desperté. Este sueño me ha preocupado.

-¿Qué comiste aquella noche? ¿Fresas del Lugar Caliente?

-No te rías, por favor. Luego, otra noche, Soñé que me encontraba en un país de arena y tinieblas. La fuerza de los antiguos atletas me imbuía, y luché con Anteo, hijo de la Tierra, destruyéndolo. Entonces el Gran Hades se acercó de nuevo a mí y, tomándome del brazo, me dijo: «Ven conmigo ahora». Una vez más me negué, y volví a despertarme. La Tierra temblaba.

-¿Es eso todo?

- No. Más recientemente, y de día, mientras vigilaba mi rebaño a la sombra de un árbol, tuve otro sueño estando despierto. Al igual que Febo, medí mis fuerzas contra el monstruo Pitón y salí medio muerto del combate. En esta ocasión no apareció el Gran Hades, pero al volverme vi allí a Hermes, su lacayo, sonriendo y apuntándome con su caduceo como si se tratara de un rifle. Agité la cabeza y él bajó su vara. Luego la elevó otra vez con un gesto, y miré en la dirección que me indicaba. Ante mí se extendía Atenas... Este lugar, este Teatro, tú mismo... Y aquí estaban sentadas las tres Ancianas. La que reparte a cada uno el hilo de la vida parecía disgustada, porque había arrollado el tuyo en el horizonte y no se veían los extremos. Pero la tejedora lo dividió en dos hebras muy finas. Una de ellas retrocedía cruzando los mares y se perdía nuevamente de vista. La otra se dirigía a las montañas. En la primera montaña, de pie en la cumbre, vi al Hombre Muerto, que tomó tu hilo en sus manos blancas, cadavéricas... Más allá, en la colina próxima, el hilo se posó sobre una roca al rojo vivo. Y al otro lado de la roca, en la tercera montaña, surgió la Bestia Negra, que se abalanzó con fiereza sobre él y lo laceró con sus dientes. A todo lo largo del hilo, vi también a un extraño guerrero que se acercaba de vez en cuando a él con pasos furtivos. Sus ojos despedían un fulgor amarillo, como la hoja desnuda de su espada. Varias veces la levantó amenazadora para cortar la fibra de tu vida. Por eso he bajado a Atenas y be venido a buscarte aquí mismo, en este lugar, para decirte que cruces de nuevo los mares, y advertirte que no subas a las montañas donde te aguarda la muerte. Porque desde el momento mismo en que Hermes alzó su vara, supe que los sueños no iban destinados

a mí, sino a ti, padre mío, y supe también que debía venir a tu encuentro y avisarte del peligro. Vete de aquí ahora, cuando aún estás a tiempo. Por favor, padre, vuelve atrás.

Poniéndole la mano en el hombro, lo así con fuerza y respondí:

- Jasón, hijo mío, no regresaré. Asumo toda la responsabilidad de mis actos, para bien o para mal..., incluida mi propia muerte, si así lo ha decidido el destino. Debo ir a las montañas esta vez, allá arriba, junto al Lugar Caliente. Gracias por tu aviso. En nuestra familia siempre se dieron bien los sueños, aunque a menudo han sido engañosos. Yo también suelo soñar: sueños en los que veo por los ojos de otras personas... A veces con claridad, a veces no tan claro. Gracias por tu consejo. Lamento no poder seguirlo.

- Entonces, me volveré con mis rebaños.

- Ven conmigo al hotel. Desde allí podrás volar con nosotros hasta Lamia.

- No. Yo no duermo en grandes edificios, ni vuelo.

- En tal caso, quizá debieras ya ponerte en marcha. Pero me acomodaré a lo que desees. Podemos acampar aquí esta noche. Ya sabes que soy Comisario de este monumento.

- He oído que vuelves a ser importante en las altas esferas del Gobierno. ¿Habrá más matanzas?

- Espero que no.

Encontrarnos un sitio llano y extendimos su capa para sentarnos.

-¿Cómo interpretas tú los sueños? - le pregunté.

- Tus dones nos llegan con cada estación. Pero, ¿cuándo visitastes esos parajes por última vez?

- Hace unos diecinueve años - contesté.

- Entonces, ¿no sabes nada del Hombre Muerto?

- No.

- Es mayor. Quiero decir, más alto y más corpulento que la mayoría de los hombres, con dientes de animal salvaje y la carne de color blancuzco, como el vientre de un pez. Empezó a dar que hablar hace unos quince años. Sólo sale de noche. Bebe sangre. Ríe con risa de niño cuando vaga por los campos en busca de sangre... De personas o animales, no importa. Muy entrada la noche, se asoma desde fuera a las ventanas de las casas y contempla a los durmientes con sonrisa Siniestra. Quema las iglesias y hace que se corte la leche. Malogra los partos por el pánico que provoca en las mujeres preñadas. De día, dicen que duerme en un ataúd, custodiado por los curetes.

- Suena tan terrible como un kallikanzaros.

- Existe realmente, padre. Tiempo atrás, algo causaba la muerte de mis ovejas. Quienquiera que fuese las había devorado en parte y vaciado de casi toda su sangre Me construí entonces un escondite v lo disimulé con ramas. Aquella noche permanecí al acecho. Tras largas horas de espera, surgió, por fin. El terror me paralizó, y ni siquiera fui capaz de colocar una piedra en mi honda, porque era como lo he descrito: grande, incluso más grande que tú, y robusto, y tenía el color de un cadáver recién desenterrado. Rompió el cuello de una oveja con sus manos y se bebió la sangre que manaba de su garganta. Lloré al verlo, pero no hice nada. Al día siguiente trasladé el rebaño a otro lugar, y ya no se repitió el suceso. Aún utilizo esta historia para asustar a mis biznietos - tus tataranietos cuando no se portan bien. Pero el Hombre Muerto sigue ahí esperando, en las montañas.

- Si tú dices que lo viste, debe de ser cierto. Y también sabemos que suceden cosas extrañas en los Lugares Calientes.

-Donde Prometeo derramó en demasía el fuego de la creación.

-No, Donde algún degenerado arrojó una bomba de cobalto, y niños y niñas de ojos claros gritaron «Eloi» al perecer bajo la lluvia radiactiva. ¿Qué me dices de la Bestia Negra?

- También existe, estoy seguro. Aunque nunca la he visto. Dicen que tiene el tamaño de un elefante, pero se mueve con rapidez. Y también se alimenta de carne. Vaga por las llanuras. Tal vez ella y el Hombre Muerto se encuentren algún día y se destruyan mutuamente.

- En general no ocurre así, pero me gusta la idea. ¿Es eso todo lo que sabes de la Bestia Negra?

- Sí. No conozco a nadie que haya podido más que vislumbrarla.

- Bueno, yo me conformaré con menos.

- También he de hablarte de Bortán.

-¿Bortán? Ese nombre me suena.

- Tu perro. De niño solía montarme en sus lomos y golpear sus blindados flancos con mis piernas. Él gruñía y me mordía el pie, pero cariñosamente.

- Mi Bortán lleva muerto tanto tiempo que ni siquiera sería capaz de roer sus propios huesos si llegara a desenterrarlos en una nueva encarnación.

- También yo lo creía así. Pero dos días después de tu partida, cuando nos hiciste la última visita, irrumpió inesperadamente en nuestra cabaña. Al parecer había seguido tu rastro por media Grecia.

-¿Estás seguro de que era Bortán?

-¿Acaso hubo jamás algún otro perro del tamaño de un potro, con blindaje en sus costados y fauces como una trampa para osos?

--No, no lo creo. Quizá por eso se haya extinguido la especie. Los perros necesitan algún tipo de blindaje si han de convivir con los hombres, y por desgracia no lo desarrollaron a tiempo. Si aún vive, Bortán es probablemente el último peno que queda en la Tierra. El y yo nos criamos juntos, ¿sabes? Hace muchísimo tiempo. Tanto que me duele recordarlo. El día que desapareció, mientras íbamos de caza, pensé que había sufrido un accidente. Lo busqué, y por fin decidí que debía haber muerto. En aquel entonces era ya increíblemente viejo.

- Pude que sólo estuviera herido, v así ha llevado una vida errante... durante años. Pero en aquella ocasión era el. que había seguido tus huellas. Al ver que te habías ido aulló y reemprendió, la búsqueda. Desde entonces no sabemos nada de el aunque a veces, por la noche, todavía oigo sus aullidos lastimeros cuando te llama por las colinas...

- El mentecato debería saber que no hay nada en la Tierra que valga la pena hasta ese punto.

- Los perros fueron seres extraños.

- Sí.

El viento de la noche, húmedo y frío como el paso de los años, azotó mis ojos.

Cansados, se cerraron.

Pletórica de leyendas y preñada de amenazas: así es Grecia. La mayoría de las zonas de continente cercanas a los Lugares Calientes son históricamente peligrosas. Por eso, aun cuando en teoría el Departamento administra la totalidad de la Tierra, de hecho sus actividades tienden a concentrarse en las islas. Los funcionarios destinados a gran parte de los territorios continentales podrían compararse a agentes fiscales de ciertas zonas rurales o montañosas en el siglo veinte. Son buena presa en todas las estaciones. Las islas sufrieron menos daño que el resto del mundo durante los Tres Días, y por esta razón, cuando los taleritas decidieron que podía instalarse una administración en nuestro planeta, las escogieron como lugares más idóneos para servir de cabezas de distrito. Históricamente, los habitantes del continente siempre se opusieron a esta política. Pero en las regiones próximas a los Lugares Calientes los nativos no siempre son del todo humanos. A la natural antipatía histórica viene, pues, a añadirse un género anormal de vida. Por eso digo que Grecia abunda en peligros.

Podíamos haber subido a Volos bordeando la costa, o volado directamente allí; o a cualquier otro sitio, por lo que hace al caso. Pero Myshtigo se empeñó en recorrer el camino a pie desde Lamia, para disfrutar plenamente de los exóticos y legendarios paisajes de la región. Por este motivo dejamos los aeromóviles en Lamia, y desde allí emprendimos la marcha a pie hacia Volos.

Por eso también nos topamos con la leyenda.

En Atenas dije adiós a Jasón, que decidió embarcarse y bordear la costa. Lo prudente.

Phil insistió en darse la caminata, en vez de volar por su cuenta y encontrarse con nosotros más adelante. ¡Buena idea la suya!

La ruta hacia Volos discurre entre espesuras y claros, por lo que respecta a la vegetación. Atraviesa enormes desfiladeros rocosos, algún que otro villorrio de chozas apiñadas, campos de amapolas; vadea riachuelos, serpentea por las montañas, evitándolas unas veces y cruzándolas otras, y se ensancha o estrecha sin causa aparente.

Era todavía temprano. El cielo se asemejaba a un espejo azul, porque la luz del sol parecía venir de todas partes al mismo tiempo. En los puntos de sombra, restos de la humedad nocturna se apreciaban aún en la hierba y en las hojas bajas de los árboles.

En uno de los claros próximos al camino encontramos a nuestro primer semicongénere.

El sitio no carecía de interés. Allá por los Antiguos Días - los muy antiguos- debió de ser alguna especie de santuario. Yo solía frecuentarlo en mi juventud, porque me sentía a gusto en el ambiente de.., supongo que ahora lo llamarían «paz», que allí se respiraba. En alguna ocasión me había ya topado con esas semipersonas, o no-personas, de las que tanto se habla. Más a menudo soñaba, siempre sueños felices... También encontraba trozos de antigua cerámica, cabezas de estatuas o cosas así, que luego vendía en Lamia o Atenas

No hay sendero alguno que lleve a ese lugar. Es preciso conocerlo de antemano. Yo no les habría guiado hasta allí de no ser porque Phil estaba con nosotros. Sabía su predilección por todo cuanto huele a misterioso, santuarios recónditos, significados esotéricos, visiones fugaces de un pasado remoto, etcétera.

A poco más de medio kilómetro del camino, desviándonos de él y atravesando un pequeño bosque - mezcla orgullosa y desordenada de verde y sombra, piedras milenarias esparcidas al azar -, nos hallamos de pronto ante una brusca pendiente bloqueada en su parte inferior por un espeso muro de maleza. Cruzándolo, aún chocamos con otro muro. Rocoso esta vez. Luego tuvimos que agachamos y continuar pegados a la roca basta que, torciendo finalmente a la derecha, descubrimos un claro donde a menudo es bueno hacer una pausa antes de proseguir la marcha.

En seguida vino otro declive, corto y abrupto, a cuyo pie se extendía una porción llana de terreno en forma ovalada, de unos cincuenta metros de largo y veinte de ancho. El extremo más pequeño parecía haber mordido en la pared pedregosa: se trataba de una cueva, generalmente vacía. Por la explanada, distribuidos caprichosamente, al menos en apariencia, se observaban unos cuantos monolitos casi rectangulares y como pintados en la tierra. Vides silvestres formaban una corona a todo lo largo del perímetro. Y en el centro, majestuoso, se erguía el viejo árbol de proporciones colosales, cuyas ramas daban sombra a casi toda la

superficie del óvalo, manteniendo el lugar en la penumbra aun en pleno día. Por eso resulta tan difícil dar con él, ya que ni siquiera se distingue desde el claro.

Allí, en medio de la explanada, vimos al sátiro, que en aquel momento se hurgaba despreocupadamente la nariz.

La mano de George se deslizó rápidamente hacia el arma. Lo así por el hombro, fijé mis ojos en los suyos y le hice un seña negativa con la cabeza. Él asintió, aunque con gesto resignado, y retiró la mano del arma.

De mi cinturón saqué entonces la zampoña que me había regalado Jasón. Indiqué a los demás que se agazaparan y permanecieran donde estaban. Me adelanté unos pocos pasos acerqué la siringa a mis labios.

Las primeras notas fueron de mero ensayo Hacía mucho tiempo que no tocaba mi instrumento favorito.

Los oídos del sátiro se aguzaron, y miró a su alrededor in tentando descubrir la procedencia del sonido. Hizo tres movimientos rápidos en tres diferentes direcciones, como una ardilla asustada que no supiera en qué árbol refugiarse.

Luego quedóse allí quieto, trémulo, al iniciar yo una vieja melodía y esparcirla por los aire.

Seguí tocando y recordando..., recordando mi antigua zampoña, las tonadillas infantiles, y tantas cosas amargas, dulces embriagadoras, que han ido jalonando mi vida. Todo me vino de nuevo a la memoria mientras tocaba para el pequeño ente de velludas patas: la digitación y el control del aire, las escalas, las notas puntiagudas, y todo aquello que sólo la síringá es capaz de expresar. No sé tocar en las ciudades, pero allí, de pronto, volvía a ser yo mismo, a ver rostros entre las hojas y a oír los ruidos de sus pezuñas.

Avancé aun mas.

Como en sueños, noté que apoyaba mi espalda en un árbol y todos ellos me rodeaban. Inquietos, cambiaban constantemente de postura, descansando en uno u otro de sus cascos. Y yo tañía para ellos como antes, tiempo atrás, lo hiciera tantas veces, no sabiendo si éstos eran los mismos que antaño me escucharon. Aunque, a decir verdad, tampoco me importaba. Cada vez mas numerosos, se arremolinaban a mi alrededor. Y reían mostrado aquellos dientes blancos, blanquisimos; sus ojos danzaban chispeantes, y ellos mismos se movían en círculo pinchando el aire con sus astas, coceando, embistiendo, brincando, pateando gozosos la tierra.

Cesé de tocar, y aparté el instrumento de mis labios. No eran humanas las inteligencias que me observaban desde aquellos ojuelos salvajes y oscuros, cuando todos se quedaron rígidos como estatuas, de pie, mirándome con fijeza.

De nuevo lentamente, alcé la siringa. Esta vez toqué a última de mis composiciones. ¡Qué bien la recordaba! Era una especie de lamento, una endecha que me salió del alma la noche en que decidí que Karaghiosis debía dejar de existir.

Me había percatado de la falacia del Retorno. No regresarían, jamas regresarían. La Tierra estaba condenada a morir. Bajé a los Jardines y toqué esta última melodía que había aprendido del viento. O quizá de las estrellas. Al día siguiente, el enorme barco de Karaghiosis se hacía pedazos en la bahía del Pireo.

Se sentaron en la hierba. De vez en cuando, alguno de ellos se frotaba los ojos con gesto esmerado. Todos estaban allí, a mi alrededor y me escuchaban.

No sé cuánto tiempo estuve tocando. Cuando acabé, dejé a un lado la zampoña y me senté yo también. Al cabo de un rato, uno extendió el brazo y rozó el instrumento con la mano, retirándola en seguida. Luego me miro.

¡Cogedlo! - dije, pero no parecieron comprenderme.

Tomé entonces la siringa y repetí los últimos compases del canto precedente.

La Tierra se muere, se muere. Pronto estará muerta... Volved a casa, la fiesta ha terminado. Es tarde, tarde, muy tarde...

El mayor de todos ellos sacudió la cabeza.

Marchaos, marchaos, marchaos ahora. Apreciad el silencio. Tras el más ridículo gambito de la vida, apreciad el silencio. ¿Qué esperaron los dioses ganar? ¿Qué esperaron ganar? Nada. Todo fue un juego, sólo un juego. Marchaos, marchaos, marchaos ahora. Es tarde, tarde, muy tarde...

Aún seguían allí sentados, por lo que me levanté, di una fuerte palmada y les grite: -¡ Fuera!

Yo mismo me dejé rápidamente de aquel sitio.

Me reuní con mis compañeros y emprendimos todos juntos el regreso al camino principal.

De Lamia a Volos, incluyendo la desviación que da un rodeo para evitar el Lugar Caliente, hay unos sesenta y cinco kilómetros. El primer día recorrimos tal vez la quinta parte de esa distancia. Aquella noche instalamos el campamento en un claro al borde del camino. Diane vino a mi lado.

-¿Y bien? - me dijo.

¿«Y bien» qué?

- Acabo de ponerme en contacto con Atenas. Nada. La Rapol no contesta. Quiero tu decisión ahora.

- Pareces muy resuelta. ¿Por qué no podemos esperar un poco más?

- Ya hemos esperado demasiado. Supón que decide dar por terminado el viaje antes de lo previsto... Este lugar es perfecto. Sería tan fácil tener aquí un accidente... Ya sabes lo que va a decir la Radpol: lo mismo que antes. Y significará otra vez lo mismo: matarle.

- Mi respuesta es también la misma que antes: no.

Pestañeó un instante y bajó la cabeza.

- Por favor, considéralo de nuevo.

- No.

- Entonces, hazme este favor – insistí ~ Olvídalo. Todo. Lávate las manos de este asunto. Acepta la propuesta de Lore y consíguenos un nuevo guía. Mañana mismo puedes volar desde aquí.

- No.

-¿Hablas en serio, entonces? Quiero decir..., en lo de proteger a Myshtigo.

- Sí.

- No deseo verte herido, o algo peor.

- Tampoco a mí me encanta la idea. Así que ambos podríamos ahorrarnos muchos dolores de cabeza si les dices que la dejen.

- No puedo.

- Dos Santos hace lo que tú le mandas.

-¡No es un problema puramente administrativo! ¡Al diablo contigo! ¡Ojalá no te hubiese conocido nunca!

- Lo siento.

- La Tierra está en juego y tú luchas en el bando equivocado.

-A mi juicio eres tú la equivocada.

-¿Qué piensas hacer?

- Puesto que no puedo convenceros, tendré que anularos.

- No te será fácil quitar de en medio al Secretario de la Radpol y a su consorte sin buenos motivos. Somos delicados, políticamente hablando.

- Ya lo sé.

- De modo que no puedes hacer daño a Don, ni creo que me lo hicieses a mi.

- Tienes razón.

- Sólo te queda Hasán.

- De nuevo tienes razón.

- Y Hasán es... Hasán. ¿Qué harás?

-¿Por qué no lo despides ahora mismo y me evitas así algunas preocupaciones?

- No lo haré.

- No confiaba en que lo hicieses.

Levantó otra vez la vista. Tenía los ojos húmedos, pero su cara y su voz permanecían inalteradas.

- Si llegara a ocurrir que eres tú quien está en lo cierto y no nosotros -dijo-, lo sentiría.

- Yo también – respondí -. Y mucho.

Aquella noche dormí con un ojo abierto y a poca distancia de Myshtigo -a la de un tiro de cuchillo, para ser exacto, pero nada ocurrió ni nadie intentó cosa alguna. La mañana siguiente pasó sin pena ni gloria, así como gran parte de la tarde.

Myshtigo - le interpelé, aprovechando el primer alto que hicimos para fotografiar un ribazo. ¿Por qué no regresa a casa? ¿A Taler o a donde sea? Si yo fuera usted, me iría de aquí y dejaría todo esto. Escriba cualquier otro libro. Cuanto más nos alejamos de la civilización, más dificultades tengo para protegerle.

- Ya me dio una automática, ¿no lo recuerda? - dijo por toda respuesta, haciendo ademán de seguir tomando fotografías.

- Muy bien... sólo he querido intentarlo una vez más.

- El animal que está de pie en la rama inferior de aquel árbol, ¿no es una cabra?

- Sí. Les gusta comer los renuevos verdes que brotan en esta época.

- Quiero tomar también una foto de esa escena. El árbol es un olivo, ¿no?

- Sí.

- Bien. Quería saberlo para decidir qué nombre poner a la foto. Cabra comiendo retoños verdes en un olivo, ése será el título.

- Magnífico. Haga todas las fotos que pueda mientras tenga ocasión.

¡ Si no fuera tan reservado, tan extraño, tan despreocupado de lo que pudiera pasarle! Le odiaba. No podía entenderle. Cuando hablaba, lo hacía sólo para solicitar información o responder a una pregunta. Y si él tenía que contestar a algo, sus respuestas eran breves, evasivas, insultantes, o las tres cosas a la vez. Además, lo encontraba afectado, presuntuoso, azul e intolerante. En realidad me

costaba trabajo creer en aquella historia de Shtigogenes, con su tradición de filosofía, filantropía y periodismo culto. Sencillamente, me caía antipático.

De todas maneras, hablé con Hasán aquella misma noche, después de no haberle quitado ojo (el azul) en todo el día.

Lo hallé sentado junto al fuego, en postura digna de un boceto de Delacroix. No muy lejos estaban Ellen y Dos Santos, también sentados y bebiendo café. Desempolvé mi árabe y me acerque.

-¡ Hola!

-¡ Hola!

- Hoy no has tratado de matarle.

- No.

-¿Mañana quizá?

Se encogió de hombros.

- Hasán. ~. Mírame.

Me miró.

- Te alquilaron para matar al hombre azul.

Se encogió de hombros por segunda vez.

- No necesitas negarlo ni admitirlo. Estoy al corriente. No puedo permitir que lo hagas. Devuelve el dinero que te ha pagado Dos Santos y vete. Te puedo conseguir un «Skimmer» mañana por la mañana. Con él irás a donde quieras, a cualquier parte del mundo.

- Estoy bien aquí, Karagee.

- Pronto dejarás de estarlo si algo malo le pasa al azul.

- Yo soy un guardaespaldas, Karagee.

- No, Hasán. Eres el hijo de un camello dispéptico.

-'Qué quiere decir «dispéptico», Karagee?

- No lo sé traducir al árabe, ni tú entenderías el vocablo griego. Espera, encontraré otro insulto... Eres un cobarde, y un devorador de carroña y una bestia al acecho, porque eres mitad chacal y mitad mono.

Puede que tengas razón, Karagee. Mi padre ya me dijo que nací para ser desollado vivo y luego descuartizado.

-¿Cómo fue eso?

- Falté al respeto al Diablo.

-¡Oh!

- Sí. A propósito, ¿eran diablos aquellos para quienes tocaste ayer la música? Tenían cuernos, pezuñas...

- No, no eran diablos. Eran hijos de infortunados padres que, al verse contaminados por la Sustancia Caliente, los dejaron abandonados a su suerte en las regiones más asoladas de la Tierra, pensando que allí morirían. Pero sobrevivieron, porque esas regiones yermas son su verdadero hogar.

-¡Ah! Yo esperaba que fuesen diablos. Y aún creo que lo eran, porque uno de ellos me sonrió cuando rezaba para pedirles perdón.

-¿Perdón? ¿De qué?

Su mirada se tomó lejana.

- Mi padre fue un hombre muy bueno y afable, y también religioso – dijo -. Veneraba a Malak Tawús, a quien los ignorantes siltas - escupió al pronunciar esta palabra- llaman Iblis, o Saitán, o Satán, y siempre presentaba sus respetos a Halláj y a los demás del Sandjaq. Era conocido por su piedad y sus muchas bondades. Yo le quería, pero de niño tenía un duende dentro de mí. Era ateo. No creía ni en el Diablo. Y era también malo y travieso. Una vez me apoderé de un pollo muerto, lo puse en la punta de un palo y empecé a burlarme de él llamándolo Angel Pavón, tirándole piedras y arrancándole las plumas. Uno de los otros chicos se asustó y le contó la historia a mi padre. Éste, al oírlo, me vapuleó en plena calle, y fue entonces cuando me dijo que había nacido para ser desollado vivo y descuartizado por blasfemo. Me obligó a ir al Monte Sindjar y pedir allí perdón por mis culpas Lo hice, pero el duende seguía en mi interior, a pesar de los azotes, y recé sin verdadera fe. Ahora que soy mas viejo, el duende ya se ha ido, pero mi padre también, hace muchos años, y no puedo decirle: «Siento haberme burlado del Angel Pavón». A medida que pasa el tiempo, necesito más de la religión. Espero que el Diablo, en su gran sabiduría y misericordia, comprenda esto y me perdone.

- Hasán, ya veo que es difícil insultarte adecuadamente - le dije -. Pero te lo advierto: el hombre azul no debe sufrir daño alguno.

--Yo no soy más que un humilde guardaespaldas.

-¡ Sí! Tu astucia y tu veneno son los de una serpiente. Eres falso y traidor. Y estás corrompido.

- No, Karagee. Gracias, pero no es cierto. Lo que pasa es que tengo a gala el ser siempre fiel a mis compromisos. Eso es todo. Ésa es mi única ley. Y tampoco te sirve de nada insultarme para que te provoque a un duelo, permitiéndote escoger el arma: dagas, sables o tus manos desnudas. No. No me siento ofendido.

- Entonces, ten cuidado. Tu primer movimiento hacia el vegano será el último.

- Si así está escrito, Karagee...

-¡Y llámame Conrad!

Me alejé de allí a zancadas, con la mente agitada por turbios pensamientos.

Al día siguiente, vivos aún todos, levantamos el campamento y continuamos la marcha. Habíamos recorrido unos ocho kilómetros cuando surgió una nueva interrupción.

-¿No habéis oído llorar a un niño? dijo Phil.

- Tienes razón.

-¿Dónde?

- Por allí, a mano izquierda.

Pasando entre unos arbustos, llegamos al lecho seco de un río y lo seguimos hasta el primer recodo.

El bebé yacía en medio de las rocas, envuelto parcialmente en una sucia mantilla. El sol había enrojecido su cara y sus manos hasta quemarías, lo que nos hizo suponer que llevaba allí mucho tiempo, como mínimo desde principios del día anterior. En su diminuto y sudoroso rostro se apreciaban numerosas picaduras de insectos.

Me arrodillé y le ajusté el pañal para cubrirlo mejor.

Ellen dio un chillido al abrirse el pañal por delante, dejando a la vista el cuerpo de la criatura.

Una fístula, al parecer natural, deformaba su pecho, y algo se movía dentro.

Peluca Roja gritó a su vez, apartó los ojos con horror y comenzó a llorar.

-¿Qué es esto? - preguntó Myshtigo.

- Uno de los abandonados – respondí -, de los que llevan la marca.

-¡ Es espantoso! exclamó Peluca Roja.

-¿Te refieres a su apariencia, o a que fuera abandonado?- le pregunté.

-¡Las dos cosas!

Déjamelo -suplicó Ellen.

- No lo toques - dijo George, inclinándose para examinar al niño- Pedid un «Skimmer». Hay que llevarlo en seguida a un hospital. Aquí no tengo el equipo necesario para operar. Ellen, ayúdame.

Ella estaba ya a su lado, y ambos se pusieron a hurgar en el maletín de George.

- Apunta lo que voy haciendo, y luego prendes la nota en un pañal limpio. Así los médicos de Atenas sabrán a qué atenerse.

Mientras tanto Dos Santos telefoneaba a Lamia solicitando con urgencia uno de nuestros aeromóviles.

Ellen llenaba agujas hipodérmicas para George, desinfectaba heridas, aplicaba ungüentos a las quemaduras, y lo anotaba todo. Inyectaron al niño cantidades ingentes de vitaminas, antibióticos, coagulantes y media docena de otras cosas más. Para entonces yo ya había perdido la cuenta. Luego cubrieron su pecho de gasas, rociaron éstas con un líquido, lo envolvieron todo él en un lienzo limpio y colocaron allí prendida la nota.

¡Qué cosa tan horrible! - dijo Dos Santos -. ¡Abandonar a una pobre criatura deforme, dejándola morir de esta manera!

- Es cosa corriente por aquí – contesté -, sobre todo en las cercanías de los Lugares Calientes. Grecia siempre ha gozado de una tradición infanticida. Yo mismo fui abandonado en la cima de una colina el día en que nací. Y pasé allí toda la noche.

En aquel momento mi interlocutor encendía un cigarrillo, pero se detuvo y me miró con sorpresa.

-¿Tú? ¿Por qué?

Me eché a reír y dirigí la vista hacia mi pie.

-Es una historia complicada. Llevo una bota especial, por que tengo una pierna más corta que la otra. Al parecer, cuando nací tenia también mucho vello por todo el cuerpo, más de lo normal Y mis ojos como puedes apreciar, son dispares. Supongo que si esto hubiera sido todo, aún podría haber salido bien parado pero además se me ocurrió nacer en Navidad, y eso terminó de rematar las cosas.

-¿Qué tiene de malo nacer en Navidad?

- Los dioses, según la creencia local, ven en ello un signo de presunción. Por tanto los niños nacidos en esa fecha no son de estirpe humana. Pertenecen a la raza de los destructores, sembradores de ruinas, seres terroríficos. Se les llama kallikanzaroi. Su figura ideal es la de esos tipejos con cuerna pezuñas y todo el resto, pero no han de ser así necesariamente. Podían parecerse a mí, por ejemplo; al menos eso pensaron m padres..., si eran realmente mis padres. Así que me dejaron abandonado en la cumbre de un monte, para devolverme al remitente...

-¿Qué pasó entonces?

- Había en el pueblo un viejo sacerdote ortodoxo. Al enterarse del hecho, fue a verlos. Les dijo que aquello era pecado mortal, y que se dieran prisa en ir a buscar al niño y tener listo para el bautismo al día siguiente.

-¡ Ah! ¿Y así es como te salvaron y te bautizaron?

- Bueno, más o menos. - Tomé uno de sus cigarrillos -. Volvieron conmigo, si, pero insistieron en que no era el mismo niño que ellos habían dejado allí. Si aquél era ya un ser humano dudoso, yo era más dudoso todavía. Y también más feo, decían lamentándose de haber recibido a cambio otro kallikanzaro. Su verdadero hijo era un sátiro, afirmaban, e imaginaban que algún otro habitante de los Lugares Calientes había engendrado como ellos, este nuevo ser con cierta apariencia humana y lo había abandonado de la misma manera, cambiándolo por otro, de hecho. Como nadie me había visto hasta entonces, no pudo comprobarse la veracidad de su historia. En todo caso el pope no quiso saber nada de esto y les dijo que tendrían que apechugar conmigo. Pero ellos, una vez reconciliados con el hecho, me trataron con cariño. Crecí sano y robusto, y más fuerte que lo normal para mi edad. Eso les agradó.

-¿Y te bautizaron?

- Bueno, a medias.

-¿A medias?

- El pope sufrió un ataque durante la ceremonia. Murió poco después. Como era el único que estaba allí, no sé si la cosa llegó a completarse.

- Con una gota de agua hubiera bastado.

- Supongo que sí. Pero en realidad ignoro lo que pasó.

- Quizá fuera mejor hacerlo de nuevo. Para estar seguro.

- No. Si el Cielo no me quiso recibir entonces, no voy a solicitarlo por segunda vez.

Colocamos una baliza en un claro cercano y esperamos a que llegara el «Skimmer».

Todavía recorrimos aquel día alrededor de una docena de kilómetros. No del todo mal, dado el retraso que llevábamos. El niño había sido ya recogido y enviado directamente a Atenas. Cuando el aparato se posó, pregunté en voz alta si alguien deseaba regresar. Pero ninguno de los presentes se aprovechó de la sugerencia.

Y aquella misma noche ocurrió lo fatal.

Habíamos encendido una hoguera y descansábamos en torno a ella. Era un buen fuego, de grandes llamas que aleteaban reconfortantes, calentando nuestros cuerpos, oliendo a bosque y dejando en el aire una estela de humo... Se estaba a gusto. Hasán, allí sentado, limpiaba su escopeta. Con el cañón de aluminio y la culata de plástico, el arma resultaba ligera y fácil de manejar.

En un momento dado, mientras el árabe parecía absorto en su trabajo, el cañón quedó en posición horizontal, se ladeó un poco y... apuntó directamente a Myshtigo.

Debo admitir que la operación se efectuó con absoluta maestría. Las manipulaciones venían durando ya más de media hora, y durante todo ese tiempo los movimientos de la escopeta habían sido casi imperceptibles.

Pero al llegar a la posición crítica sonó en mi cerebro la señal de alarma. Emití un gruñido y me planté a su lado en tres rápidas zancadas.

De un manotazo, le arrojé el arma de las manos.

Cayó sobre unas piedras a más de dos metros de distancia, rebotando con estrépito. Me quedó la mano dolorida del golpe.

Hasán se irguió de un salto. Sus dientes rechinaban tras el tupido muro de la barba, chocando unos con otros como el pedernal contra el acero. Sólo faltaban las chispas.

-¡Dilo! – exclamé -. ¡Vamos, di algo! ¡Atrévete! ¡Sabes muy bien lo que ibas a hacer!

Sus manos se crisparon.

-¡Adelante! – añadí -. ¡ Golpéame! ¡ Tócame siquiera! Así lo que te haga será en defensa propia, ataque provocado. Ni George será capaz de recomponer lo que quede de ti.

- Sólo estaba limpiando la escopeta. Y me la has destrozado.

- Tú no apuntas a nadie por accidente. Ibas a matar a Myshtigo.

- Estás equivocado.

-¡Vamos, pégame! ¿O tienes miedo?

- No tengo nada contra ti.

- Eres un cobarde.

- No, no lo soy.

Al cabo de unos segundos sonrió y dijo:

-¿Acaso te da miedo desafiarme...?

¡ De modo que era eso! La única manera.

La iniciativa tenía que ser mía. Había esperado no llegar este punto. Pensaba que podía hacerle perder la calma, abochornarlo o provocarlo a que me golpeara, o al menos me retara.

Pero supe entonces que mis esfuerzos en este sentido serían vanos.

Mala suerte, sí, pésima.

Estaba seguro de poderle vencer con cualquier tipo de arma que yo escogiera. Pero si se salía con la suya, las cosas podía tomar otro cariz.

Todo el mundo sabe que hay personas que han nacido con una aptitud especial para la música: oyen una pieza por primera vez, y a continuación se sientan al piano o la thelinstra y Interpretan como si tal cosa. O les ponen un nuevo instrumento en las manos, y al cabo de unas pocas horas lo tocan como si hubieran estado haciéndolo durante años. Son buenos, incluso excelentes en este campo, porque poseen el talento específico para ello, la habilidad de coordinar su particular percepción de la música con una serie de acciones nuevas.

Así era Hasán con las armas. Tal vez haya otras personas con sus mismas cualidades, pero no se pasan la vida haciendo sólo eso. Al menos no se ejercitan como él, decenio tras decenio con toda clase de armas, desde bumerangs hasta cerbatanas. El código de los duelos concedería a Hasán la elección del arma en caso de ser yo quien le provocara, y en esas circunstancia no conozco a nadie que supere su destreza para matar.

Pero era preciso poner término a su furia homicida, y no veía otro modo de hacerlo más que asesinándole, pura y simplemente. Tenía que aceptar sus condiciones.

- Sea – dije -, te reto a un duelo.

Su sonrisa se amplió.

- Te tomo la palabra ante estos testigos. Nombra a tu padrino.

- Phil Graber. Nombra al tuyo.

- El señor Dos Santos.

- Perfecto. Casualmente tengo ya un permiso oficial de desafío y los formularios en regla. Además, he pagado el impuesto de muerte violenta por una persona. Así que no veo razón para esperar. ¿Cuándo, dónde y cómo lo quieres?

- Hace poco hemos pasado junto a un claro bastante apropiado a cosa de un kilómetro de aquí.

- Lo recuerdo.

- Nos encontraremos allí, mañana al amanecer.

-¡Eh, aguarda! – dije -. ¿Y qué hay de las armas?

Echó mano a su macuto y lo abrió. Sólo pude entrever por un momento su abigarrada panoplia de artefactos cortantes y puntiagudos, objetos de forma ovalada, bombas incendiarias, espirales de alambre y toda suerte de tiras de cuero u otro material.

Extrajo dos utensilios y cerró la bolsa. Mi corazón dio un brinco.

- La honda de David - anunció.

Las examine.

-¿A qué distancia?

- Cincuenta metros - respondió.

- Has elegido bien - le dije, dado que hacía más de un siglo que yo no manejaba uno de esos instrumentos -. ¿Puede coger una para esta noche? Quiero practicar con ella. Si no me la prestas, me la fabricaré yo mismo.

- Puedes llevarte la que te plazca y entrenarte toda la noche

- Gracias.

Escogí una y la colgué del cinturón. Luego tomé también una de las tres lámparas eléctricas que llevábamos con nosotros

- Si alguien me necesita estaré allí, en el claro – dije -. No os olvidéis de poner centinelas esta noche. El lugar es peligroso

-¿Quieres que te acompañe? - preguntó Phil.

- No. Gracias, de todos modos. Iré solo. Hasta luego.

- Entonces, buenas noches.

Remonté el camino a pie hasta llegar al claro. Dejé la lámpara en el suelo, en uno de los extremos, de modo que la luz se reflejara en un grupo de pequeños árboles que allí crecían Luego pasé al lado opuesto.

Recogí algunas piedras, puse una en la honda y la arrojé apuntando a un árbol. Fallé.

Lancé una docena más, pero sólo acerté cuatro veces.

Seguí practicando. Más o menos al cabo de una hora, le proyectiles daban en el blanco con mayor regularidad. Con todo, a cincuenta metros no era probable que pudiese rivalizar con Hasán.

La noche iba transcurriendo lentamente, y yo continuaba con mi ejercicio. Por fin, pasado cierto tiempo, me pareció haber alcanzado el límite de mis posibilidades de tiro. De once intentos, tenían éxito unos seis.

Pero había algo que podía influir en mi favor. Lo descubrí de repente, al disparar una de las piedras y estrellarse ésta contra el tronco de un árbol. Mis tiros partían con una fuerza terrible. Cada vez que acertaba en el blanco, el impacto era decisivo. Había dejado ya varios árboles, de los más pequeños, hechos astillas, y estaba seguro de que Hasán era incapaz de la misma hazaña aun doblando el número de

lanzamientos. Si yo lo alcanzaba primero, magnífico; si no, toda la fuerza del mundo seria inútil.

Lo malo era que su tino estaba fuera de duda. Me pregunté hasta qué punto podría yo encajar un primer golpe sin perder la capacidad de respuesta.

Dependería, naturalmente, del sitio en que me acertara.

De pronto, dejé caer la honda y empuñé con rapidez la automática que llevaba en la cintura, al oír crujir una rama a lo lejos, a mi derecha. Allí, ante mis ojos, surgió Hasán.

-¿Qué quieres? - le pregunté.

- He venido a ver cómo va tu entrenamiento - respondió, echando un vistazo a los árboles magullados.

Alcé los hombros, volví a meter la automática en su funda y recogí la honda.

- Al alba conocerás el resultado.

Cruzamos juntos el terreno y recuperé la lámpara. Hasán examinó de cerca uno de los arbolillos, en el que se apreciaban de modo particular los efectos de mi fuerza, pero no dijo nada.

Regresamos al campamento. Todos dormían, menos Dos Santos, que montaba guardia y se paseaba a lo largo del perímetro con un fusil automático. Le hicimos una seña y entramos.

Cada vez que acampábamos, Hasán plantaba invariablemente su «Gauzy», una de esas tiendas de lona finísima, opaca, ligera como la pluma y muy resistente. Pero nunca dormía en ella. Sólo la usaba para guardar sus trastos.

Me senté en un tronco frente al fuego y Hasán se metió en su madriguera. Al cabo de un momento reapareció con su pipa y un bloque de algo duro y resinoso que comenzó a raspar y moler. Luego lo mezcló con un poco de picadura y llenó con todo ello la pipa.

Después de encendería con un palillo que sacó de la hoguera,

se sentó a fumar a mi lado.

- No quiero matarte, Karagee - dijo.

~ Comparto ese sentimiento. Tampoco a mí me hace mucha gracia que me maten.

- Pero debemos luchar mañana.

- Sí.

Podrías retirar tu desafío.

- Y tú podrías irte de viaje en un «Skimmer».

- No me iré.

- Ni yo retiraré el desafío.

- Lástima - dijo al cabo de un rato -. Lástima que dos como nosotros tengan que pelearse por culpa de ese tipo azul. No vale tu vida, ni la mía.

- Es cierto – contesté -, pero lo que está en juego es algo más que su vida. El futuro de este planeta está relacionado de alguna manera con lo que hace, sea lo que fuere.

- Yo no entiendo de estas cosas, Karagee. Peleo por dinero. No tengo otro oficio.

- Sí, ya lo se.

El fuego disminuyó. Lo alimenté con algunos troncos más.

-¿Te acuerdas de cuando bombardeamos la Costa de Oro, en Francia? - preguntó.

- Sí.

- Además de los azules, murió mucha gente.

- Es verdad.

- No por ello cambió el futuro del planeta, Karagee. Aquí estamos, muchos años después de aquello, y nada es diferente

- También lo sé.

-¿Y recuerdas cuando nos escondimos en la ladera de la colina, en aquella cueva desde donde dominábamos la bahía de Pireo? Tú ibas llenándome las cartucheras de granadas y yo las lanzaba a los barcos, y cuando me paraba a descansar, tú los ametrallabas. Teníamos mucha munición. Los convoyes oficia les no tomaron tierra aquel día, ni el siguiente. No lograron ocupar Atenas ni destruir la Radpol. Y charlábamos, los dos día: y la noche que permanecimos allí, mientras esperábamos a que llegara el globo de fuego... Y tú me hablaste de los Poderes del Firmamento.

- Ya lo he olvidado...

- Yo no. Me dijiste que hay hombres como nosotros, que viven allá arriba, en las estrellas, mezclados con los hombre azules. Algunos buscan el favor de éstos, y les querrían vender la Tierra para convertirla en museo. Otros, decías, no lo deseaban y preferían dejarla como está ahora, confiando lo que es suyo a la gestión del Gobierno. Entre los azules había también división de opiniones sobre este punto, pues muchos dudaban de que tales proyectos fuesen legales y éticos. Por fin, unos y otros llegaron a un arreglo, y se acord6 vender a los azules ciertos territorios libres

de contaminación, que pudieran utilizar como centros turísticos y puntos de partida para visitar las zonas restantes del planeta. Pero tú querías que la Tierra perteneciera únicamente a sus legítimos dueños. Decías que, si cedíamos a los azules una sola pulgada de nuestro suelo, no tardarían en ambicionarlo todo. Deseabas que los hombres de las estrellas volvieran y reconstruyeran las ciudades, enterraran los Lugares Calientes, exterminaran a las bestias devoradoras de seres humanos. Mientras nos sentábamos allí, aguardando la llegada del globo de fuego, dijiste que estábamos en guerra, no por algo que pudiéramos ver, oír, sentir o tocar, sino por culpa de los Poderes del Firmamento, que nunca nos habían visto y a quienes nunca veríamos. Ellos habían provocado esto, y por su causa muchos hombres tenían que morir aquí, en la Tierra. Dijiste también que, después de la muerte de esos hombres, tanto de nuestra raza como azules, los Poderes quizá regresaran a la Tierra. Pero jamás regresaron. Sólo quedó la muerte. Aunque a fin de cuentas fueron esos mismos Poderes del Firmamento quienes nos salvaron, pues hubo que consultarles antes de decidir si el globo de fuego debía arder sobre Atenas. Ellos recordaron al Alto Mando una vieja ley, promulgada a raíz de los sucesos de los Tres Días, según la cual nunca en el futuro debería el globo de fuego arder en los cielos de nuestro planeta. Tú pensaste que acabaría por hacerlo, de todas maneras. Pero te equivocaste. No nos lo enviaron. Precisamente por esto les combatimos en el Pireo. También incendié Madagascar por encargo tuyo, Karagee, pero los Poderes nunca bajaron a la Tierra. Y cuando la gente consigue mucho dinero, se va de aquí... y no vuelve jamás del cielo. Nada de lo que hicimos entonces ha cambiado las cosas.

- Gracias a lo que hicimos, las cosas siguen al menos como antes, y no peor - le contesté.

-(Qué pasará si este hombre azul muere?

- No lo sé. Tal vez empeore la situación. Si lo que pretende es inspeccionar los lugares que recorremos, con vistas a que los transformen en posibles urbanizaciones turísticas para veganos, la vieja historia se repetirá.

~Y la Radpol luchará de nuevo? ¿Volverá a arrasarlo todo?

- Así lo creo.

- Entonces, déjanos matarle ahora, antes de que vaya más lejos y vea más cosas.

- No es tan sencillo . Además, enviarían a cualquier otro en su lugar. El incidente tendría también sus repercusiones, por ejemplo, arrestos en masa de miembros de la Radpol. La Radpol no vive ya, como antes, en el fragor del combate. Necesita tiempo para prepararse. Por lo menos a este azul lo tengo al alcance de mi mano. Puedo vigilarlo, enterarme de sus planes. Y llegado el caso de tener que suprimirlo, yo mismo lo haría.

Dio una chupada a su pipa y el humo llegó hasta mí: olía a sándalo.

-¿Qué estás fumando?

- Viene de cerca de mi casa. Hace poco estuve allí. Es una de las nuevas plantas que antes no crecían en aquel sitio. Pruébalo.

Aspiré varias bocanadas, llenando mis pulmones. M principio no sentí nada especial. Seguí fumando, y al cabo de un minuto una sensación gradual de placidez y serenidad comenzó a invadirme y descender por mis extremidades La sustancia tenía un sabor amargo, pero era relajante. Le devolví la pipa. La sensación continuaba, iba en aumento. Era muy agradable. Hacía semanas enteras que no me había sentido tan sereno, tan sosegado. El fuego, las sombras y el terreno a nuestro alrededor me parecieron de pronto más reales; y el aire nocturno, y la ¡una que brillaba a lo lejos, y el ruido de las pisadas de Dos Santos... Todo ello se me representaba, en cierto modo, más claro que la vida misma. En esta perspectiva, l~ lucha que librábamos parecía ridícula. Perderíamos al fin. Estaba escrito que el destino de la humanidad era servir de gatos, perros y chimpancés domesticados a los verdaderos hombres a los veganos. Después de todo, la idea no era tan absurda. Quizá necesitáramos de alguien más sabio que cuidase de nosotros y dirigiese nuestras vidas. Durante los Tres Días hicimos de nuestro propio mundo un matadero, en cambio los veganos nunca habían tenido una guerra nuclear. Su actual sistema de gol>ierno interplanetario funcionaba con orden y eficiencia, sin disturbios de ninguna clase, pese a que su autoridad se extendía a docenas de mundos. Todo cuanto hacían los veganos era estéticamente grato. Sus propias vidas transcurrían felices y bien reglamentadas. ¿Por qué no entregarles la Tierra? Tal hicieran en ella mejor faena que nosotros. ¿Por qué no dejarles poseer esta vieja bola de fango, llena de úlceras radiactivas y poblada de tullidos?

¿Por qué no...?

Acepté de nuevo la pipa, inhalé más paz. Si lograba no pensar en ninguna de todas esas cosas... ¿Por qué pensar en algo a lo que uno no puede poner remedio? Era suficiente estar a sentado y respirar la brisa de la noche, identificarse con fuego y el viento. El universo cantaba su himno de unida ¿Por qué dar entrada al caos en su misma catedral?

Pero los insensatos poderes que mueven la Tierra y las aguas me habían arrebatado a mi Cassandra, mi negra hechicera de Kos. Nada podía llenar en mi corazón el vacío de su pérdida. Lo sentía todo lejano, sí, como aislado dentro de un fanal, pero allí estaba. Todas las pipas del Oriente no conseguirían apagar la llama de mi dolor. No quería paz. Quería odio. Ansiaba arrancar una a una todas las máscaras del universo - -tierra, agua, cielo, Taler, Gobierno, Departamento - para ver tras cuál de ellas se ocultaba el poder maligno que me la había robado, y darle a probar también algo de esa hiel. No quería la paz. No deseaba vivir en armonía con la fuerza destructora de lo que había sido mío, mi sangre y mi amor. Aunque sólo fuer por cinco minutos, me hubiera gustado ser otra vez Karaghiosis, verlo todo a través de la mira telescópica de un rifle y apretar el gatillo.

¡ Oh Zeus, el de los rayos de fuego, dame fuerzas para aniquilar los Poderes del Firmamento!

Volví una vez más a la pipa.

- Gracias, Hasán, pero no estoy preparado para el Arbol de los Consejos.

Me puse en pie y me dirigí hacia el lugar donde había arrojado mis cosas.

- Siento tener que matarte al amanecer - exclamó Hasán detrás de mí.

En cierta ocasión, mientras bebía tranquilamente cerveza en un albergue de montaña del planeta Divbah en compañía de un informador vegano llamado Krim (que ya ha muerto), se me ocurrió echar una mirada a través del amplio ventanal para contemplar desde allí el monte más alto del universo conocido. Lo llaman Kasla, y nadie ha pisado aún su cumbre. Menciono esto porque la mañana del duelo me asaltó el súbito remordimiento de no haber intentado nunca escalarlo. Es una de esas cosas tontas que uno piensa de vez en cuando, prometiéndose a sí mismo que algún día lo hará, y de pronto se despierta una mañana y cae en la cuenta de que ya es demasiado tarde: la promesa quedará incumplida.

Aquella mañana los rostros de todo el grupo eran inexpresivos.

La naturaleza, en cambio, aparecía radiante, clara, límpida. El canto de los pájaros daba al ambiente un tono de euforia.

Yo había prohibido utilizar la radio hasta después del duelo, y Phil, por si acaso, le había quitado algunas de las piezas esenciales y las llevaba en el bolsillo de su chaqueta.

Lord no sabría nada. Ni tampoco la Radpol. Nadie sabría nada hasta después.

Una vez completados los preliminares, se midió la distancia.

Ambos ocupamos nuestro lugar respectivo en los extremos del claro. Yo tenía el sol a mi izquierda.

¿Listos, señores? - preguntó Dos Santos.

- Sí - fueron las respuestas.

- Es mi deber hacer una última tentativa para disuadirles de esta línea de acción. ¿Desea alguno de ustedes reconsiderarlo?

- No.

La respuesta fue otra vez unánime.

- Cada uno dispone de diez proyectiles de similar tamaño y peso. El primer tiro corresponde, naturalmente, al desafiado: Hasán.

Los dos hicimos con la cabeza una señal afirmativa.

- Entonces, adelante.

Don dio unos pasos atrás. Sólo quedamos en el campo Hasán y yo, separados por cincuenta metros de aire. Como de común acuerdo, ambos nos pusimos de

soslayo para ofrecer el menor blanco posible. Hasán ajustó su primera piedra en la honda.

Observé cómo la volteaba rápidamente en el aire, por detrás de su cabeza, hasta que, de súbito, su brazo se proyectó hacia adelante.

Algo estalló a mis espaldas.

No ocurrió nada más.

Había fallado.

Ahora me tocaba a mí. Coloqué una piedra en mi propia honda e igualmente la hice girar sobre mi cabeza. El aire gemía al ser hendido por el cuero.

Arrojé entonces el proyectil con toda la fuerza de mi brazo derecho.

Sólo le rozó el hombro izquierdo, tocándolo apenas. Por todo botín se llevó algunos trozos de tela.

La piedra rebotó tras él entre los árboles, magullando unos cuantos, basta que se perdió de vista.

Todo estaba en calma. Incluso los pájaros habían cesado su concierto matinal.

- Caballeros - intervino Dos Santos -, cada uno de ustedes ha tenido una oportunidad de saldar sus cuentas. Puede decir que se han enfrentado mutuamente con honor, han desahogado su cólera y están satisfechos. ¿Desean dar por terminado el duelo?

- No - dije yo.

Hasán movió negativamente la cabeza mientras se frotaba hombro dolorido.

Por segunda vez puso una piedra en la honda, tomó impulso y me la lanzó con fuerza.

Me dio de lleno, justo entre la cadera y el tórax.

Caí al suelo y la vista se me nubló.

La luz volvió un segundo más tarde, pero aún me retorcía y me sentía mordido en el costado por un millar de dientes que no soltaban su presa.

Todos corrieron hacia mí, pero Phil les hizo señas de que se apartaran.

Hasán mantenía su posición.

Dos Santos se aproximó.

-¿Cómo estás - preguntó Phil -. ¿Puedes levantarte?

- Sí. Necesito un minuto para tomar aliento y apagar fuego, pero me levantaré.

-¿Cuál es la situación? - preguntó Dos Santos.

Phil se lo dijo.

Con la mano apoyada en el costado, me puse en pie lentamente.

Un par de pulgadas más arriba o más abajo, y algún hueso ya estaría roto. Aun así, me dolía endemoniadamente.

Me froté la cadera y describí algunos círculos en el aire con el brazo derecho para comprobar el juego de los músculos en ese lado. Bien.

A continuación recogí la honda y volví a colocar en ella una piedra.

Esta vez iba a acertar. Lo presentía.

Dio vueltas y más vueltas, y por fin salió disparada.

Hasán se vino abajo, agarrándose el muslo izquierdo con las dos manos.

Dos Santos acudió a su lado. Hablaron entre ellos.

El traje de Hasán había amortiguado el golpe, desviándolo en parte. La pierna no estaba rota. Proseguiría la lucha tan pronto como pudiera ponerse en pie.

Pasó cinco minutos dándose masajes, y luego se incorporó. Durante ese tiempo mi propio dolor había cedido y sólo sentía una especie de pinchazos sordos en el lugar afectado.

Hasán seleccionó su tercera piedra. La colocó lenta, cuidadosamente...

Midió bien la distancia, y comenzó a voltear de nuevo la honda...

Desde hacía un buen rato el instinto, cada vez más intenso, me aconsejaba ladearme un poco más hacia la derecha. Lo hice así.

El proyectil de mi adversario giró en el aire y partió.

Me arañó la fungosidad de la mejilla y desgarró parte de mi oreja izquierda.

De repente, todo un lado de mi cara quedó humedecido.

Ellen dio un grito, muy breve.

Un poco más a la derecha, y ya no la habría podido oír.

De nuevo llegaba mi turno.

Lisa, gris, la piedra irradiaba un invisible halo de muerte...

Yo seré la afortunada, parecía decir.

Era uno de esos impulsos premonitorios que me asaltan de vez en cuando, como si una fuerza misteriosa me tirara de la manga, y por los cuales siento el más hondo respeto.

Me limpié la sangre de la mejilla y coloqué la nueva piedra en la honda.

La muerte cabalgaba sobre mi brazo derecho cuando lo levanté esta vez. Hasán debió sentirlo también, porque vaciló un instante. Me di cuenta de ello pese a la distancia que no separaba.

- ¡Quédense exactamente donde están y tiren las armas - sonó la voz.

Lo dijo en griego, por lo que sólo Phil, Hasán y yo pudimos entenderlo. Quizá también Dos Santos o Peluca Roja, aún no estoy seguro.

Pero todos entendieron el lenguaje del fusil automático conque el hombre nos apuntaba, y el de las espadas, porras y puñales de los treinta y tantos hombres y semihombres que le acompañaban.

Eran curetes.

Y los curetes son mal asunto.

Nunca salen perdiendo. Como suele decirse, jamás renuncian a su libra de carne.

Generalmente asada.

O frita, algunas veces.

O hervida, o cruda...

El que hablaba parecía ser el único en llevar un arma de fuego.

... Y yo tenía en aquel momento un puñado de muerte dando vueltas muy alto por encima de mi hombro. Decidí hacerle un regalo.

Su cabeza estalló al recibirlo.

- ¡Matadlos! - dije a los de mi grupo, y al instante pusieron manos a la obra.

George y Diane fueron los primeros en abrir fuego. En seguida Phil se apoderó de un revólver. Dos Santos corrió hacia su equipaje, y Ellen hizo lo mismo.

Hasán no necesitó de mis órdenes para pasar a la acción. Las únicas armas de que él y yo disponíamos a la sazón eran las hondas. Y los curetes no estaban a cincuenta metros, sino mucho más cerca y en formación compacta. Derribó a dos de ellos, antes de que los demás empezaran a atacar. Yo también tumbé a otro.

Pronto invadieron el terreno hasta la mitad, saltando por encima de sus muertos y heridos y gritando al precipitarse hacia nosotros.

Como dije antes, no todos eran humanos: había uno alto y delgado con alas de un metro cubiertas de llagas; un par de microcéfalos con tanto pelo que parecían no tener cabeza; otro que podía pasar por dos gemelos; también varios esteatópigos; y tres gigantes toscos y bestiales que seguían corriendo a pesar de tener el pecho y el vientre acribillados por balas. Las manos de uno de estos últimos debían medir unos cincuenta centímetros de largo por treinta de ancho, y otro sufría de algo parecido a la elefantiasis. De los restantes, algunos tenían aspecto relativamente normal, pero todos ellos aparecían sucios y sarnosos, cubiertos de andrajos o desnudos, con barbas descuidadas e hirsutas, y además apestaban.

Disparé otra piedra y ya no tuve oportunidad de ver si daba en algún blanco, pues los tenía encima.

Forcejeé desesperadamente, golpeando a ciegas con pies, puños, codos..., sin remilgos de ninguna clase. Los disparos de mis compañeros disminuían, cesaron de pronto. Alguna vez hay que pararse a recargar, y también por allí debía de haber atascos. El costado me dolía lo indecible. Con todo, logré derribar a tres de mis atacantes antes de sentir algo pesado y contundente que caía sobre mi cabeza y desplomarme como se desploma un muerto.

Volví en sí en un lugar sofocante, abrasador...

En un lugar sofocante, abrasador, y con olor a establo... En un lugar oscuro, sofocante, abrasador, y con olor a establo...

... No es precisamente la situación ideal para fomentar la paz del espíritu, un estómago sin náuseas, o para recuperar la actividad sensorial en condiciones sanas y normales.

El lugar olía a demonios y hacía un calor agobiante. No me molesté siquiera en examinar aquella porquería de suelo... porque ya estaba en la postura ideal para ello.

Gemí, conté mis huesos uno por uno, y me incorporé. El techo era bajo y aún se inclinaba más antes de encontrarse con la negra pared. La única ventana que daba al exterior era diminuta y tenía barrotes.

Nos hallábamos en la parte de atrás de una choza de madera. En la pared opuesta había otra ventana con barrotes, pero no daba a ningún sitio exterior, sino a otra estancia de mayores dimensiones. George y Dos Santos hablaban con alguien que se encontraba con ellos en aquel lado. Hasán vacía inconsciente o muerto a poco más de un metro de mí; su cabeza estaba teñida de sangre coagulada. Más lejos, en un rincón, Phil, Myshtigo y las chicas conversaban en voz baja.

Mientras caía en la cuenta de todo esto, me restregaba la sien. El lado izquierdo de la cabeza no dejaba de dolerme, y otras muchas partes de mi anatomía habían decidido sumarse al juego.

- Está despierto - dijo de repente Myshtigo.

- Hola a todo el mundo. Aquí estoy de nuevo - confirmé.

Vinieron hacia mí y conseguí ponerme de pie. Lo hice por puro alarde, pero me salió bien.

- Nos han hecho prisioneros - dijo Myshtigo.

-¿De veras? Nunca lo habría adivinado.

- Cosas como éstas no suceden en Taler - observ6 ~, ni en ninguno de los mundos de la Confederación Vegana.

- Lástima que no se quedara usted allí – contesté -. Recuerde el número de veces que le he instado a que regrese.

- Esto no nos habría ocurrido de no haber sido por su duelo No pude contenerme más, y le largué un bofetón. Si no le di una paliza allí mismo, es porque todo él resultaba patético Le golpeé con el revés de mi mano, lanzándole contra la pared,

-¿Pretende decirme que ignora el motivo de que yo hiciera allí de blanco esta mañana?

- Tuvo una disputa con mi guardaespaldas - respondió, frotándose la mejilla.

- Sobre si iba o no iba a matarle a usted.

-¿A mí? ¿Matarme?

- Olvídelo – dije -. Poco importa ya, de todos modos. Todavía vive usted en Taler, y por mí puede seguir allí las pocas horas que le quedan. ¡ Qué pena que no haya tenido ocasión de darse una vuelta por la Tierra y visitarnos una temporadita! Pero, ¡qué le vamos a hacer!, las cosas no han salido del todo bien.

- Moriremos aquí, ¿no? - preguntó.

- Es la costumbre local.

Me aparté de ellos y me acerqué al hombre que me observaba desde el otro lado de los barrotes. Hasán estaba ahora recostado en la pared de enfrente. No me había dado cuenta de su desplazamiento.

- Buenas tardes - dijo el hombre de detrás de los barrotes, y lo dijo en inglés.

-¿Es la tarde? - pregunté.

- En efecto - replicó.

-¿Cómo es que no estamos muertos? - seguí preguntando.

- Porque les quería a ustedes vivos – declaró -. Oh, no a usted personalmente, Conrad Nomikós, comisario de Artes, Monumentos y Archivos, ni a sus distinguidos

amigos, incluido el poeta laureado. Quiero vivos a todos los prisioneros que me traen. Sus identidades son, como si dijéramos, el aderezo.

-¿Con quién tengo el placer de hablar? - pregunté.

- Es el doctor Moreby - dijo George.

- Su hechicero - dijo Dos Santos.

- Prefiero la palabra «Chamán» o «Jefe Médico» - corrigió Moreby, con una sonrisa.

Me aproximé a la reja y vi que era un tipo bastante delgado, de piel morena y curtida por el sol. Iba bien afeitado y llevaba el pelo recogido en una enorme trenza negra que se enroscaba alrededor de su cabeza como una cobra. Sus ojos eran negros y apretados, su frente amplia, y le sobraba una buena cantidad de papada que le caía hasta tapar la nuez. Llevaba también unas sandalias trenzadas a mano, un limpio sari de color verde y un collar de huesecillos humanos. Adornaba sus orejas con un par de grandes aros de plata en forma de serpiente.

Habla usted el inglés con mucha precisión – dije -, y Moreby no es un nombre griego.

-¡ Oh cielos! ~ respondió con un donoso gesto de sorpresa irónica -. ¡No soy un nativo! ¿Cómo ha podido tomarme por uno de ellos?

- Lo siento – dije -, ya veo que va muy bien vestido.

Emitió una risita burlona.

- Oh, estos harapos... Me los echó por encima. No, yo soy de Taler. Casualmente cayó en mis manos cierta interesantísima literatura sobre el tema del Retornismo, y decidí regresar para ayudar a reconstruir la Tierra.

- Ah, ¿sí? ¿Y qué pasó luego?

- El Departamento no reclutaba gente por entonces, y tuve alguna dificultad en encontrar empleo. Así que resolví dedicarme a la investigación. Este sitio está lleno de oportunidades.

-¿Qué clase de investigación?

- Poseo dos diplomas en antropología cultural, por la universidad de New Harvard. Decidí estudiar a fondo alguna de las tribus Calientes... Y después de mucha diplomacia y zalamerías, conseguí que ésta me aceptase. Emprendí también con ellos una labor educativa. No tardaron en acudir a mí en mayor número. ¡Maravilloso para el ego! Al cabo de cierto tiempo, mis estudios y mi actividad social empezaron a tener cada vez menos importancia. Bueno, quizás haya leído usted el libro titulado El corazón de las tinieblas... Ya me comprende. Los usos y costumbres locales son... ¿Cómo diría yo? Básicos. Encontré mucho más interesante tomar parte en ellos que limitarme a observarlos. Asumí la tarea de remodelar algunas de sus prácticas más burdas, y orientarlas conforme a criterios más estéticos. En este

terreno puede decirse que realmente les eduqué. Ahora hacen las cosas con mucho más estilo que antes de venir yo aquí.

-¿Las «cosas»? ¿Cuáles?

- Bueno... Por ejemplo, antes eran simples caníbales, y también bastante toscos e inexpertos en el trato que daban a sus cautivos antes de matarlos. Todo esto es muy importante. S se hace como es debido, uno adquiere clase... No sé si m explico bien. Aquí me encontraba yo ante una enorme riqueza de costumbres, supersticiones, tabúes, todo ello fruto de muchas culturas, muchos siglos, y al alcance de mi mano, por decirlo así. - Acompañó de nuevo sus palabras con un gesto. El hombre, e incluso el semihombre, el hombre Caliente, es una criatura aficionada al ritualismo; y aquí hallé tantísimos rituales y cosas de este género, que la oportunidad era tentadora. Así que les saqué todo el partido posible, y ahora ocupo entre esta gente una posición de gran honra y estima.

-¿Qué es lo que trata de decirme a propósito de nosotros. - inquirí.

- Las cosas iban tomando un cariz monótono por aquí - respondió- y los nativos comenzaban a impacientarse. Por ello decidí que ya era tiempo de celebrar otra ceremonia. Hablé con Procrustes, el Jefe de la Guerra, y le sugerí que tratara de hacer nuevos prisioneros. Creo que es en la edición abreviada de La rama de oro donde dice: «Los tolalaki, notorios cazadores de cabezas de las Célebes Centrales, acostumbran a beber la sangre y devorar el cerebro de sus víctimas con la idea de fortalecer así su bravura. Los italones de las Islas Filipinas beben la sangre de sus enemigos y se comen crudas algunas partes de su cabeza y entrañas, a fin de adquirir su valentía». Bien, ya lo ve. En este momento disponemos de la lengua de un poeta, la sangre de dos formidables guerreros, el cerebro de un eminente científico, el hígado bilioso de un político apasionado, y la interesante carne azulada de un vegano... Todo ello reunido en esta habitación. Un buen botín, sin duda.

- No podía explicarse con mayor claridad - observé-. ¿Y que hay de las mujeres?

- Oh, para ellas elaboraremos un prolijo ceremonial de la fertilidad, que culminará en un igualmente prolijo sacrificio.

- Ya veo.

- Es decir, si no les permitimos proseguir tranquilamente su camino, sin mayores molestias.

-¡Cómo!

- Sí, a Procrustes le gusta dar a sus prisioneros la oportunidad de medirse de acuerdo con una norma establecida, de probar su valor o sus fuerzas, posiblemente también de redimirse.

Es muy cristiano a este respecto.

-¿Y hace honor a su nombre, supongo?

Hasán se acercó a nosotros, quedándose de pie a mi lado, y observó. con curiosidad a Moreby a través del enrejado.

- Bien, bien - dijo Moreby -. En realidad no me disgustaría tenerles por aquí algún tiempo, ¿sabe? Posee usted sentido del humor. La mayoría de los curetes carecen de este suplemento a lo que podría calificarse de personalidad ejemplar. Creo que acabaría por aficionarme a usted...

- No se moleste. Prefiero que me hable de esa redención.

- Desde luego. Los miembros de esta tribu somos los guardianes del Hombre Muerto. Es una de mis más interesantes creaciones. Estoy seguro de que uno de ustedes dos no tardará en percatarse de ello durante su breve trato con él.

Al decir esto miró a Hasán, luego me miró a mí, y nuevamente a Hasán.

- Ya he oído hablar del personaje – comenté -. Dígame qué es lo que hay que hacer.

- Se les intimará a que presenten un campeón para combatir contra él esta noche, cuando salga nuevamente de su tumba.

-¿Qué clase de ente es ése?

- Un vampiro.

-¡Al diablo! ¿Qué es en realidad?

- Es un auténtico vampiro. Ya lo verá.

- De acuerdo, para usted la razón. Es un vampiro, y uno de nosotros se peleará con él. ¿De qué manera?

- Lucha libre, mano a mano y sin armas. Les aseguro que no es muy esquivo. Se quedará quieto y le dejará acercarse. También tendrá mucha sed, y hambre..., el pobrecito.

- Y si sale derrotado, ¿liberarán a los prisioneros?

- Ésa es la regla, tal como yo mismo la enuncié hace unos dieciséis o diecisiete años. Aunque, por supuesto, nunca se ha dado el caso...

- Sí, sí, ya me hago cargo. Intenta decirme que el sujeto es duro de pelar.

- Oh, es invencible. Ahí está la gracia. No serviría para una buena ceremonia si el resultado fuera distinto del previsto A mi gente suelo contarle de antemano el desarrollo de la batalla, y luego les invito a presenciarla. Ello ratifica su fe en el destino y en mi estrecho vínculo con sus ineludibles decretos

Hasán me echó una mirada.

-¿Qué quiere decir con eso, Karagee?

- Que es una lucha predeterminada, con tongo.

- Al contrario - repuso Moreby -, no hay tongo. No tiene por qué haberlo. En este planeta existe un viejo proverbio relacionado con un antiguo deporte: «No apuestes nunca contra los malditos yanquis, o perderás dinero». El Hombre Muerto es invencible porque nació ya con una suma notable de cualidades propias de la región, sobre las cuales yo mismo he trabajado después, perfeccionándolas considerablemente. Además, se ha nutrido de la carne y sangre de muchos héroes, por lo que su fuerza iguala como mínimo la de todos ellos juntos. Cualquiera que haya leído a Frazer sabe esto.

Bostezó, al tiempo que se cubría la boca con una especie de plumero.

- Debo irme ahora a inspeccionar la barbacoa, y asegurarme de que todo está bien cubierto de ramas de acebo. Escojan esta tarde su luchador. Les veré a la noche. Hasta luego.

--Que tropiece y se rompa el cuello.

Sonrió y se alejó de la choza.

Convoqué asamblea general.

- Bien – dije -. Tienen con ellos a uno de esos fantoches Calientes a quien llaman el Hombre Muerto, y se supone que es cosa fina. Voy a luchar con él esta noche. Si le venzo, también se supone que han de dejarnos libres, pero por nada del mundo me fiaría de la palabra de Moreby. De modo que debemos elaborar un plan de evasión, o, en caso contrario, nos servirán calentitos en una parrilla.

- Phil - pregunté, dirigiéndome a mi amigo ~, ¿conoces bien el camino hacia Volos?

- Creo que sí, aunque hace ya tanto tiempo... Pero, ¿dónde estamos ahora exactamente?

- Por si sirve de ayuda - respondió Myshtigo, que se había acercado a la ventana -, desde aquí veo un resplandor. No es de ningún color que pueda expresar en su lenguaje, pero está en aquella dirección - señaló al decirlo. Es un color que suelo distinguir cerca de las sustancias radiactivas, si la atmósfera es lo bastante densa en ese sitio. Suelo verlo desde bastante lejos.

Me acerqué yo también a la ventana y miré en la dirección indicada.

- En tal caso, podría tratarse del Lugar Caliente, lo que significa que estamos muy próximos a él. El camino de Volos tendría que estar entonces por aquel otro lado - señalé en sentido contrario. Puesto que el sol da ahora a esta parte de la choza y es la tarde, continuad por allí una vez encontréis el camino; siempre en dirección contraria al sol poniente. No pueden faltar más de veinticinco kilómetros.

- Nos perseguirán - dijo Dos Santos.

- Hay caballos - interpuso Hasán.

-¿Qué?

- Al final del sendero, en un prado. Antes he visto tres junto a aquella cerca. Ahora han desaparecido detrás de la casa. Quizá haya más. Aunque no parecían muy resistentes.

-¿Todo el mundo sabe montar?

- Nunca he montado a caballo - dijo Myshtigo -, pero el thrid es algo semejante. Y ya he montado un thrid.

Todos los demás habían montado a caballo

- Entonces, listos para esta noche – dije -. Montad por parejas a ser posible. Si sobran caballos, soltad al resto y alejadlos de aquí. Mientras contemplan mi combate con el Hombre Muerto, vosotros os dirigís a la dehesa. Apoderaos de todas las armas que podáis y tratad de abriros paso hasta los caballos. Phil, llévalos a Makrynitsa y mencionad allí, en cualquier parte, el nombre de Korones. Os darán asilo y os protegerán.

- Lo siento - dijo Dos Santos -, pero tu plan no es bueno.

- Si tienes uno mejor, dínoslo - repuse.

- Primero de todo prosiguió, no podemos realmente confiar en el señor Graber. Cuando tú todavía estabas inconsciente él sufría agudos dolores y se encontraba muy débil. George cree que le dio un ataque al corazón durante nuestra batalla con los curetes, o poco después. Si algo malo le sucede, estamos perdidos. En caso de que logremos liberarnos, te necesitamos a ti como guía. No podemos contar sólo con el señor Graber. En segundo lugar, no eres tú el único entre nosotros capaz de enfrentarse con una amenaza exótica. Hasán derrotará igualmente al Hombre Muerto.

- No puedo pedirle que haga eso – contesté -. Incluso en caso de ganar, quedará separado de nuestro grupo, y es probable que lo atrapen en seguida. Ni que decir tiene que pagará la hazaña con su vida. Le has contratado para matar por ti no para morir.

- Yo lucharé con él, Karagee - dijo Hasán.

- No tienes por qué hacerlo.

- Pero lo deseo. De veras.

-¿Cómo te sientes ahora, Phil? - pregunté.

- Mejor, mucho mejor. Creo que no fue más que un simple trastorno de estómago. No os preocupéis por ello,

-¿Te encuentras lo bastante bien como para llegar hasta Makrynitsa a caballo?

- No hay ningún problema. Será más sencillo que a pie. Nací prácticamente a caballo, ¿no lo recuerdas?

-¿Recordar? - inquirió de pronto Dos Santos -. ¿Qué quiere usted decir con eso, señor Graber? ¿Cómo podría Conrad recor...?

- Recordar sus famosas Baladas a caballo - interrumpió Peluca Roja -. ¿Qué pretendes en definitiva, Conrad?

- Gracias, pero yo soy aquí el jefe – dije -. Yo doy las órdenes y he decidido ser quien luche contra el vampiro.

- En situaciones como ésta creo que deberíamos ser un poco más democráticos cuando se trata de tomar decisiones de vida o muerte - replicó ella -. Tú naciste en esta región. Por buena que sea la memoria de Phil, nadie mejor que tú mismo puede conseguir sacarnos de aquí con la necesaria rapidez. Además, no mandas a Hasán a la muerte ni le dejas abandonado. Es él quien se ofrece voluntario.

-Yo me despacharé al Hombre Muerto - dijo Hasán -, y luego me uniré a vosotros. Conozco varios modos de burlar a mis perseguidores. Seguiré vuestras huellas.

- Eso me corresponde a mí - le contesté -. Es mi trabajo.

- Bueno, si no podemos ponernos de acuerdo, ¿por qué no dejar que decida la suerte? Echémoslo a cara o cruz.

- Muy bien. ¿Nos han robado también el dinero, además de las armas?

- Me quedan algunas monedas - dijo Ellen.

- Lanza una al aire.

Así lo hizo.

- Cara - dije, mientras la moneda caía al suelo.

--Cruz - dijo ella.

-¡No la toques!

Sí, era cruz. La cara estaba en el otro lado.

- Bravo, Hasán, eres un tipo afortunado - le dije -. Acabas de ganarte un equipo completo de héroe, con monstruo y todo. ¡ Buena suerte!

Se encogió de hombros y respondió:

--Estaba escrito. A continuación fue a sentarse junto a la pared, apoyando en ella la espalda; sacó de la suela de su sandalia izquierda un pequeña navaja y comenzó a pulirse las uñas. Siempre había sido un matón muy aseado. Supongo que había alguna misteriosa relación entre aquella limpieza y su salvajismo.

Mientras el sol se ponía lentamente por el oeste, Moreby vino otra vez a vernos, acompañado de un contingente de curetes armados.

- Ha llegado el momento – declaró -. ¿Han decidido y quién va a combatir?

- Hasán luchará - respondí.

Magnífico. Vengan entonces con nosotros. Por favor, no intenten ninguna tontería. Odio tener que suministrar mercancías deterioradas a un festival.

En medio de un cerco de hojas afiladas, abandonamos la cabaña y avanzamos por lo que debía de ser la calle principio del pueblo, pasando junto al cercado. Ocho caballos, con cabeza baja, pastaban dentro. Tenían los flancos ulcerados estaban esqueléticos. Todos sin excepción les echamos una ojeada al pasar.

La aldea se componía de unas treinta chozas semejantes la que nos había servido de encierro. El camino estaba sucio, lleno de baches donde se acumulaban toda clase de escorias. El aire apestaba a sudor, orina, fruta podrida y humo.

Caminamos unos ochenta metros más, girando luego a izquierda. La calle se terminaba allí, pero aún tomamos una pequeña senda cuesta abajo hasta llegar a un espacio despejado. Una mujer gruesa y calva, con enormes pechos y cara tumefacta que más parecía un campo de lava, atizaba unas brasas terriblemente sugestivas debajo de una gigantesca barbacoa. Se rió a nuestro paso y se relamió los labios con manifiesta fruición.

A su alrededor, esparcidas por el suelo, yacían unas cuantas estacas grandes y puntiagudas...

Un poco más lejos, siguiendo hacia delante, aparecía u superficie llana y cubierta de tierra apisonada. Un árbol descomunal, similar a los que crecen en los trópicos, pero, por lo visto, adaptado a nuestro clima y rebosante de vides que pendían de sus ramas, presidía orgulloso el lugar desde uno los extremos. Por lo demás limitaban el campo, a todo lo largo de su perímetro, varias filas de antorchas de más de dos metros de largo, cuyas imponentes llamas ondeaban ya al viento de la noche como gallardetes. En el otro extremo de aquella especie de plaza se levantaba la choza más llamativa de todas. Debía medir unos cinco metros de alto y por lo menos diez de anchura en su fachada. Estaba pintada de un rojo chillón y adornada con diversos símbolos de brujería. La sección central de la fachada consistía en una inmensa puerta corrediza. Dos curetes con armas montaban guardia a ambos lados de la misma.

En el Oeste, el sol no era ya más que un diminuto casco anaranjado. Moreby encabezó nuestro grupo cruzando el campo en dirección al árbol.

De ochenta a cien espectadores se hallaban sentados en el suelo detrás de las antorchas, a cada lado de la improvisada pista.

Con un gesto, Moreby nos señaló la cabaña roja.

-¿ Qué les parece mí casa? - preguntó.

- Encantadora - contesté yo.

- Tengo un inquilino que la comparte conmigo, pero duerme durante el día. En seguida tendrán ocasión de conocerlo.

Llegamos por fin a la base del árbol; Moreby nos dejó allí, rodeados por guardianes Él se dirigió al centro del campo y comenzó a arengar en griego a los curetes.

Habíamos acordado, para iniciar la huida, esperar a que la lucha estuviera a punto de concluirse, fuera cual fuere el resultado, dado que nuestros anfitriones estarían entonces más excitados y concentrados en el inminente desenlace. Disimuladamente habíamos ido empujando a las mujeres hacia el interior del grupo, y yo logré situarme a la izquierda de uno de los espadachines a quien tenía intención de matar a las primeras de cambio. Lástima que estuviéramos tan lejos, en aquel extremo de la planicie, ya que para alcanzar los caballos tendríamos que atravesar nuevamente toda el área hasta más allá de la barbacoa, y no iba a ser fácil.

. . Y luego, aquella noche - decía Moreby ~, surgió el Hombre Muerto y abatió a este vigoroso guerrero, Hasán, quebrando sus huesos y arrojándolo a vuestras plantas en este lugar de regocijo. Finalmente, dio muerte a su gran enemigo, y bebió la sangre de su garganta, y comió su hígado, crudo y todavía humeante en el aire de la noche. Todo esto hizo aquella noche. Poderosa es su fuerza.

Poderosa! ¡Poderosa! - gritaba la multitud, y alguien comenzó a golpear un tam-tam.

- Hagamos que vuelva a la vida...

Todos repetían a coro:

-¡ Que vuelva a la vida!

-¡Salve!

-¡ Salve!

- Dientes blancos y afilados...

-¡Dientes blancos y afilados!

- Piel blanca, blanca...

-¡ Piel blanca, blanca!

--Manos que destruyen...

-¡Manos que destruyen!

- Boca que bebe...

-¡ Boca que bebe!

-¡La sangre de la vida!

-¡La sangre de la vida!

-¡ Grande es nuestra tribu!

-¡ Grande es nuestra tribu!

-¡ Grande es el Hombre Muerto!

-¡ Grande es el Hombre Muerto!

-¡ Grande es el Hombre Muerto!

-~ Grande es el Hombre Muerto!

-¡ GRANDE ES EL HOMBRE MUERTO!

Al final fue un bramido colectivo. Gargantas humanas, cuasi-humanas e inhumanas lanzaban a los aires su breve letanía como una marea que anegara el campo con su furia. Nuestros guardianes se habían sumado al griterío. Myshtigo se tapaba sus sensibilísimos oídos con expresión de angustia en el rostro. También a mí me daba vueltas la cabeza. Dos Santos cruzó los brazos sobre la cara, y uno de los guardias, sin duda sospechando algo extraño, hizo un gesto de desagrado y levantó amenazadoramente su cuchillo. Don se encogió de hombros y volvió a mirar a la muchedumbre.

Moreby se encaminó hacia la cabaña y, llegando allí, golpeó con su varilla tres veces en la puerta corrediza.

Uno de los centinelas la empujó hasta abrirla del todo.

Un inmenso catafalco negro, rodeado de cráneos de hombres y animales, apareció en el interior. Sobre él descansaba un enorme ataúd de madera, igualmente negro y decorado por una trama de líneas brillantes que se retorcían y entrecruzaban.

Siguiendo instrucciones de Moreby, los guardias levantaron la tapa.

Los siguientes veinte minutos se los pasó poniendo inyecciones a algo que se encontraba dentro del ataúd. Sus movimientos eran lentos y rituales. Uno de los dos guardias depuso el arma y le asistió en su tarea. Fuera, los tam-tams seguían retumbando, pero a ritmo más lento y solemne. La multitud guardaba ahora un silencio absoluto y permanecía inmóvil.

De pronto, Moreby se volvió.

- El Hombre Muerto resucita - anunció.

-¡Resucita! - coreó la masa.

- Y sale a aceptar el sacrificio.

-¡Y sale...!

-¡Sal fuera, Hombre Muerto! - invocó, de cara al túmulo. Y salió.

Con cierta lentitud.

Porque era una mole.

Gigantesco, obeso.

¡ Grande era, en verdad, el Hombre Muerto!

Posiblemente unos 170 kilos.

Se ineorporó hasta quedar sentado en el ataúd y paseó la mirada en torno suyo. Luego se frotó sucesivamente el peche los sobacos, el cuello, la ingle. Al fin se apeó de la enorme caja pasando con dificultades por encima del borde. y fue a colocarse delante del catafalco junto a Moreby, que de repente pareció un enano.

Sólo llevaba puesto un taparrabo, y anchas sandalias de piel de cabra.

Su cuerpo era blanco, blanquisimo, blanco como el vientre de los peces, como la palidez de la luna, como la muerte

- Un albino - dijo George, y su voz se oyó en todo el ámbito del campo, por ser el único sonido que rompió el silencio de la noche.

Moreby miró hacia nosotros y sonrió. Luego tomó de la mano, tina mano de dedos rechonchos y fuertes, al Hombre Muerto y lo condujo desde el umbral de la choza hasta el centro del terreno. El gigante pareció asustarse del fulgor de las antorchas. Mientras avanzaba, estudié la expresión de su rostro.

- No hay inteligencia en esa cara - dijo Peluca Roja.

-¿Puedes ver sus ojos? - inquirió George, haciendo guiños con los suyos. Las gafas se le habían roto en la refriega.

- Sí. Son rosáceos.

-¿Se aprecian epicantos en los párpados?

- Sí...

- Ya... Es un mongoloide. Un idiota, diría yo Por eso a Moreby le ha resultado tan fácil hacer con él lo que ha hecho. ¡Fijaos en sus dientes! Parecen limados.

Seguí su indicación. El monstruo sonreía, si aquello era sonreír, porque le había llamado la atención la pintoresca cabeza de Peluca Roja. Al hacerlo, dejó al descubierto dos largas hileras de pulcros y afilados dientes.

- Su albinismo es la causa de que Moreby le haya impuesto hábitos nocturnos. ¡ Mirad! ¡ Hasta le hacer parpadear la luz de las antorchas! Es hipersensible a cualquier acción actínica.

--¿Y qué dices de sus hábitos dietéticos?

- Adquiridos, por imposición. Muchos pueblos primitivos sangraban a sus bestias con el mismo fin. Los kazaks lo hicieron hasta el siglo veinte, y también los todas. Ya habéis visto las llagas de los caballos al pasar por allí antes. La sangre alimenta si uno se acostumbra a ella y la soporta..., y estoy seguro de que Moreby viene regulando la dieta de ese imbécil desde que era niño. Claro que es un vampiro! Lo educaron así.

- El Hombre Muerto ha resucitado - voceaba Moreby.

- El Hombre Muerto ha resucitado - repetía la muchedumbre.

-¡ Grande es cl Hombre Muerto!

-¡ Grande es el Hombre Muerto!

Soltó Morcby la cadavérica mano que sostenía y dirigió sus pasos hacia nosotros, dejando sonriente, en medio del campo, al único vampiro genuino que conocíamos.

- Grande es el Hombre Muerto - dijo con mueca burlona al acercarse al grupo -. Magnífico, ¿no creen?

-¿Qué le ha hecho a ese pobre infeliz? preguntó Peluca Roja.

- Muy poca cosa - replicó Moreby -. Ya nació bastante bien dotado.

¿De qué eran esas inyecciones que le ha puesto? - inquirió George.

- Oh, antes de un encuentro como éste suelo adormecer sus puntos sensibles con una buena dosis de novocaína. El no dar muestras de dolor contribuye a realzar su imagen de invencibilidad. También le he inyectado algunas hormonas. Ultimamente ha aumentado de peso y lo veo un poco lento de reflejos. Así se lo compenso.

- Habla de él y lo trata como si fuera un muñeco mecánico, un juguete - dijo Diane.

- Lo es. Un juguete invencible. E inestimable. ¡Usted Hasan!. ¿Está listo? preguntó.

- Sí-respondió Hasán, despojándose de manto y albornoz y entregando ambas prendas a Ellen.

Bombeando los protuberantes músculos de sus hombros arqueando ligeramente los dedos, Hasán comenzó a abrirse camino entre el bosque de espadas. Llevaba un refuerzo en el hombro izquierdo y varios más en la espalda Al

reflejarse la luz de las antorchas en su barba, ésta adquirió un color rojo sanguinolento, y entonces no pude menos que recordar la famosa noche del houufor, cuando Hasán intentó estrangular a alguien en el delirio y Mamá Julie me dijo: «Tu amigo está poseído por Angelsou». Y aquello otro: «Angelsou es un dios de muerte y sólo visita a los suyos».

- Grande es el guerrero Hasán - proclamó Moreby, mientras se alejaba de nosotros.

- Grande es el guerrero Hasán - coreó, como de costumbre la multitud.

- Su fuerza es la de muchos.

- Su fuerza es la de muchos.

- Mayor es la del Hombre Muerto.

- Mayor es la del Hombre Muerto.

- Rompe sus huesos y arrójalo a nuestros pies, en este lugar de regocijo.

- Rompe sus huesos...

- Come su hígado.

- Come su hígado.

- Bebe la sangre de su garganta.

- Bebe la sangre de su garganta.

- Poderosa es su fuerza.

- Poderosa es su fuerza.

-¡ Grande es el Hombre Muerto!

-¡Grande es el Hombre Muerto!

- Esta noche - dijo Hasán, en voz baja – si que va a ser de veras el Hombre Muerto.

Hombre Muerto! - clamó Moreby, cuando Hasán se hubo adelantado y situado frente a él -. ¡Te ofrezco este hombre Hasán, en sacrificio!

Acto seguido se retiró de allí e hizo signo a los guardias de que nos trasladaran a una de las bandas laterales, la más distante.

El idiota seguía sonriendo y enseñando los dientes, todavía más que antes si cabe, y comenzó a avanzar con lentitud hacia él haciendo ademán de querer atraparle con sus brazos extendidos.

- Bismallah - dijo Hasán, fingiendo apartarse, pero en realidad sólo inclinándose un poco de lado.

Luego, con toda rapidez, saltó del suelo describiendo un círculo, y con los nudillos asestó a su enemigo un tremendo golpe en la mandíbula izquierda. Todo fue tan breve y seco como un latigazo.

La cabeza blanca, blanquisima, del Hombre Muerto, se ladeó unos diez centímetros.

Y continuó sonriendo..

Sin más, sus dos brazos cortos y gruesos cayeron sobre Hasán v asieron a éste por los sobacos. Hasán clavó sus manos como garras en los hombros del monstruo y, desde allí, las hizo descender a lo largo de sus costados hundiendo en ellos sus aceradas uñas y dejando regueros de sangre. Rojas perlas brotaban en aquella piel blanca cada vez que los dedos de Hasán oprimían los músculos ocultos tras su envoltura.

La multitud prorrumpió en alaridos al ver la sangre del Hombre Muerto. Tal vez su olor excitara a éste, o el mismo griterío.

El caso es que levantó a Hasán a casi un metro del suelo y echó a correr con él hacia el árbol.

La cabeza de Hasán cayó como un plomo al chocar ambos contra cl grueso tronco.

Luego, como si tal cosa, el Hombre Muerto dio unos pasos atrás, con su habitual lentitud, se sacudió un poco, y empezó a descargar golpe tras golpe sobre Hasán.

Era un auténtico aluvión. Aquellos brazos pequeños y abultados hasta lo grotesco caían sobre el árabe como mazos.

Hasán logró cubrirse la cara con las manos y mantener los codos apretados contra la boca del estómago.

Pero el Hombre Muerto seguía golpeándole sin tregua en los costados y la cabeza. Sus brazos subían y bajaban incansables, como los de una máquina.

Y no dejaba de sonreír.

Finalmente, las manos de Hasán cayeron. Aún consiguió cruzarlas sobre el estómago.

Y dos hilos de sangre aparecieron simultáneamente a ambos lados de su boca.

El invencible juguete continuaba su juego.

Y de pronto, a lo lejos, muy lejos, al otro extremo de la noche, tan lejos que sólo yo pude oírlo, resonó en los aires el eco de una voz familiar.

Era el fiero aullido de caza de mi fiel sabueso e infatigable perseguidor Bortán.

En alguna parte había vuelto a dar con mi rastro, y ahora, venía corriendo hacia mí, galopando en la noche, saltando y brincando como las cabras, impetuoso como un caballo o un torrente, con su pelo abigarrado, Ojos como teas encendidas, y dientes como sierras.

Nunca se cansaba de correr, mi Bortán.

Los seres como él han nacido sin miedo, cazadores empedernidos, marcados por la muerte.

Mi bravo mastín venía hacia aquí, y nada podía detener su carrera.

Pero estaba lejos, muy lejos, al otro extremo de la noche...

La multitud gritaba. Hasán no podría resistir mucho más. Nadie podría.

Por el rabillo del ojo (el castaño) me percaté de un pequeño gesto de Ellen.

Parecía como si hubiera lanzado algo con su mano derecha...

Ocurrió dos segundos después.

Rápidamente aparté la vista de aquel Punto brillante que surgió de repente junto al idiota.

El Hombre Muerto gimoteó y abandonó su presa.

¡ Bravo por el viejo artículo 237-1 (promulgado por mí)!

«Todo guía y miembro de una expedición turística deberá llevar consigo no menos de tres bengalas de magnesio cuando viaja.»

Lo que significaba que a Ellen le quedan todavía dos. ¡ Bien por Ellen!

El monstruo había dejado de golpear a Hasán.

Ahora trataba de tejar de sí la bengala a patadas. Gritaba asustado. Arreciaron los puntapiés. Se cubrió los ojos Rodó finalmente por el suelo.

Hasán contemplaba la escena sangrando, jadeando.

La bengala seguía ardiendo, el Hombre Muerto gritaba..,

Por fin Hasán se movió.

Logró ponerse en pie y sus manos alcanzaron uno de los gruesos sarmientos que pendían del árbol.

Tiró de él. Resistía. Tiró con más fuerza. El sarmiento se desgajó.

Sus movimientos adquirieron firmeza al arrollar en sus manos cada uno de los extremos del sarmiento.

La llama chisporroteó un instante, brilló de nuevo...

Hasán se arrodilló junto al Hombre Muerto y, con rápido movimiento, le echó el improvisado lazo alrededor de la garganta.

Empezó a apretar.

El idiota asió a su adversario por la cintura.

Los fuertes músculos del árabe se hincharon en sus hombros hasta parecer montañas. El sudor se mezclaba con la sangre que caía de su rostro.

El Hombre Muerto se incorporó, levantando con él a Hasán.

Esté siguió apretando.

El monstruo, con el rostro ya no tan blanco, sino amoratado y con venas que sobresalían en la frente y el cuello como cordeles levantó su carga a mayor altura del suelo.

Del mismo modo que yo había levantado antes al golem alzó el Hombre Muerto a Hasán, pese a que el sarmiento penetraba aún más profundamente en su garganta al poner él en juego todos los recurso de su fuerza inhumana.

La multitud gritaba y canturreaba incoherentemente. El tamtam, cuyo ritmo había ido aumentando hasta el frenesí, lo mantenía ahora sin descanso. Y otra vez volví a oír el aullido, todavía muy lejano.

La luz de la bengala comenzó a extinguirse.

El Hombre Muerto se cimbreó.

Luego, como afligido de una súbita conmoción, arrojó a Hasán lejos de sí.

El sarmiento se aflojó en el cuello del coloso, al liberarse de las manos que lo aferraban.

Hasán tomó ukemi y rodó hasta quedar sobre sus rodillas, permaneciendo así.

El Hombre Muerto se dirigió hacia él.

De pronto vaciló.

Un temblor pareció recorrerle todo el cuerpo. Emitió un gruñido y se echó las manos a la garganta. Su cara se amoratό aún más. A punto de caerse, logró apoyar su mano en el árbol y quedóse allí un momento, jadeando. Sus estertores no tardaron en hacerse más audibles. Por fin, su mano se deslizó a lo largo del tronco y toda su mole se desplomó. Todavía intentó incorporarse, consiguiéndolo sólo a medias.

Por su parte, Hasán se había levantado y en seguida fue a recuperar el sarmiento abandonado en tierra.

Avanzó hacia el idiota.

Esta vez no falló.

El Hombre Muerto se vino abajo, para no volverse a levantar.

Fue como cuando se apaga una radio que ha estado funcionando a pleno volumen:

Clic.

Silencio, un gran silencio... Todo había ocurrido con gran rapidez. La noche era agradable, sí, muy complaciente cuando a su amparo extendí los brazos y le rompí el cuello al espadachín que estaba a mi lado, apoderándome de su arma. Me volví luego a la izquierda y al siguiente le partí el cráneo en dos.

De nuevo clic, y otra vez la radio a todo volumen, pero ahora estático. El velo de la noche se había rasgado.

Myshtigo tumbó a su hombre de un certero golpe en la nuca, y luego a otro de una patada en la espinilla. También George logró encajar un rodillazo entre los muslos al que le tocó e suerte.

Dos Santos, no tan rápido - o con menos fortuna - recibió dos cortes, en el pecho y el hombro respectivamente.

La masa se agitó, y todos a una se pusieron en pie allí donde se encontraban, como en una película a cámara rápida en la cual se ve cómo crece de repente un campo de habichuelas.

Empezaron a avanzar hacia nosotros.

Ellen lanzó el albornoz de Hasán a la cabeza del hombre que estaba a punto de destripar a su marido. El poeta laureado contribuyó a rematar la obra dejando caer a plomo una roca, encima del albornoz, y sin duda atrayéndose con tal acción una buena dosis de karma adverso, pero ello no pareció inquietarle demasiado.

Para entonces Hasán se había ya reincorporado a nuestro pequeño grupo. Paró hábilmente una estocada con un golpe seco en la parte plana de la hoja que se le venía encima: viejo procedimiento samurai que yo creía definitivamente perdido para el mundo. Con otra rápida maniobra se apoderó también de la espada de su enemigo, ¡ y a fe que no la manejaba mal!

Matamos o mutilamos a todos nuestros guardianes cuando la multitud aún estaba a medio camino. Diane, inspirada por Ellen, arrojó sus tres bengalas de magnesio al populacho que se precipitaba por el campo hacia nosotros.

Llegó el momento de echar a correr. Ellen y Peluca Roja sostenían a Dos Santos, que se tambaleaba un poco.

Pero los curetes nos habían cerrado el paso, y corríamos en dirección norte, alejándonos más de nuestra meta.

- No lo conseguiremos, Karagee - me gritó Hasán.

- Ya lo sé.

-A menos que tú y yo les distraigamos mientras los demás siguen adelante.

- De acuerdo. ¿Dónde?

- En el claro de la barbacoa. Allí hay árboles espesos junto al sendero. Es como el cuello de una botella. No podrán atacarnos todos a la vez.

-¡ Es cierto! - Me volví a los otros -. ¿Nos habéis oído? Dirigios hacia los caballos! ¡Phil os guiará! Hasán y yo les detendremos mientras podamos!

Peluca Roja volvió la cabeza y empezó a decir algo.

-¡No discutas y vete! Queréis vivir, ¿no?

Todos querían. Obedecieron.

Hasán y yo nos desviamos al llegar junto a la barbacoa, y esperamos allí entre árboles. Los demás deshicieron una parte del camino andado y se metieron por el soto, marchando en línea recta hacia el pueblo y el cercado. La muchedumbre continuaba en la misma dirección, hacia donde estábamos Hasán y yo.

La primera oleada se abatió de lleno sobre nosotros, y comenzó la matanza. Nos hallábamos en un lugar en forma de V, allí donde el sendero, rodeado de espesura, desembocaba en la pequeña planicie. A mano izquierda había un hoyo con rescoldos de algún fuego reciente; a la derecha, un grupo compacto de árboles nos ofrecía el refugio de su espeso ramaje. Matamos a tres de nuestros enemigos, y varios más sangraban ~ retroceder. Tras una breve pausa volvieron a la carga, tratando esta vez de atacarnos en círculo.

Hasán y yo nos pusimos espalda contra espalda y empezamos a repartir mandobles a todo el que se acercaba.

Si alguno consigue un arma de fuego estamos perdidos, Karagee.

- Ya lo sé.

Otro de sus abortos cayó bajo el filo de mi hoja. Y Hasán envió a otro más al hoyo entre aullidos de dolor.

Los teníamos ya a todos allí. Una de sus armas esquivó mi guardia y me hirió en el hombro. Otra me alcanzó en el muslo.

-¡ Atrás, estúpidos! ¡Engendros imbéciles! Atrás he dicho!

Todos obedecieron a esta orden inesperada, cesando en sus arremetidas.

El hombre que había hablado medía alrededor de un metro y medio. Su mandíbula inferior se movía igual que la de una marioneta, como si tuviera bisagras, y sus dientes parecían fichas de dominó: todos moteados de negro y rechinando al abrirse y cerrarse la boca.

-Si, Procrustes - dijo una voz.

-¡Id a buscar redes y cogedlos vivos! ¡ No os acerquéis a ellos! ¡Ya nos han costado bastante caros!

Moreby estaba a su lado, y balbuceaba algo en tono quejumbroso.

- Yo, mi señor...

-¡ Silencio! ¡Tú, fabricante de asquerosas ponzoñas! ¡ Por tu culpa hemos perdido a un dios y a muchos hombres!

-¿Salimos corriendo? - sugirió Hasán.

- No, pero prepárate a cortar las redes en cuanto las traigan.

- No augura nada bueno el que nos quieran vivos - declaró.

- Ya hemos mandado a unos cuantos al infierno, para facilitar las cosas - le respondí -, y todavía estamos en pie y con armas. ¿Qué más quieres?

- Si les atacamos ahora, podemos llevarnos por delante a dos o a cuatro más. Si esperamos, nos atraparán en la red y moriremos sin ninguno.

-¿Y qué nos importa una vez muertos? Esperemos. Mientras estemos con vida, tendremos siempre el gran abanico de probabilidades ampliándose a cada momento.

- Como tú digas.

Volvieron con las redes y nos las echaron encima. Logramos cortar tres de ellas, pero nos atraparon en la cuarta. Después de apretarla bien, se aproximaron.

Sentí que me arrancaban el arma de las manos, y alguien me dio un puntapié. Era Moreby.

- Ahora morirán como mueren muy pocos - dijo.

-¿Han escapado los demás?

- Sólo de momento – respondió -. Seguiremos su rastro, los encontraremos y los traeremos aquí de nuevo.

Solté una carcajada.

- Pierde usted – dije -. Conseguirán huir.

Me pegó otra patada.

-¿Es así como se aplica su regla? - le pregunté -. Hasán ha vencido al Hombre Muerto.

- Con trampa. La mujer lanzó una bengala.

Procrustes vino junto a él, mientras su gente nos envolvía bien en las redes.

~ Llevémoslos al Valle del Sueño - dijo Moreby -. Allí podremos disponer de ellos a voluntad y conservarlos para una futura ceremonia.

- Está bien - contestó Procrustes -. Que se haga así.

Durante ese tiempo, Hasán debió de haber estado maniobrando con el brazo para intentar sacarlo por uno de los orificios de la red, cosa que logró en parte, porque de pronto disparó un zarpazo y arañó la pierna de Procrustes, que se hallaba a corta distancia.

Procrustes respondió con varias patadas y también me propinó una a mí, para redondear la cuenta. Luego se frotó la pantorrilla ensangrentada.

~ ¿Por qué has hecho eso, Hasán? - pregunté a este último, cuando Procrustes se hubo alejado y daba órdenes de que nos ataran a las estacas de la barbacoa para transportarnos.

- Todavía puede haber restos de cianuro en mis uñas - explicó.

-¿De dónde?

- De las balas de mi cartuchera, Karagee. No. me las quitaron. Recubrí con él mis uñas esta tarde después de limarías.

-¡Ah! Por eso arañaste al Hombre Muerto al principio de la pelea...

- Sí, Karagee. Luego sólo era cuestión de mantenerme vivo hasta que cayera.

- Eres un matón ejemplar, Hasán.

- Gracias, Karagee.

Nos ligaron a las estacas, con red y todo. A una orden de Procrustes, cuatro hombres nos levantaron.

Moreby y Procrustes encabezaban la procesión que nos conducía a través de la noche.

Mientras avanzábamos por el sendero irregular, el mundo iba cambiando a nuestro alrededor. Es lo que siempre ocurre al aproximarse a un Lugar Caliente. Parece como si uno retrocediera a lo largo de varias eras geológicas.

Los árboles se diversificaban a ambos lados del camino, cada vez más. En cierto momento nos internamos por un húmedo pasadizo flanqueado de oscuras torres con hojas como helechos, a través de las cuales entes insólitos nos escudriñaban con ojos rasgados y amarillos. Sobre nosotros, por encima de las copas de los árboles, la noche extendía su manto negro como la lona embreada de una tienda, tachonado de débiles puntitos brillantes, mellado por una gran lágrima de ámbar en forma de medialuna. Gorjeos como de pájaros, que degeneraban en extraño' gruñidos, surgían del interior del inmenso bosque. Algo más lejos, una negra figura cruzó rápida el sendero.

A medida que proseguíamos nuestra marcha, los árboles que nos circundaban iban haciéndose más pequeños, y mayores los espacios entre ellos. No eran como los árboles que habíamos dejado atrás, más allá del pueblo. Eran formas retorcidas ~ enmarañadas, con remolinos de algas a modo de ramas, troncos sinuosos y raíces a flor de tierra que reptaban, lentamente, como monstruosos gusanos. Diminutos seres invisibles garrapateaban en el suelo al huir, asustados por la luz de la linterna de Moreby.

Doblando la cabeza pude observar, a cierta distancia, un resplandor débil e intermitente. Venía de algún lugar frente a nosotros.

Abajo, gran profusión de vides crecían a ras mismo de la vereda, y se retorcían doloridas cada vez que las hollaban los miembros de la comitiva.

Los árboles ya sólo eran simples helechos. Pronto, éstos también desaparecieron, dando paso a grandes cantidades de líquenes, velludos y rojos como la sangre, que cubrían por completo las rocas y despedían una lánguida luminosidad.

Tampoco se oían ya ruidos de animales, ni sonidos de ninguna otra clase, salvo el jadeo de nuestros cuatro portadores, las pisadas, y de cuando en cuando el sordo clic del rifle automático de Procrustes al tropezar con alguna de las afelpadas rocas.

Nuestros portadores llevaban largos cuchillos colgando de la cintura. Moreby llevaba, además de toda una panoplia de armas blancas, una pequeña pistola.

La senda se empinó bruscamente. Uno de los hombres que cargaban con nosotros soltó un juramento. La lona nocturna se zarandeó y, por un instante, pareció venirse abajo; sus costados se encontraron con el horizonte, y toda ella quedó penetrada de una tenue neblina purpúrea, más ligera aún que el humo exhalado de un cigarrillo. Lenta y muy alta, abofeteando los aires como una raya que se desplaza por las aguas, la negra forma de un murciélago-araña cruzó el espacio y veló un momento el rostro de la luna.

Procrustes se desplomó.

Moreby le ayudó a levantarse, pero el jefe se tambaleaba y tuvo que apoyarse en él.

-¿Qué ocurre, mi señor?

- No sé. Un mareo repentino. Los miembros se me han embotado.. - Toma mi rifle. Cada vez pesa mas.

Hasán rió entre dientes.

Cuando Procrustes se volvió para mirarle, tenía abierta la boca, caída la mandíbula de títere...

De pronto ~ él también cayó.

Moreby, que acababa de coger el rifle, tenía las manos ocupadas. Entonces los guardias nos depositaron apresuradamente en el suelo y acudieron junto a Procrustes.

- Un poco de agua . - - pidió mientras cerraba los ojos.

Ya nunca más volvería a abrirlos.

Moreby lo auscultó, aplicando el oído a su pecho, y luego colocó el extremo emplumado de su varilla contra las fosas nasales del caído.

- Está muerto - anunció finalmente.

-¿Muerto?

El guardia, que tenía el cuerpo cubierto de costras, comenzó a sollozar.

- Era bueno – tipo -. Era un gran jefe y un guerrero valiente. ¿Qué haremos ahora?

- Está muerto - repitió Moreby -, y yo soy vuestro jefe hasta que sea elegido uno nuevo. Envolvedle en vuestros mantos y dejadle en aquella roca plana de allí delante. Aquí no hay animales, de modo que no le pasará nada. A la vuelta lo recogeremos. Ahora debemos ocuparnos de nuestra venganza en estos dos. - Nos señaló con su vara -. El Valle del Sueño está muy cerca. ¿Habéis tomado las píldoras que os di?

- Sí.

- Sí.

- Sí.

- Sí.

- Muy bien. Quitaos ahora vuestras capas y envolved el cadáver.

Así lo hicieron, y pronto cargaron otra vez con nosotros, llevándonos hasta la cima de una loma cercana. Desde allí, un nuevo sendero descendía abruptamente para ir a dar a una especie de hoyo fluorescente y como picado de viruelas por los efectos de alguna explosión múltiple. Los enormes peñascos del lugar casi parecían incandescentes de puro rojos.

- Esto - expliqué a Hasán- me fue descrito por mi hijo como el punto donde el hilo de mi Vida cayó sobre Una roe ardiente. Aquí me vio amenazado por el Hombre Muerto, per los hados lo pensaron dos veces y te pasaron a ti esa amenaza. Cuando yo sólo era un sueño en el pensamiento de la Muerte este lugar fue designado como uno de aquéllos donde podría perecer.

- Abandonar a Shinvat es abrasarse - dijo Hasán.

Bajaron al fondo del abismo y nos depositaron sobre la, rocas.

Moreby quitó el seguro del rifle y retrocedió unos pasos.

- Sacad al griego y atadlo a ese pilar - dijo, a la Vez que gesticulaba con el arma.

Cumpliendo sus órdenes, me ligaron de pies y manos bien asegurado, La piedra era lisa, húmeda, capaz de matar sin que uno se diera cuenta.

Hicieron lo mismo con Hasán, atándolo a mi derecha a unos dos metros y medio de distancia.

Moreby dejó la linterna en el Suelo, de modo que arrojará un semicírculo de luz en torno a nosotros. Los cuatro curetes parecían estatuas demoníacas a su lado.

Sonrió y apoyó el rifle contra la pared rocosa que se alzaba a sus espaldas.

- Este es el Valle del Sueño - nos dijo. Los que duermen, aquí no despiertan jamás, pero su carne se conserva fresca, abasteciénd0n05 en los años difíciles. Aunque, antes de marcharnos... - Sus ojos se volvieron hacia mí -¿Ve dónde he dejado el rifle?

No respondí.

Estoy seguro de que sus entrañas llegarán hasta allí, comisario. De todos modos voy a averiguarlo   Extrajo una daga de su cinturón y avanzó hacia mí. Los cuatro semihombres se adelantaron con él -. ¿Quién de los dos tendrá más redaños? – preguntó -. ¿Usted o el árabe?

Ambo5 nos mantuvimos en silencio.

- Los dos podrán comprobarlo por sí mismos – masculló -. Usted primero!

Asió bruscamente mi camisa y la rasgó de arriba a abajo.

Luego, con calculada lentitud, empezó a describir significativos círculos con la daga, a cinco centímetros de mi estómago, estudiando al mismo tiempo la expresión de mí cara.

- Tiene miedo –dijo -. Aún no lo refleja su rostro, pero no tardará en hacerlo. - Y añadió - : ¡Míreme!. Voy a introducir la hoja muy lentamente. Un día serás mi comida. ¿Qué te parece eso.

Solté una atronadora carcajada. De repente, valió la pena reírse.

Sus músculos faciales se contrajeron, para en seguida relajarse y dar paso a una momentánea expresión de perplejidad.

--¿El miedo te ha vuelto loco, comisario?

-¿Plumas o plomo? - le pregunté inesperadamente.

Comprendió el significado de mis palabras, y empezó a musitar algo. Entonces se oyó el chasquido de una piedra a tres o cuatro metros de distancia, y giró rápido la cabeza.

El último segundo de su vida lo pasó gritando, cuando la fuerza del sallo de Bortán le estrelló contra el suelo, y en un instante le arrancó la cabeza de los hombros.

Mi leal sabueso había llegado.

Los curetes chillaron despavoridos, porque los ojos de la fiera eran carbunclos y sus dientes sierras. Su cabeza se elevaba sobre el suelo a la altura de la de un hombre mayor que lo normal. Aunque empuñaron sus cuchillos y lo golpearon frenéticos, los aceros resbalaban en aquellos flancos de armadillo. Un cuarto de tonelada de perro, mi Bortán... No era precisamente la clase de animal que describió una vez Albert Payson Terhune.

Su actuación duró apenas un minuto, al cabo del cual sólo quedaban pedazos de nuestros enemigos. Todos murieron.

-¿Qué es esto? - preguntó Hasán.

- Un cachorrillo que encontré abandonado en la playa, dentro de un saco. Duro de ahogar, este perro mío... Bortán.

En la parte no protegida del lomo se le apreciaba un corte, como de una cuchillada. No procedía de la batalla que acababa de librar.

- Nos buscó primero en el pueblo – dije -, y trataron de detenerlo. Muchos curetes habrán muerto hoy.

El animal dio un brinco y me lamió la cara, meneando al mismo tiempo la cola, ladrando, retozando como un cachorro y correteando en pequeños círculos. Volvió a

saltar y a lamerme, y otra vez se puso a hacer cabriolas, por encima de los restos de los curetes.

- Es bueno para el hombre tener un perro - comentó Hasan-. Siempre he sido aficionado a los perros.

Mientras decía esto, Bortán le olisqueaba.

-¡ Has vuelto, sabueso indecente! - dije, dirigiéndome a animal -. ¿No sabes que los perros ya no existís?

Sin dejar de mover la cola, vino otra vez a mí y me lamió la mano.

- Siento no poderte rascar las orejas. Sabes cuánto me gustaría hacerlo, ¿no?

Siguió meneando la cola.

Abrí y cerré mi mano derecha, forcejeando con las ligaduras y mirando en su dirección. Bortán me observó atento. Su húmedo hocico temblaba.

- Manos, Bortán. Necesito manos que me liberen. Manos que desaten estos nudos. Ve a buscarlas, Bortán, y tráelas aquí.

Corrió a recoger un brazo de los que yacían por tierra y lo depositó a mis pies. Luego me miró expectante, moviendo la cola.

- No, Bortán. Manos vivas es lo que quiero. Manos amigas. Manos que puedan desatarme. ¿Lo entiendes?

Volvió a lamerme la mano.

- Busca manos para liberarme. Encuéntralas. Manos unidas a un cuerpo, vivas. Manos de amigo. ¡Ve ahora! ¡ Rápido!

Giró sobre sus patas y empezó a alejarse. Se detuvo un momento, miró indeciso hacia atrás y, por fin, echó a andar por la vereda.

-¿Lo habrá entendido? - inquirió Hasán.

- Creo que sí - le contesté -. Su cerebro no es el de un perro ordinario, y ha tenido mucho tiempo, muchísimo, más de lo que dura una vida humana, para desarrollar su inteligencia.

- Entonces, esperemos que encuentre a alguien pronto, antes de que nos invada el sueño.

Sí.

Y allí nos quedamos solos, aguardando en el frío de la noche.

La espera fue larga. Finalmente, perdimos la noción del tiempo.

Nuestros músculos estaban agarrotados y nos dolían. La sangre seca de incontables heridas nos cubría casi por entero. Apenas quedaba en nuestros cuerpos un centímetro libre de contusiones. Nos aturdía la fatiga y la falta de sueño.

Seguimos esperando... Las cuerdas penetraban hondo en nuestras muñecas.

¿Crees que conseguirán llegar hasta tu aldea?

Les hemos proporcionado una holgada ventaja. Creo que tienen buenas probabilidades.

Trabajar contigo resulta siempre difícil, Karagee.

- Sí, ya lo sé. Incluso yo mismo lo he notado.

- Como aquel verano que estuvimos pudriéndonos en los calabozos de Córcega.

- Sí.

- O cuando tuvimos que caminar hasta la base de Chicago después de haber perdido todo nuestro armamento en Ohio.

- Sí, fue un mal año.

- Pero es que tú estás siempre metido en líos, Karagee. «Nacido para trenzar la cola del tigre.» Ese dicho se aplica a las personas como tú. Es difícil convivir con ellas. Yo prefiero la calma, un lugar a la sombra, un libro de poemas, mi pipa...

-¡Silencio! ¡ Oigo algo!

Se oía el ruido de unos cascos.

Un sátiro hizo su aparición más allá del oblongo ángulo de luz que proyectaba la lámpara derribada. Se movía nervioso, y sus ojos nos miraron sucesivamente a mí y a Hasán varias veces, escudriñando luego el lugar en todas direcciones: arriba, abajo, a los lados, detrás de nosotros.

- Ayúdanos, cornudito simpático - dije en griego.

Avanzó con cautela. Vio la sangre en el suelo, y los despedazados cuerpos de los curetes.

Retrocedió asustado, como queriendo huir.

-¡Vuelve! ¡ Te necesito! Soy el que tocaba la zampoña.

Se detuvo y me miró otra vez, temblando de pies a cabeza abriendo y cerrando alternativamente los pequeños orificio< de su nariz, encogiendo sus puntiagudas orejas.

Volvió sobre sus pasos, con expresión de angustia en sus facciones humanoides al atravesar el escenario de la carnicería.

- El cuchillo. Aquí, a mis pies - dije, indicándoselo con la vista -. Cógelo.

No pareció entusiasmarle la idea de tocar algo fabricado PO el hombre, en especial un arma.

Silbé el estribillo de mi ultima canción:

Es tarde, tarde, muy tarde...

Los ojos se le humedecieron. Se los restregó con el dorso de sus hirsutas manos.

- Recoge el cuchillo y córtame las cuerdas. Cógelo... No así no, que te harás daño. Por el otro extremo. Así.

Lo recogió por el lado bueno y se me quedó mirando. Moví la mano derecha.

- Las cuerdas. Córtalas.

Lo hizo al fin. La operación le llevó quince minutos y me dejó todo un cerco de sangre alrededor de la muñeca. Tuve que poner sumo cuidado en acomodar mis movimientos a los suyos para que no me abriera una arteria, pero en definitiva me liberó y, como antes, se quedó mirándome con ojos expectantes.

- Ahora dame el cuchillo y yo me encargaré del resto.

Me obedeció, depositándolo en mi mano extendida.

Lo empuñé. Unos segundos después estaba totalmente libre. A continuación liberé a Hasán.

Cuando me di la vuelta, el sátiro había desaparecido. Aún se oía su frenética trápala en la lejanía.

--El diablo me ha perdonado - dijo Hasán.

Abandonamos el Lugar Caliente tan de prisa como pudimos, evitando atravesar el pueblo y prosiguiendo hacia el norte hasta llegar a un camino que reconocí como el de Volos. Si Bortán había hallado al sátiro y de alguna manera le había convencido para que viniese a rescatamos, o si el propio sátiro nos había descubierto por sí mismo y me recordaba, es algo que nunca supe con certeza. Al no haber regresado Bortán, me inclinaba más bien por la segunda hipótesis.

La ciudad amiga más próxima era Volos, a unos veinticinco kilómetros al este. Tal vez Bortán se había dirigido allí, donde podían reconocerlo muchos de mis parientes. En tal caso, tardaría bastante en regresar. Mi decisión de enviarlo a buscar ayuda fue un recurso extremo. Si en lugar de tirar hacia Volos había ido a alguna otra parte, entonces sí que era imposible saber cuándo volvería. Pero eso no me preocupaba. Encontraría mi rastro de nuevo y lo seguiría hasta dar conmigo.

Continuamos pues hacia adelante, alejándonos a toda prisa de aquel peligroso territorio.

Al cabo de unos diez kilómetros, andábamos ya haciendo eses. Se imponía un descanso, por lo que ambos empezamos a mirar a nuestro alrededor en busca de un sitio que nos ofreciera suficiente seguridad para echar una cabezada.

Finalmente reconocí a cierta distancia una colina empinada y rocosa, donde a menudo había acudido de muchacho con el rebaño de ovejas. La covacha que servía de refugio a los pastores, a unos tres cuartos del camino hacia la cumbre, estaba seca y vacía. Su antigua puerta de madera aparecía ya muy deteriorada y medio podrida, pero aún funcionaba.

Improvisamos en el suelo un lecho de hierbas, aseguramos la puerta como pudimos, y nos extendimos allí. Un momento después, Hasán roncaba. Mi mente divagó unos segundos antes de rendirse al cansancio, y en ese brevísimo tiempo me convencí de que entre todos los placeres del mundo -un vaso de agua fresca cuando se tiene sed, el alcohol, el sexo, un cigarrillo tras muchos días de abstinencia- no hay ninguno que pueda compararse al sueño.

Nada mejor que el sueño...

Podría decir que, si nuestro grupo hubiera escogido el camino más largo para ir de Lamia a Volos, el de la costa, tal vez nada de todo esto habría sucedido y Phil estaría ahora vivo. Pero en realidad no me es posible juzgar los hechos objetivamente. Aun en el momento actual, mirando hacia atrás, no me atrevo a decir cómo volvería a disponer las cosas de tener que comenzarlo todo otra vez. Las fuerzas de la destrucción definitiva avanzaban ya a paso de ganso entre las ruinas, con los brazos en alto...

Llegamos a Volos a la tarde del día siguiente, y de allí nos dirigimos a Portaria cruzando el monte Pelion. Al otro lado de un profundo barranco se extendía Makrynitsa.

Lo atravesamos y encontramos a los demás.

Phil los había guiado hasta mi aldea. Una vez allí, pidió una botella de vino y su ejemplar de Prometeo liberado. Todos le vieron sentado y enfrascado en la lectura del libro hasta muy entrada la noche.

A la mañana, Diane lo encontró sonriente... y frío.

Construí una pira entre los cedros que crecían junto a los ruinosos Epíscopí, porque nunca quiso que lo enterraran. La cubrí de incienso y hierbas aromáticas hasta que alcanzó dos veces la altura de un hombre. Aquella noche ardería todo con el cadáver y yo diría adiós a otro amigo. Mi vida, cada vez que me detengo a contemplar el pasado, parece no haber sido más que una serie de llegadas y partidas. Un continuo decir «hola» y «adiós». Sólo la Tierra resiste.

Al diablo!

Por la tarde caminé con el grupo en dirección a Pagases, el puerto de la antigua Iolcos, situado en el promontorio opuesto a Volos. Nos quedamos un buen rato a la sombra de los almendros de aquella hermosa colina, donde disfrutábamos al mismo tiempo de la vista del mar y de la cordillera.

- De aquí zarparon los Argonautas en busca del Vellocino de Oro - dije, sin dirigirme a nadie en particular.

-¿Quiénes eran todos ellos? - preguntó Ellen -. Leí la historia en la escuela, pero ya la he olvidado.

- Estaban Heracles, Teseo, Orfeo el cantor, Asclepio, y bien los hijos del Viento Norte, y Jasón el capitán, discípulo del centauro Quirón... Precisamente su cueva está junto a cima del monte Pelion, allá arriba.

-¿De veras?

- Algún día te la enseñaré.

- De acuerdo.

- Los dioses y los titanes también se pelearon por aquí cerca -dijo Diane, que vino a colocarse al otro lado-. ¿No cierto que los titanes arrancaron de cuajo el monte Pelion lo pusieron sobre el Ossa en su intento de alcanzar el Olimpo

- Así lo dice la leyenda. Pero los dioses fueron benévolo y restablecieron el paisaje, volviendo a poner el monte en Sitio después de la sangrienta batalla.

- Una vela - dijo Hasán, señalando hacia el mar, con naranja a medio pelar en la mano.

Oteé las aguas y descubrí, en efecto, un puntito blanco que se destacaba en el horizonte.

- Sí. Este lugar se utiliza todavía como puerto.

- Quizá se trate de algún otro cargamento de héroes trayendo más vellocino - dijo Ellen -. ¿Qué harán con tanta lana, me pregunto?

- Lo importante no es el vellocino - replicó Peluca Roja -, sino el hecho de conseguirlo. Todo buen narrador lo ha sabido siempre. Con esa lana las mujeres pueden confeccionar maravillas. Ya están acostumbradas a recoger los restos después de cada expedición.

- No iría bien con tu pelo, querida.

- Ni con el tuyo, niña.

- Podría cambiarlo. No tan fácilmente como tú, por supuesto.. -

- Al otro lado del camino - las interrumpí, alzando la voz - están las ruinas de una iglesia bizantina, los Epíscopi, cuya restauración tengo ya prevista para dentro

de dos años. Es el emplazamiento tradicional de las bodas de Peleo, otro de los Argonautas, y la ninfa Tetis. ¿Conocéis ya la historia de esa boda? Invitaron a todo el mundo menos a la diosa de la discordia, que no obstante acudió y arrojó allí en medio una manzana de oro con la inscripción. «A la más hermosa». Paris juzgó que el calificativo debía atribuirse a Afrodita, y así quedó sellado el destino de Troya. La última vez que alguien vio a Paris no estaba lo que se dice radiante de felicidad. ¡Ah, las decisiones! Como a menudo me habéis oído afirmar, esta tierra está plagada de mitos.

-¿Cuánto tiempo estaremos aquí? - preguntó Ellen.

- Me gustaría que nos quedáramos un par de días más en Makrynitsa – respondí -. Luego continuaremos hacia el norte. Así que seguiremos todavía una semana en Grecia, y después nos trasladaremos a Roma.

- No - dijo Myshtigo, que todo aquel tiempo había permanecido sentado en una roca dictándole cosas a su aparato mientras contemplaba el mar -. No, el viaje ha concluido, esta es la última parada.

-¿Cómo es eso?

- Ya estoy satisfecho, y ahora deseo volver a casa.

-¿Qué será de su libro?

- Tengo ya la historia que necesito.

-¿Qué clase de historia?

- Le mandaré un ejemplar firmado cuando se publique. Mi tiempo es precioso, y ya he reunido todo el material que quería, o al menos el indispensable. He llamado a Port-au-Prince esta mañana, y para la noche me habrán enviado un «Skimmer». Ustedes sigan adelante y hagan lo que les plazca, pero yo he terminado.

-¿Algo va mal?

- No, no, todo va bien. Pero ha llegado para mí el momento de regresar. Tengo mucho que hacer.

Se puso en pie y estiró sus miembros.

- He de ocuparme del equipaje, discúlpenme si les dejo ahora. De verdad que es hermoso su país, Conrad, a pesar de todo. Les veré en la cena.

Giró sobre sus talones y echó a andar cuesta abajo.

Me adelanté unos pocos pasos en la misma dirección.

-¿Qué habrá motivado su decisión? - pensé en voz alta. Oí ruido de pisadas.

- Se está muriendo - dijo George, suavemente.

Mi hijo Jasón, cuya llegada precedió en varios días a la nuestra, no era ya de este mundo. Según me informaron los vecinos, la noche pasada había partido hacia el Hades. Todos, vieron salir al patriarca a lomos de un sabueso de ojos de fuego que había derribado su puerta, desapareciendo ambos en la noche.

Mis parientes querían que fuese a comer con ellos. Dos San tos aún descansaba, y George, que había tratado sus heridas no juzgó necesario hospitalizarle en Atenas.

Siempre es agradable volver a casa.

Bajé hasta la plaza y pasé la tarde charlando con mis descendientes. ¿De qué podía hablarles? ¿De Taler, de Haití, de Atenas? Les hablé de todo. ¿Y ellos? ¿De los dos últimos decenios en Makrynitsa? Idem.

Recogí unas flores y las llevé al cementerio. Me quedé allí un rato. Luego fui a casa de Jasón y repare su puerta con algunas herramientas que encontré en el cobertizo. Topé con una botella de su vino y me la bebí toda. Me fumé también un cigarro. Para redondearlo todo, acabé con un buen café que me hice allí mismo.

La verdad es que aún me sentía deprimido.

No sabía qué pensar de todo el asunto.

Aunque George si sabia de qué iba la cosa tratándose de enfermedades, y había dicho que el vegano presentaba síntomas inconfundibles de un desorden neurológico del tipo e. t. Incurable. Mortal de necesidad.

Y ni siquiera se podía culpar de nada a Hasán. «Etiología desconocida», fue el diagnóstico de George.

Así que tenía que revisarlo todo de nuevo.

George supo lo de Myshtigo desde el principio, desde el día de la recepción. ¿Qué le puso sobre aviso?

Phil, sin duda: al pedirle que observara al vegano y se fijara si mostraba síntomas de una enfermedad mortal.

-¿ Por qué?

Bueno, no lo había dicho, y ahora ya no podía preguntárselo.

Esto me planteaba un problema.

O Myshtigo había terminado verdaderamente su trabajo, o no le quedaba tiempo para ello. Él decía que lo había terminado. Si no era cierto, entonces yo había estado protegiendo todo el tiempo a un muerto, es decir, lo había protegido en vano. Y, si de veras había concluido su tarea, me era preciso averiguar a toda costa

los resultados para poder tomar una rapidísima decisión sobre lo que le quedaba de vida.

La cena no me sirvió de mucha ayuda. Myshtigo dijo sólo lo que quiso decir, y eludió responder claramente a nuestras preguntas, cuando no hizo caso omiso de ellas. Así que, tan pronto como acabamos el café, Peluca Roja y yo dejamos allí a los demás y salimos a fumar un cigarrillo.

-¿Qué ha pasado? - preguntó.

- No sé. Creí que tú quizá lo supieras.

- No. ¿Qué hacemos ahora?

-¿A ti qué te parece?

-¿Le matamos?

- Tal vez. Pero primero dime por qué.

- Lo ha terminado.

¿El qué? ¿Qué es lo que ha terminado? ¿Cómo voy a saberlo?

-~ Maldición ¡Soy yo quien debo saberlo! Cuando mato a alguien me gusta saber por qué lo hago Soy así de caprichoso.

¿Caprichoso? Ya lo creo. Y mucho. Es obvio, ¿no? los veganos quieren , volver a comprar. Me refiero a la Tierra. Él vuelve con un informe sobre los lugares que les interesan.

Entonces, ¿por qué no los ha visitado todos? ¿Por qué se conforma con haber visto Egipto y Grecia? Arenas, rocas, jungla y monstruos variados... Eso es todo lo que ha visto. No creo que sea como para dar muchos ánimos a la clientela eventual.

- Quizá se haya asustado y aprecie la suerte de estar vivo. Podía haberle devorado un boadilo o un curete. Ahora huye.

- Bien. Déjale huir. Y que entregue un mal informe.

- No, no puede hacerlo. Si realmente la Tierra les interesa, no se contentarán con algo tan esquemático. Enviarán a otro, alguien más fuerte, para completar el trabajo. En cambio, si matamos a Myshtigo sabrán que todavía estamos aquí, que protestamos, que tendrán guerra si la quieren.

- No, no es miedo de perder la vida lo que tiene - dije pensativo.

--¿No? ¿Qué es entonces?

- No lo sé. Pero tengo que averiguarlo.

- ¿Cómo?

- Creo que se lo preguntaré a él mismo.

-¡ Eres un lunático! - dijo, con un gesto de rechazo.

- Ha de ser a mi manera o de ninguna.

- De cualquier modo, entonces. ¡Qué más da! Ya hemos perdido la guerra.

La así por los hombros y la besé en el cuello.

- Aún no. Ya lo verás. No por eso se ablandó.

- Vete a casa – dijo -. Es tarde, demasiado tarde.

Seguí su consejo y regresé al viejo caserón de Iakov Korone, en donde Myshtigo y yo nos alojábamos y donde antes se había hospedado también Phil.

Me detuve allí, en la habitación de la muerte, en la estancia donde Phil durmió por última vez. Su Prometeo liberado reposaba aún sobre el escritorio, junto a una botella vacía. Cuando me llamó por radio, estando yo en Egipto, había aludido a si posible óbito y dijo que había sufrido un ataque. Debió de pasarlo muy mal. En un caso así, iba con el carácter de Phil dejar un mensaje para su viejo amigo.

Abrí, pues, la endeble epopeya de Percy B., y miré entre sus paginas.

Estaba al final del libro, en los espacios que quedaban en blanco. Y en griego. No en griego moderno, sino clásico.

Venía a decir más o menos esto:

Querido amigo:

Aunque detesto escribir algo que no podré retocar, siento que debo despachar este asunto con prontitud. No me encuentro bien. George quiere que salga cuanto antes para Atenas. Lo haré mañana. Pero primero es preciso aclarar ciertas cosas...

Saca al vegano de la Tierra, vivo, cueste lo que cueste.

Es importante.

Es lo más importante del mundo.

He tenido miedo de decírtelo antes, porque pensaba que Myshtígo podía ser un telépata. Por eso tampoco quise acompañaros durante todo vuestro recorrido, aunque me hubiera gustado muchísimo hacerlo. Fingí odiarle para poder estar alejado de él el mayor tiempo posible. Sólo cuando logré, por fin, obtener confirmación de que no era un telépata, decidí unirme a vosotros.

Al ver que Dos Santos, Diane y Hasán formaban parte del grupo, sospeché que la Radpol quería su cabeza. Si era un telépata, me figuré que no tardaría en descubrir tales propósitos y que haría todo lo necesario para evitar el peligro. Si no

lo era, aún tenía yo fe en tu habilidad para defenderle contra cualquier amenaza, incluido Hasán. Pero no quería que él se enterara de lo que yo sabía. A pesar de todo, intenté ponerte sobre aviso; no sé si lo recordarás.

Tatraní Yshtígo, , abuelo, es una de las personas más nobles y maravillosas que conozco. Filósofo, gran escritor, administrador altruista de toda clase de servicios al público. Tuve un primer encuentro con él durante mi estancia en Taler, hace treinta y tantos años, y posteriormente llegamos a ser íntimos amigos. Desde entonces hemos estado siempre en contacto el uno con el otro. Ya desde aquella primera entrevista, tanto tiempo atrás, me advirtió de los planes de la Confederación Vegana para disponer de la Tierra. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Ni siquiera Cort puede saber que estoy al corriente. Sería desastroso para el anciano y su reputación, si el asunto llegara a hacerse público antes de tiempo.

Los ve ganas se hallan en situación muy embarazosa. Nuestros expatriados han impuesto prácticamente su propia dependencia económica y cultural a la sociedad de Vega. Por otra parte, durante los días de la Rebelión de la Radpol, los veganos se percataron -¡y de qué manera!- de la existencia aquí de una población indígena que cuenta con una poderosa organización propia y cuyo objetivo es la restauración de nuestro planeta. También ellos querrían que esto sucediera. No desean poseer la Tierra. ¿Para qué? Si su intención fuera explotar a los terráqueas, hay muchas más en Taler que aquí mismo en la Tierra... y no los están explotando; al menas, no masivamente a con malicia. Lo que pasa es que nuestros propios congéneres prefieren cualquier clase de trabajo allí, aun en condiciones de explotación, antes que volver a la Tierra. Nadie desea regresar. Por eso ya abandoné el movimiento. Y por el mismo motivo tu también, creo. Los veganos quieren quitarse de encima, con toda razón, este problema de los expatriadas y su planeta de origen. Aunque, lógicamente, desean continuar visitándolo. Es instructivo, aleccionador, un toque de atención para el espíritu demasiado soberbio --y ciertamente aterrador para ellos, el venir aquí y comprobar por sí mismos lo que puede llegar a hacerse can un mundo.

Por su bien, pues, había que encontrar un medio de pactar de alguna manera con nuestro gobierno exiliado en Taler. La dificultad residía en que a los taleritas no les entusiasmaba renunciar a su única razón de recaudar impuestos y de existir el Departamento.

Tras arduas negociaciones, no obstante, y no pocos alicientes económicas, amén de ofrecer a nuestros compatriotas la ciudadanía ve gana con plenos derechos, todo parecía indicar que se había encontrado el camino. La realización del plan se encomendó a la familia Shtigo, en especial a Tatram.

Este creyó haber hallado por fin un modo de devolver a la Tierra su carácter autónomo, preservando al mismo tiempo su integridad cultural. Por eso envió a su nieto Cort en viaje de «inspección». Cort es un ser extraño. Su verdadero talento es el de actor, cualidad que todas las Shtiga poseen en grado notable, y le encantan las actitudes ficticias. En el caso presente, estay segura de que anhelaba representar el papel de «forastero misterioso», y sin duda lo hizo con la habilidad y eficiencia que le caracterizan. (Tatram me dijo también que éste sería el última papel de Cort. Se halla aquejado de una enfermedad llamada drinfan, que es incurable; a mi juicio, le escogieron precisamente por eso.)

Créeme, Konstantin Karaghíosis Korones Nomikós (y todo la demás que no recuerdo), Conrad, cuando te aseguro que su cometido no era el de allanar el camino a una futura especulación de nuestro suelo. No lo era.

Pero permíteme también un último gesto al estilo de Byron. Acepta mi palabra de que debe vivir, y ayúdame a guardar mi promesa y mi secreto. No te arrepentirás de haberlo hecho, cuando la sepas todo.

Siento tener que dejar tu oda sin terminar, y ¡vete al diablo par no haberme devuelto mi Lara, aquella vez en Kerch!

PHIL

Muy bien. La decisión era clara: vida, y no muerte, para el vegano. Phil había hablado y yo no dudaba de sus declaraciones.

Volví a la mesa de Mikar Korones y me quedé allí con Myshtigo hasta que este último se dispuso a partir. Le acompañé a casa de Iakov Korones, donde acabó de empaquetar algunas cosas en mi presencia. Durante todo este tiempo apenas llegamos a intercambiar seis palabras.

Le ayudé a trasladar sus cosas al lugar donde debía aterrizar el «Skimmer», frente a la casa. Antes que los demás (Hasán incluido) vinieran a despedirle, volvióse hacia mí y me preguntó:

- Dígame, Conrad, ¿por qué están echando abajo la pirámide?

- Para incordiar a los veganos – contesté -. Para que se enteren bien de que, si quieren apoderarse de este planeta y llegan a conseguirlo, lo encontrarán en peor estado del que lo dejamos después de los Tres Días. No quedaría nada digno de verse. Quemaríamos hasta el último resto de nuestra historia. No obtendrían ni las migajas.

El aire que escapaba del fondo de sus pulmones salió en forma de silbido agudo..., el equivalente vegano de un suspiro.

- Muy loable, no hay duda – dijo -, pero tenía tantos deseos de ver la pirámide... ¿Cree usted que serán capaces de montarla de nuevo? ¿Pronto, tal vez?

-¿Qué es lo que imagina?

- Observé cómo sus hombres numeraban muchas de las piezas.

Me encogí de hombros.

- Si me lo permite – añadió -, sólo me queda una pregunta seria por hacerle... Respecto a su gusto por la destrucción.

-¿De qué se trata?

-¿De veras creen que eso es un arte?

- ¡Váyase al infierno!

En aquel momento llegaron los demás. Moví disimuladamente la cabeza a ambos lados, mirando a Diane, y cogí a Hasán amistosamente por la muñeca, sosteniéndosela el tiempo suficiente para arrancarle la diminuta aguja que llevaba escondida en la palma de la mano. Luego no le impedí que con ésta abrazara al vegano amistosamente.

El «Skimmer» surgió de entre la oscuridad del cielo y descendió suavemente, ensordeciéndonos por un instante con el ruido de sus motores. Acompañé a Myshtigo a bordo, me ocupé personalmente de cargar su equipaje y cerré yo mismo la portezuela.

Despegó sin problemas, desapareciendo de nuestra vista en cosa de minutos.

Fin de una expedición inútil.

Volví a casa y me cambié de ropa.

El próximo paso era incinerar a un amigo.

Destacándose en la noche como un coloso, mi zigurat de troncos guardaba celosamente lo que quedaba del poeta, de mi amigo. Encendí una antorcha y apagué la lámpara eléctrica. Hasán estaba de pie a mi lado. Me había ayudado a trasladar el cadáver en un carro, haciéndose cargo de las riendas. Yo había construido la pira entre los cipreses de la colina que se erguía sobre Volos, al lado mismo de las ruinas de la iglesia que mencioné antes. Las aguas de la bahía aparecían en calma.

El cielo era claro y brillaban las estrellas.

Dos Santos, que no era partidario de incineraciones, había decidido no asistir, y encontró una buena excusa en las molestias que le causaban sus heridas. Diane, como era de rigor, se quedó con él en Makrynitsa. Desde nuestra última conversación no me había dirigido la palabra.

Ellen y George tomaron asiento en la cama del carro, que habíamos dejado al pie de un gran ciprés, y observaban la escena cogidos de la mano. Aparte de Hasán y yo, eran los únicos presentes. A Phil no le hubiera gustado ver a mis pariente actuando de plañideras. Una vez, aludiendo a sus honras fúnebres, me dijo que quería algo grande, fulgurante, rápido sin música.

Apliqué la antorcha a uno de los bordes de la pira. La llama, mordió en el leño y, lentamente, comenzó a devorarlo. Hasán encendió otra antorcha, la introdujo por la base, dio unos paso atrás y se quedó absorto en la contemplación del fuego.

Mientras las llamas escalaban inexorables el túmulo, recité las viejas plegarias y derramé vino en el suelo. Arrojé después unas cuantas hierbas aromáticas en el centro de la hoguera y finalmente, yo también me retiré.

-«Quienquiera que fueras, la muerte ha reclamado de ti también su tributo - dije, dirigiéndome a sus restos -. Con ello te has ido a contemplar la húmeda flor que crece a orillas del Aqueronte y lucha por abrirse camino entre las sombras infernales.» Si hubieras muerto joven, tu tránsito habría sido lío rada como la destrucción de un gran talento antes de llegar a su plenitud. Pero has vivido, y eso no pueden decirlo ahora. Algunos escogieron una vida corta y suprema ante los muros de su Troya, otros una larga y menos agitada. ¿Quién se atreverá a decir cuál de ambas cosas fue mejor? Los dioses mantuvieron su promesa de perpetuar la fama de Aquiles, inspirando al poeta un himno inmortal. ¿Pero es por ello más feliz ahora en el reino de las tinieblas, muerto como tú? No soy yo quién para juzgarte, viejo amigo. Aunque tu astro brillara menos, aún recuerdo alguna de las palabras con que tú también cantaste al más fuerte de los argivos y a un siglo en que la Parca arrebataba las vidas en flor'. «Crudos desengaños hacen estragos en este lugar donde tantos hombres se han reunido: amenaza de suspiros en el riesgo de los tiempos... Mas las cenizas no vuelven a convertirse en árboles. La música invisible de la llama transforma el aire en calor, pero el día ya se fue».

Adiós, Phillip Graber. Quieran Febo y Dionisio, que aman y matan a sus poetas, interceder por ti ante el Gran Hades, su tenebroso hermano. Y que Perséfone, Reina de la Noche, mire hacia ti con ojos favorables y te conceda un alto lugar en el Elíseo. Adiós.

Las llamas ya casi habían alcanzado la cumbre.

Vi entonces a Jasón, de pie junto a la carreta, con Bortán sentado a su lado. Me aparté aún más de la pira. Bortán vino hacia mí y se sentó a mi derecha. Me lamió la mano, una sola vez.

- Ya hemos perdido a otro de los nuestros, gran cazador - le dije.

Asintió con su enorme y magnífica cabeza.

Las llamas habían llegado a la cima y empezaban a dar dentelladas en la noche. Suaves aromas perfumaban el aire, donde sólo se oía el crepitar del fuego.

Jasón se me acercó.

- Padre – dijo -, me llevó hasta el lugar de las rocas ardientes, pero ya os habíais ido de allí.

Asentí.

- Un amigo no humano nos liberó, permitiéndonos huir de aquel sitio. Antes que eso este hombre, Hasán, destruyó al Hombre Muerto. De modo que tus sueños, hasta ahora, han resultado ser al mismo tiempo verdaderos y falsos.

- Él es el guerrero de ojos amarillos que contemplé en mi sueño.

- Ya lo sé, pero esa parte también ha pasado ya.

-¿Y de la Bestia Negra?

- No hemos oído ni un simple bufido.

- Bien.

Seguimos observando las llamas durante un buen rato, un largo rato, mientras la noche se recogía dentro de sí misma. En ciertos momentos, vimos a Bortán empinar las orejas y olfatear el aire. George y Ellen no se habían movido de su puesto. Hasán contemplaba el fuego con ojos extraños, vacíos de expresión.

¿Qué harás ahora, Hasán? - le pregunté.

Regresaré al monte Sindjar - dije, por algún tiempo.

-¿Y luego?

Se encogió de hombros.

- Lo que esté escrito - replicó.

Un fragor espantoso se oyó en aquel instante, como los gruñidos de un gigante idiota acompañados de un estrépito de árboles rotos.

Bortán se irguió inmediatamente sobre sus patas y aulló. Los asnos del carro se movieron inquietos, y uno de ellos emitió un breve rebuzno que no llegó a consumarse.

Jasón apretó con mano crispada el puntiagudo palo que había sacado de la pira y se quedó rígido.

De pronto surgió de un salto ante nosotras, allí en el claro. Fea, descomunal, y todo cuanto habían dicho de ella.

La Devoradora de Hombres...

El Monstruo que hacía temblar la Tierra...

La Poderosa, la Maligna...

La Bestia Negra de Tesalia.

Por fin, alguien podría describirla con conocimiento de causa Si vivía para contarlo...

Debió de atraerla hacia nosotros el olor a carne quemada.

Y era grande, sí. Del tamaño de un elefante, por lo menos.

-¿Cuál fue el cuarto trabajo de Hércules?

Ah, sí, el oso salvaje de Arcadia.

Cómo me habría gustado entonces que estuviese entre nosotros, para ayudarnos!

Un enorme cerdo, diría yo... O un rorcual, con largos colmillos como los brazos de un hombre... Ojos de puerco, diminutos y negros, que danzaban con expresión salvaje a la luz cíe las llamas.

Al penetrar en el claro, derribó unos cuantos árboles.

Hasán extrajo rápidamente de la hoguera un tizón y lo lanzó como un dardo al hocico de la fiera, clavándole en él la punta llameante. Con un brinco, se apartó en seguida. Los chillidos del monstruo eran espeluznantes.

Vaciló un momento, lo que me dio tiempo de arrebatarle el palo a Jasón.

Me abalancé sobre el animal y le acerté en el ojo izquierdo. Volvió a tambalearse, rugiendo y chillando al mismo tiempo, con sonidos semejantes a los de un líquido que se desborda de una caldera hirviente.

Y Bortán ya estaba encima, desgarrándole el lomo con sus poderosos dientes.

Aún le clavé la estaca dos veces en la garganta, pero no hizo más que arañársela. La Bestia forcejeó, sacudiendo brutal mente sus heridos lomos, hasta lograr por fin liberarse de Bortán, que salió despedido.

Hasán había vuelto a mi lado y blandía un nuevo tizón.

La Bestia se precipitó hacia nosotros.

Desde algún rincón, George vació la carga de una automática en el cuerpo del monstruo. Hasán le arrojó el ascua. Bortán volvió a saltar sobre él, por el lado ciego.

Todo esto la hizo vacilar de nuevo, desviando su embestida hacia el carro, a donde fue a estrellarse, matando instantáneamente a los dos asnos.

Corrí entonces hacia ella y le arrojé mi improvisada jabalina a las patas delanteras.

La estaca se partió en dos al chocar contra su pata izquierda.

Bortán seguía mordiéndola con furia, y sus gruñidos eran un tronar incesante. Cada vez que la Bestia sacudía la cabeza, intentando alcanzarle con los colmillos, el perro soltaba momentáneamente su presa, se encogía hacia atrás, y volvía de nuevo al ataque.

Estoy seguro de que mi arpón de acero no se habría roto como la estaca. Pero se había quedado a bordo del «Vanitie»...

Hasán y yo nos acercamos en circulo al animal, esgrimiendo sendos tizones; los más largos que pudimos encontrar. Lo azuzábamos continuamente con ellos, para obligarle a seguir dando vueltas en el mismo lugar. Bortán buscaba su garganta, pero la Bestia mantenía baja la cabeza. Uno de sus ojos giraba alocado y el otro sangraba, mientras sus colmillos cortaban el aire, como espadas, golpeando ciegamente en todas direcciones. Sus hendidas pezuñas abrían grandes hoyos en el suelo al girar furiosamente, mientras intentaba matarnos a todos a la vez, allí mismo, a la pálida e intermitente luz de las llamas.

Por fin se detuvo, y, volvióse con rapidez, demasiada para algo tan grande..., la parte delantera de su lomo golpeó como un mazo el costado de Bortán, lanzando a éste a tres o cuatro metros de distancia del lugar donde yo me encontraba. Hasán pinchó a la Bestia en el dorso con el tizón, y luego trató de introducírselo por el ojo sano. Pero falló.

El monstruo hizo entonces un movimiento amenazador hacia Bortán apenas repuesto de la caída. Los colmillos brillaban con siniestros destellos al hundirse más la cabeza, presta a embestir.

Arrojé el palo y me abalancé frenético sobre la Bestia, que arremetía ya contra mi perro. Los colmillos rozaban la tierra, a punto de clavarse en su víctima.

Los así con ambas manos y tiré de ellos bruscamente arrastrando la enorme cabeza casi hasta el suelo. Nada sería capaz de contener la inminente reacción de aquella masa enfurecida, pensé al cargar toda mi fuerza sobre ella.

Lo intenté, no obstante. Y de algún modo debí lograrlo, aunque sólo por un segundo...

Al menos, mientras era lanzado al aire, con las manos laceradas y cubiertas de sangre, pude ver que Bortán retrocedía y conseguía escapar.

La caída me dejó aturdido, pues la Bestia me había arrojado a gran altura y lejos. Fue entonces cuando oí aquel terrible gruñido de cerdo enloquecido. Hasán también gritó, y de la poderosa garganta de Bortán salió una vez más su ronco aullido de batalla.

Y el rojo rayo de Zeus cayó dos veces del cielo...

Y todo quedó en silencio.

Lenta y penosamente me puse en pie.

Hasán parecía una estatua junto a la pira ardiente, con su tizón aún en la mano, en posición de lanzarlo.

Bortán olfateaba inquieto la trémula montaña de carne.

Allí, al pie del gran ciprés, junto a uno de los asnos muertos, estaba Cassandra, apoyando su espalda en el tronco del árbol. Llevaba pantalones de cuero y una blusa de lana azul. Una débil sonrisa afloraba a sus labios, y sus manos sostenían, todavía con restos de humo, mi fusil para elefantes.

-¡Cassandra!

Dejó caer el arma, y entonces me di cuenta de su extrema palidez. Pero casi antes de que el fusil tocara el suelo, la estrechaba ya entre mis brazos.

- Más tarde te preguntaré montones de cosas - le dije -. Ahora no. Ahora nada. Sentémonos aquí, junto a este árbol, mientras se consume el fuego.

Y así lo hicimos.

Un mes después, me enteré de que Dos Santos había sido expulsado de la Radpol. De entonces acá, nada se ha sabido de él ni de Diane. Se rumorea que abandonaron el Retornismo y se fueron a vivir a Taler. Espero que no sea cierto, dados los acontecimientos que han ocurrido estos últimos cinco días. Nunca llegué a conocer toda la historia de Peluca Roja, y supongo que ya no tendré ocasión de averiguaría. Si uno confía en alguien, quiero decir: si confía de veras, si realmente ese alguien le importa algo, como ella decía que yo le importaba, parecería normal no dejarle hasta cerciorarse de si tenía o no razón en el último punto de litigio mutuo. Ella, con todo, no lo hizo así, y dudo que ahora sienta por ello algún arrepentimiento.

Sea lo que fuere, no creo que jamás la vuelva a ver.

Poco después de la conmoción habida en las altas esferas de la Radpol, Hasán regresó del monte Sindjar, se quedó algún tiempo en Port-au-Prince, compróse luego una pequeña embarcación y, una mañana, se hizo a la mar sin decir a nadie adiós ni dejar la más leve indicación respecto a su destino. Todos supusimos que había encontrado un nuevo empleo en alguna parte. Al cabo de unos cuantos días, sin embargo, hubo un tifón por aquella zona, y en Trinidad oí rumores de que su barco se había estrellado contra la costa del Brasil y que Hasán había encontrado allí la muerte a manos de las tribus salvajes que infestaban aquellos lugares. Traté de comprobar la veracidad de estos hechos, sin conseguirlo.

Dos meses más tarde, no obstante, Ricardo Bonaventura, presidente de la Alianza contra el Progreso, rama escindida de la Radpol que había perdido el favor de Atenas, moría de un ataque de apoplejía durante una asamblea del Partido. Corrieron voces de que se habían hallado ciertos restos de veneno procedente de conejos de Divbán en las anchoas (una combinación fulminante, me aseguró George), y al día siguiente el nuevo capitán de la Guardia del Palacio desapareció misteriosamente junto con un «Skimmer» y las actas de las tres últimas sesiones secretas de la AP (amén del contenido de una pequeña caja de caudales adosada a la pared del salón). Algún testigo ocular de la huida lo describió como un hombre fornido, de ojos amarillos, con un ligero toque oriental en sus facciones.

Jasón sigue pastoreando sus ovejas multípodas en los altos parajes, «donde los dedos de Aurora vienen antes que en ninguna otra parte a sembrar el cielo de rosas», y sin duda sigue también corrompiendo á la juventud con sus cantos.

Ellen vuelve a estar encinta, toda ella delicadeza y redondez, y no habla con nadie más que con George. Éste quiere probar a toda costa un nuevo e imaginativo método de intervención quirúrgica en el feto -ahora, dice, antes de que sea demasiado tarde- y convertir a su próximo retoño en un ser anfibio, capaz de respirar lo mismo en el aire que en el agua. El motivo, según él, es todo ese gran territorio virgen bajo el océano, que sus descendientes podrán así explorar, permitiéndole a él ser el padre de una nueva raza y escribir un interesante libro sobre el tema, etcétera. A Ellen no se le ve muy entusiasmada con la idea, por lo que me parece que los océanos van a permanecer todavía vírgenes algún tiempo más.

Oh, sí, me llevé a George a Capistrano en Ja época apropiada para observar el regreso de los murciélagos-araña. Realmente era impresionante verlos «oscureciendo el cielo con su vuelo, anidando entre las ruinas del modo en que lo hacen, devorando jabalíes, depositando sus excrementos verdes en las calles». Lorel guarda horas y horas de todo ello, en color tridimensional, y lo exhibe en cada fiesta del Departamento siempre que puede. Es una especie de documento histórico, par hallarse los murciélagos-araña en vías de extinción. Fiel a su palabra, George provocó entre ellos una epidemia de slíshi, y ahora parece que están cayendo corno moscas. Aquí mismo, la semana pasada, una de esas bestias cayó en mitad de la calle haciendo ¡plaf!, cuando me dirigía a casa de Mamá Julie con una botella de ron y una caja de bombones. Ya estaba bien muerto antes de tocar el suelo. Los slishí son muy insidiosos. El pobre murciélago-araña no tiene idea de lo que se cuece; va volando feliz, buscando a alguien a quien comerse, y de repente, ¡ zas!, algo le deja turulato. Y lo mismo cae en medio de un guateque al aire libre que en la piscina de tu vecino.

He decidido no abandonar por ahora el Departamento. Aunque tendré que crear alguna especie de junta parlamentaria después de fundar un partido de oposición a la Radpol... Restin es decir, «Restauradores Independientes» o algo así- podría ser su nombre.

Bravo por las simpáticas fuerzas de la destrucción definitiva... Precisamente las necesitábamos aquí, entre las ruinas.

Y Cassandra, mi princesa, mi ángel, la dama de mis amores... Le gusto incluso sin las fungosidades. La noche que pasé en el Valle del Sueño acabó con éllas.

Cassandra, claro está, era aquel cargamento de héroes que Hasán vio el día de la excursión a Pagases. Pero nada de vellocinos de oro, sólo mi armamento y demás enseres. Sí, era el «Golden Vanitie» que yo había construido con mis propias manos. Yo, sí. Tan fuerte que hasta resistió los tsunami de aquel 9,6 en la escala de Richter. Se hallaba en alta mar, con Cassandra a bordo, cuando Kos se fue a pique en el océano. Luego ella se dirigió a Volos, porque sabía que Makrynitsa estaba lleno de parientes míos. Y qué suerte la nuestra, sí, qué suerte tan grande que Cassandra tuviera una de esas «sensaciones», tan típicas suyas, de que yo estaba en peligro y se trajera consigo toda la artillería pesada. (¡Qué suerte también que la supiera usar!) En adelante deberé tomar más en serio sus presentimientos.

Me he comprado una casita tranquila al otro extremo de Haití, el extremo opuesto a Port-awPrince. Sólo está a quince minutos de vuelo de allí, en «Skimmer», y dispone de una amplia y magnífica playa rodeada de jungla. Tiene que mediar una distancia prudencial, por ejemplo la de toda la isla, entre mí y la civilización, a causa de mis problemas... digamos de caza. El otro (lía, sin más, cuando mis apoderados se dejaron caer por allí, se ve que no entendieron el letrero: CUIDADO CON EL PERRO. Ahora ya lo entienden. El que quedó para el arrastre no me va a perseguir por daños y perjuicios, y George lo dejará como nuevo en cosa de nada. Los otros no sufrieron tantos desperfectos.

¡ Y menos mal que yo andaba por allí cerca!

Así que aquí estoy, en situación extraordinaria, como de ordinario.

Todo el planeta Tierra ha sido comprado al gobierno talerita por el numeroso y adinerado clan de los Shtigo. De todas maneras, la mayoría de los expatriados deseaban ser ciudadanos veganos más que seguir trabajando en la Confederación como extranjeros y a la sombra del ex gobierno de Taler. Esto se iba ya gestando desde hacía tiempo, por lo que disponer de la Tierra era ya sólo cuestión de encontrar el mejor postor... Evidentemente, nuestro régimen de exiliados perdió su única razón de ser a partir del momento en que este asunto de la ciudadanía comenzó a abrirse camino. Aún podían justificar su existencia mientras hubiera terráqueos allí, pero ahora todos son veganos sin capacidad de voto. ¡Y no seremos nosotros, ciertamente, quienes vamos a votarles!

De ahí que se pusiera en venta un buen lote... y los únicos postores fueron los Shtigo.

Con todo, cl viejo y prudente Tatram cuidó bien de que los miembros del clan Shtigo no se convirtieran en propietarios de la Tierra. Toda la adquisición se hizo a nombre de su nieto, el difunto Cort Myshtigo.

Y Myshtigo dejó su correspondiente «documento de distribución», o, traducido del vegano, sus últimas voluntades y testamento, en el cual se me citaba a mí.

O sea... Vamos, que he heredado un planeta.

La Tierra, para ser exacto.

Mmm...

¡Demonios, no lo quiero! Es decir... Bueno, me lo quedaré algún tiempo, qué remedio, pero tendré que encontrar alguna solución.

La culpa la tienen esos malditos Vite-Stats y esos otros cuatro monstruos de pensar que el viejo Tatram utilizó. Andaba buscando un administrador local que retuviera la Tierra en usufructo por algún tiempo, cediendo luego la propiedad a un gobierno residencial representativo, una vez que las cosas empezaran a funcionar. Buscaba a alguien que conociera un poco el terreno, que tuviera cualidades de administrador y que no sucumbiera a la tentación de quedarse con el pastel.

Entre otros, salió uno de mis nombres, y después un segundo, éste como «posiblemente aún en vida». A continuación se fueron al fichero y comprobaron mis datos personales, los confrontaron con los del otro individuo, añadiendo todavía más datos, y pronto la maquinita vomitó unos cuantos nombres más, todos ellos míos. Comenzó entonces a clasificar discrepancias y similitudes más o menos sugerentes, y, dale que dale, acabó arrojando respuestas cada vez más enigmáticas.

A todo esto Tatram ya había decidido que era preciso «vigilarme» de cerca.

Cort vino, pues, a escribir su libro.

En realidad quería comprobar si yo era Bueno, Honrado, Noble, Puro, Leal, Fiel, Fidedigno, Desprendido, Afable, Jovial, Seguro y Sin Ambición Personal.

Lo cual significa que era un cegato y un lunático, porque dijo:

-Sí, es todo eso.

Lo embauqué de maravilla.

Aunque quizás estuviera en lo cierto, al menos en lo de mi falta de ambición personal. Soy un perezoso irremediable y, desde luego, no me encandila la idea de pasar el resto de mis días curándome los dolores de cabeza provocados por las cuitas de una Tierra atormentada.

A pesar de todo, estoy dispuesto a hacer algunas concesiones en lo que toca a mi confort personal. Probablemente me contentaré con sólo seis meses de vacaciones.

Uno de los abogados (no el del arrastre, sino el del cabestrillo) me entregó una nota del Hombre Azul. Decía, en parte, lo siguiente:

Estimado Como-demonios-se-llame:

Reconozco que no es éste un modo muy ecuánime de comenzar una carta, por lo que en adelante respetaré sus deseos y le llamaré Conrad.

«Conrad», para estas fechas estará usted ya al tanto del verdadero carácter de mí visita. Creo haber hecho una buena elección al nombrarle heredero de La propiedad comúnmente designada Como la Tierra. Su afecto por ella está fuera de toda duda: en su calidad de Karaghiosis, inspiró usted a otros hombres a defenderla con su sangre; ahora se dedica a restaurar sus monumentos y conservar sus obras de arte (por cierto, ¡una de las cláusulas de mi testamento es que vuelva usted a poner en su sitio la Gran Pirámide!), y su habilidad y resistencia, tanto física como mental, es realmente asombrosa.

También parece ser, entre lo que tenemos disponible, lo más cercano a un supervisor inmortal (daría lo imposible por saber su auténtica edad), y esto, unido a su elevado potencial de supervivencia, lo convierte a usted prácticamente en el

único candidato. Si su peculiar metabolismo comenzara a fallarle, siempre puede recurrir a los tratamientos S-S para prolongar la ya larga cadena de sus días. (Aquí he estado a punto de decir «fra gi ar» o «fabricar», pero habría sido un tanto descortés, ,- se a que conozco muy bien su extraordinaria capacidad de inventiva. ¡Todos aquellos informes! Casi hizo enloquecer a los Pobres Vite-Stats con tantas discrepancias. ¡Ahora están ya programados para no aceptar nunca más otro certificado griego de nacimiento como prueba de edad!)

Dejo, pues, la Tierra en manos del kallikanzaros. Según la leyenda, cometo en esto un grave error. Pero me arriesgo a creer que incluso es usted un kallikanzaros fraudulento, ya que únicamente destruye lo que intenta reconstruir después. Con toda probabilidad no es otro que el Gran Pan, que sólo simulé morir. Sea lo que fuere, dispondrá usted de fondos suficientes y materiales de equipo que le serán enviados este mismo año así como de toda una serie de formularios que le permitirán solicitar cuanto quiera de la Fundación Shtigo. De modo que « íd, dad fruto, y multiplicaos», y heredad de nuevo la Tierra Los Shtigo seguirán vigilándoles. Si necesitan ayuda, pídanla y la obtendrán.

No tengo tiempo de escribir el libro que le prometí. Lo siento. De todos modos, aquí tiene usted mi autógrafo:

CORT MYSHTIGO

P.D. Aún no sé si aquello es arte. ¡Váyase el diablo usted!

Ahí está la clave del asunto.

¿Pan?

¡Las máquinas no hablan así!

O, al menos, espero que no...

La Tierra es una morada salvaje. Un lugar áspero y rocoso. Habrá que desbrozaría un poco, zona por zona, antes de que inventemos algo más efectivo para ponerla a punto.

Lo cual significa trabajo, muchísimo trabajo.

Lo cual quiere decir también que tendré que usar de todo el montaje ya existente en el Departamento y la organización de la Radpol, sólo para empezar.

Ahora mismo dudo de si he de suspender o no los viajes turísticos a las ruinas. Creo que los seguiré permitiendo, porque al fin tendremos algo bueno que enseñar. Siempre queda en el hombre ese elemento de curiosidad que lo impele a hacer un

alto en el camino y echar un vistazo por el orificio de una valía tras la que se está construyendo algo.

Ahora también tenemos dinero y somos dueños auténticos de lo que nos pertenece, y en ello está la diferencia. Incluso el propio Retornismo quizá no haya muerto del todo. Si existe un programa vital de reconstrucción de la Tierra, tal vez se animen a volver algunos de nuestros «ex», o a alguno de los nuevos turistas le dé por quedarse.

Y si todos ellos quieren seguir siendo veganos, que lo sean. Nos gustaría que vinieran, pero no los necesitamos. De todas formas, tengo la impresión de que los que se nos van de aquí serán muchos menos cuando se den cuenta de que en este planeta también pueden salir adelante. Y nuestra población aumentará en proporción más que geométrica, sobre todo gracias al prolongado período de fertilidad que proporcionan los tratamientos S-S, hasta ahora tan costosos. Pienso socializarlos por completo. Y pondré a George a la cabeza de un programa de Sanidad Pública con clínicas en los territorios continentales, no sólo en las islas, y tratamientos S-S al alcance de todo el mundo.

Lo conseguiremos. Estoy harto de hacer de guardián de tumbas, y tampoco estoy dispuesto a pasarme toda esta temporada, hasta Pascua, aserrando el Árbol del Mundo, aunque sea uno de esos duendes de las tinieblas con cierta inclinación a armar jaleo. Cuando suenen las campanas, quiero poder decir: Alethós aneste (en verdad resucitó), en vez de tirar la sierra y echar a correr (ding-dong, las campanas; clic-clac, las pezuñas; etcétera). Llegó el tiempo de los buenos kallikanzaroi... Ya lo veréis.

Cassandra y yo tenemos en la Isla Mágica esa quinta que he dicho. A ella le gusta. Y a mí me gusta. Ha dejado de importarle mi edad indeterminada. De lo cual me alegro mucho.

Esta misma mañana, cuando yacíamos ambos en la playa y contemplábamos cómo el sol expulsaba de sus dominios a las estrellas, me volví hacia ella y mencioné la ingente tarea que teníamos por delante, con los consiguientes dolores de cabeza.

- No, no es así - replicó ella.

- No minimices lo que es un hecho inminente – dije -. Nos llevaría a la incompatibilidad.

- Nada de eso tampoco.

- Eres demasiado optimista, Cassandra.

- No. Antes te dije que caminabas hacia el peligro, y resultó cierto. Pero entonces no me creíste. Ahora, en cambio, siento que las cosas irán bien. Eso es todo.

- Pese a que reconozco tu exactitud en lo pasado, todavía me parece que subestimas lo que nos espera.

- Nunca crees lo que te digo!

- Claro que lo creo. Lo único que pasa es que esta vez te equivocas, querida.

Me dejó entonces para irse a nadar, mi loca sirena. La vi alejarse en las oscuras aguas. Al cabo de un rato volvió.

- De acuerdo - dijo sonriendo y sacudiéndose las gotas de agua que aún se adherían a su cabello -. Tienes toda la razón.

La así por el tobillo, atrayéndola hacia mí, y empecé a hacerle cosquillas.

-¡Para! ¡Estate quieto!

-¡ Eh! ¡ Te creo, Cassandra! ¡De veras! ¿Lo has oído? ¿Qué te parece? ¡ No hay modo de que te equivoques!

- Eres un astuto y ladino kallikanz... ¡ Ay!

Estaba preciosa junto al mar. Por eso la retuve allí, al frescor de la brisa, hasta que el día nos cercó por completo. Me sentía tan a gusto...

Y éste es un bonito lugar para terminar la historia, así que:

FIN